


Andrés Delgado

El pecado de la carne

Colección
Satélites

Crónica

Universidad CES

The background of the page features a series of concentric circles and dots of varying sizes, all rendered in a light gray line art style. These elements are arranged in a way that suggests a network or a celestial map, with some circles being significantly larger than others. The overall composition is minimalist and modern.

El pecado de la carne

Andrés Delgado

Delgado, Andrés

El pecado de la carne / Andrés Delgado. – Medellín: Universidad CES,
Editorial CES, 2023.

ISBN: 978-958-5101-87-6

páginas 220

1. Literatura colombiana 2. Ensayos colombianos
3. Crónicas 4. Relatos personales

CDD : C864

Catalogación: Biblioteca Fundadores, Universidad CES

El pecado de la carne

ISBN 978-958-5101-87-6

Primera edición: Editorial CES, septiembre de 2023

© Andrés Delgado Peña

© Universidad CES

© Editorial CES

Calle 10 A nro. 22-04, teléfono (604) 4440555, ext. 1154

<https://editorial.ces.edu.co/>

editorial@ces.edu.co

Medellín, Colombia

Dirección editorial: Roger David Sánchez Bravo

Diagramación e impresión: Divegráficas S.A.S

Impreso y hecho en Colombia

Este libro cumple con lo dispuesto por la normativa colombiana que regula el depósito legal, con el fin de «garantizar su conservación e incrementar la memoria cultural del país». Las ideas expresadas en esta publicación por los autores, no comprometen a la Universidad CES o a su Editorial frente a terceros.

Está prohibido el uso total o parcial de esta obra sin autorización

Contenido

Nota editorial.....	7
La química de los besos	9
Adicción al amor.....	15
El vibrador a lo largo de la historia.....	21
Vendedor de juguetes.....	27
La nalga en su laberinto.....	37
El pecado de la carne.....	43
Engullir en Ben-Hur	53
Bagrecito de plaza.....	59
Girbaud criminal revel	63
Torpezas clínicas	71
Hechizo vudú.....	79
Te hablo desde la prisión. Crónicas desde la cárcel.....	85
Queridos policías	95
Agítese antes de consumir	107
Disparar contra el canon	115
Soldadito de plomo	127
Un <i>marine</i> en tierra firme.....	139
Coperas.....	157
En misa con una trabajadora sexual	165
Burdel de vereda	173
Monja de clausura.....	181
Estrenar, pero de segunda	191
¿Quién quiere ser un reciclador?.....	197
La plaza de muñecos.....	203
París no es una fiesta y tampoco se acaba nunca.....	211

Nota editorial

Las crónicas reunidas en este libro tienen un pie en el periodismo y otro en la literatura. En el periodismo porque cuentan historias reales y en la literatura porque están escritas con las técnicas narrativas para contar una buena historia. La crónica es un reportaje literario. Gabriel García Márquez decía que «una crónica es un cuento que fue verdad», es decir, es un cuento en la medida en que obedece a las convenciones de la ficción, la creación de escenas, atmósferas y personajes, entre otros elementos formales de la narrativa. Además, la historia tiene que ser «verdad», dice el maestro Gabo, no se puede inventar nada y, por el contrario, todo lo narrado tiene que ser cierto; los datos, los hechos, las personas entrevistadas, los lugares descritos, el clima, etcétera. De esta manera es entendida la crónica contemporánea, ese género que unos llaman «periodismo narrativo» y otros «periodismo literario».

El presente libro no se queda allí. Tiene también un componente ensayístico, es decir, lo que los críticos han llamado «ensayo acronicado» o «crónica ensayística», ese híbrido textual que mezcla las reflexiones del ensayo, los datos del periodismo y la narrativa de la ficción. El escritor mejicano Juan Villoro decía que la crónica era el ornitorrinco de la prosa, porque era un género híbrido.

Escritos entre el ensayo y el reportaje, los temas de este libro pasan por puntos tan disímiles como la química de los besos y la adicción al amor, por el recorrido cruel que transita un lomo

de carne desde el matadero hasta la parrilla y la contaminación ecológica en la producción de los índigos. Siguiendo la línea de otros cronistas y libros como la *Antología de crónica latinoamericana actual*, recopilada por Darío Jaramillo Agudelo, este libro se interna en lugares subversivos y transgresores como un batallón de policía militar, un claustro de monjas, un bar de coperas, la cárcel y las torpezas médicas en los hospitales colombianos. Son historias urbanas, con personajes anónimos como la prostituta que acepta ir a misa con el periodista, y tintes de humor negro, como esa historia de un hippie que dispara contra el canon de la literatura universal.

La química de los besos

Guy de Maupassant dijo: «Un beso legal nunca vale tanto como un beso robado». En un improbable catálogo de besos se podría listar los cordiales de saludo, de despedida, los familiares, besos paternales, los besos de tía, de tío, de abuelo. Besos babeados, limpios, impíos y malvados. Besos con sentido: el beso robado, por ejemplo, tiene una alta carga de coquetería y maldad. Un beso esquiniado es una trampa al destino. Hay besos famosos en la Biblia, como el beso de Judas; y en el arte, como el de Gustav Klimt. Hay beso en la mano, beso negro y beso con lengua. Alguna vez una amiga me preguntó qué significaba un beso en la frente.

—Si te gusta el tipo —le dije—, olvídalo. Los besos en la frente tienen la misma intensidad de los besos a las mascotas.

Pablo Neruda, que era un poeta cursi irremediable dijo: «En un beso sabrás todo lo que he callado». Cosas de poetas. A mí siempre me parecieron más románticas las letras del punk.

¿Qué pasa químicamente en nuestro cerebro cuando damos un beso con lengua?

Las placenteras endorfinas segregadas por el hipotálamo y la glándula pineal se disparan y la excitante adrenalina va subiendo poco a poco, aumentando la presión sanguínea, dilatando las pupilas, acelerando el ritmo cardíaco y la respiración, incrementando el volumen de oxígeno en la sangre y haciéndonos sentir con mucha más energía.

La saliva de los hombres contiene testosterona y hay también evidencias de que un beso largo y apasionado podría aumentar el deseo en mujeres, pero el factor clave es la segregación de dopamina.

La subida de esta hormona implicada en la sensación del placer, la motivación y la búsqueda de novedad, genera ansiedad y deseo de besos cada vez más frecuentes, y si en una relación llegamos a este punto ya estamos perdidos y enamorados. Un dicho popular dice que «no hay peor ciego que un enamorado». Por otra parte, el cantante Joaquín Sabina, que vendió su alma a los bares y le dieron un sombrerito, tiene razón cuando dice: «Lo bueno de los años es que curan heridas, lo malo de los besos es que crean adicción». Joaquín-sombrero intuía lo que la ciencia ya demostró: en este punto del romance, nuestro cerebro está aprendiendo que una persona le genera gran placer. Es una persona, una sola y no otra. Es decir, nos volvemos adictos. La ciencia ya lo demostró. Podemos estar con los amigos, con la familia, en el trabajo, incluso con un «arrocito en bajo», pero el cerebro sabe que ninguna de esas personas es quien nos tiene encoñados. Cuando estamos lejos de esa persona estamos ansiosos, distraídos, sufriendo con los síntomas de abstinencia de cualquier drogadicto sin su dosis. Todo esto ya lo sabíamos, pero la ciencia explica «por qué sucede». Uno escucha por ahí comentarios al estilo de «esta persona me tiene encantad@» y, en efecto, nos tiene embrujados con chorros de dopamina que nosotros mismos disponemos y consumimos.

Según estudios de la ciencia, entre los efectos del beso se cuenta con los bajonazos de los niveles de cortisol, la hormona del estrés, tanto que se sienten flaquear las piernas. Es decir, el beso funciona como terapia antiestrés. Y es verdad. Todos lo sabemos. Práctiquela cuando quiera matar al jefe de la oficina.

¿Pero cómo diablos terminamos los humanos besándonos?

El beso es de las manifestaciones más extrañas en la naturaleza. Y más si es un intenso beso con lengua. El político y escritor irlandés Jonathan Swift algún día preguntó: «Señor, quisiera saber ¿quién fue el loco que inventó el beso?». Muchas especies se lamen u olfatean, pero solo nosotros y los monos bonobos practicamos el beso con fines amorosos. Pero ¿por qué diablos nos besamos? Para la pregunta hay dos respuestas científicas. Una viene por parte de los antropólogos, quienes afirman que es una manifestación cultural relativamente moderna. La otra respuesta la dan los biólogos evolucionistas, quienes apuestan a que el beso es una necesidad de carácter evolutivo. Los evolucionistas se paran en la raya afirmando que la naturaleza ha ido diseñando nuestros labios de una manera particularmente enfocada al beso: la presentación que tienen nuestros labios orientados hacia afuera, que sean más gruesos en proporción al resto de los animales, que concentren una mayor cantidad de terminaciones nerviosas que otras partes del cuerpo, y que instintivamente consideremos más atractivos los carnosos, sugiere que el beso ha tenido un papel evolutivo. Los biólogos argumentan que las hembras besaban al macho para identificar al buen candidato por medio de la intensificación de la función olfatoria. Algunas opiniones de expertos dicen que nos gustan por su parecido con los genitales o como reminiscencia de la lactancia materna. Pero, de momento, la hipótesis más plausible es que besarse es un comportamiento evolutivo a partir de la olfacción, una manera más sofisticada para calibrar que todo está correcto y que el macho besado es un buen candidato para procrear. Según esta «fría teoría, vacía de magia», como me dijo un amigo poeta, el beso no sería tanto para generar excitación como para eliminar candidatos malos, enfermos o demasiado parecidos genéticamente a nosotros.

Es fría, racional y desmonta todas esas pendejadas que se inventan los poetas, pero la teoría explica varias cosas. Entre otras, aclara por qué hay besos y personas con las que, sin saber por qué, no hay química a pesar de las buenas expectativas que teníamos. A todos nos ha pasado: todo va súper bien con esa persona, hablamos rico por teléfono, salimos y se nos va el tiempo volando, tenemos cosas en común, todo marcha en orden hasta que nos acercamos y le damos un beso. Entonces notamos que algo va mal. Hemos caído en la trampa, en el engaño de las miradas. Por alguna razón que no entendemos, pero sentimos y lo sentimos muy hondo, tenemos la certeza de la huida, del escape. Resulta espantoso, pero cierto. Por eso quien dijo que «el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos», afirmó algo muy poético, pero medio mentiroso, como todo lo de poetas. Porque uno puede besar con los ojos, pero hasta que no besa con la lengua no siente el aliento del otro. Y esto es vital. Hay que sentir el sabor del otro, sin Chiclets Adams, ni crema dental. Es tan importante el sabor de la lengua como el olor de la boca. El olor. Y acá podríamos comenzar a hablar de otro gran tema: el olfato. Pero dejemos el tema del olfato en *coitus interruptus* para otro ensayo. La vaina es que si no nos gusta el aliento natural del otro, olvídelo. A pesar de todo el tiempo que haya gustado, del coqueteo y mensajes en WhatsApp, tiene el derecho legítimo de largarse y perderse. No hay miradas brillantes ni sonrisas que cubran un aliento que no le gusta. Luego encontrará la excusa. Pero, por favor, nunca le diga que fue su aliento.

Y al contrario también nos ha pasado. Es posible que, inicialmente, no estemos pensando nada serio con esa persona. Solo estamos «saliendo». —Ojo porque todos sabemos que afirmar «estamos saliendo» es el eufemismo para decir:

«estamos sexando sin compromiso»—. El caso es que, sin mayores pretensiones, besamos a esta persona, la sentimos, la mordemos, y así el interés inicial sea menor, luego de ese primer encuentro la atracción se intensifica más, y con cada beso y su aliento, su aliento natural y cada encuentro, cada revocada, nos sentimos derrotados y felices. La jodida química. Y la seguimos mordiendo, pero ahora la mordemos con harta gana. El beso es realmente un momento crítico en el inicio de una historia amorosa. El escritor alemán Emil Ludwig dijo que «la decisión del primer beso es la más crucial en cualquier historia de amor porque contiene dentro de sí la rendición». Otra cursilería, pero qué le hacemos. Una cursilería cierta.

Luego del primer beso bien apretadito, ojalá en balcón de doceavo piso, de noche, con susto, con lengua, el terrible vendaval se viene encima y no queremos huir, ni salir corriendo.

Adicción al amor

El amor dejó de ser verso de poetas para convertirse en tema de ciencia. Y menos mal. Ya era hora de que entendiéramos por qué nos hace tanta falta esa persona de la que estamos enamorados y por qué nos dan tan duro cuando nos rompen el corazón. Somos adictos al amor y la ciencia lo ha demostrado.

Estar enamorado es una gran experiencia. Y es también la peor. Cuando estamos involucrados con una persona y somos correspondidos la vida es más liviana a todo nivel. Y en el polo opuesto, cuando sufrimos por culpa de la antipatía, la vida es desastrosa. Y no es para menos.

Cuando estamos enamorados y no tenemos cerca a nuestra pareja sufrimos de ansiedad y angustia, no nos concentramos, estamos como locos sufriendo los espantosos síntomas de la abstinencia. Cuando estamos lejos de nuestra pareja nos comportamos como desesperados fumadores cuando no tienen a la mano un Marlboro. Nos hemos vuelto adictos a esa persona y lo que sucede en el cerebro es lo siguiente: cada vez que hacemos una actividad que nos gusta, como comer costillas de cerdo bajadas con cerveza, trotar y sudar por la ciclovía, leer un buen libro o comernos a besos con nuestra pareja, se activa en nosotros el centro del placer o sistema de recompensas: una parte del cerebro en el sistema límbico, sede de las emociones. Cuando perdemos la noción del tiempo sumergidos en una

actividad hondamente placentera por el cuerpo viajan fluidos de dopamina, la hormona del placer y la motivación; nos sentimos plenos y creemos que somos felices.

Se ha dicho que la dopamina es una hormona «embaucadora» porque es como un alucinógeno que distorsiona y exagera lo que sentimos. Algo así como el principio activo de la marihuana, que nos hace más sensibles y propensos a los estímulos.

La dopamina entre otras hormonas es la encargada de activarnos el bienestar y la tranquilidad cuando, por ejemplo, por fin, terminamos la tesis de grado o cuando ganamos con un buen negocio.

Lo mismo sucede cuando estamos compartiendo con nuestra pareja. Y hay estudios que lo demuestran. La evidencia queda señalada cuando los científicos escanean los cerebros de personas enamoradas y correspondidas. Cuando esta parte del cerebro se activa comienza a generar la bribona dopamina, la hormona que nos pone medio locos.

En el primer mes de enamoramiento el coctel químico activado por el centro del placer contiene, además de dopamina, otras hormonas como la encefalina y la noradrenalina, una hormona que activa la excitación. Entonces estamos completamente drogados y felices. —Claro, desde que seamos correspondidos. De lo contrario estaremos drogados, pero enfermos de insomnio y chillando con baladas bobas—.

En estas imágenes se identifica que no solo el centro del placer se activa, sino también otras partes del cerebro que tienen que ver con la percepción y el aprendizaje.

En este punto del romance nuestro cerebro está aprendiendo que una persona le genera gran placer. Es una persona, una sola y no otra. Podemos estar con los amigos, con la familia, en el trabajo, incluso con un arrocito en bajo, pero el cerebro sabe

que ninguna de estas personas es quien nos tiene encoñados. Y cuando la encontramos y volvemos a estar juntos y conversamos y volvemos a cogerle el culo —porque el culo amado es perfecto—, el vínculo neuroquímico se va fortaleciendo. Esta es la persona que nos activa el centro del placer. Se dice «me tiene encantado esta persona» y, en efecto, nos tiene embrujados con chorros de dopamina que nosotros mismos disponemos y consumimos. Solo esta persona nos mueve el sistema de recompensas. Y si a esto le sumamos unas vibrantes revolcadas, en las que los niveles de dopamina se disparan a sus máximos niveles, el vínculo se hace más fuerte y entonces estamos jodidos. Jodidos y enamorados.

Es una gran sensación. El enamoramiento es una de las grandes experiencias de la vida. Y también una de las peores. Para los mexicanos, antes de Cortés, Tlazolteotl era la diosa del amor y de la mierda. Y sigue siéndolo.

Llegados a este punto, la atracción es tan intensa que no solo sentimos un gran placer estando con esa persona, sino por el solo hecho de pensarla, recibir un mensaje por el WhatsApp, ver una foto en el Facebook nos enciende el sistema del placer y así el circuito de los canales dopaminérgicos. Y no solo eso: pensar en el futuro con esa persona nos llena de placer. Ahora sabemos por qué nos emociona tanto recibir una pendejada como un emoticón cuando estamos enamorados. El poeta portugués Fernando Pessoa dijo que «todas las cartas de amor son ridículas, pues no serían cartas de amor si no lo fuesen».

Cuando estamos lejos de la persona que nos encanta y pensamos en ella, se activan los canales dopaminérgicos, generando placer y bienestar, y encendemos también el circuito de búsqueda. La prueba de que estamos sufriendo de una adicción. El circuito de búsqueda, acuérdesse de ese término cuando esté enamorado y tenga ganas de ver a esa persona. Es fantástico

sentirlo. Y a la vez un tormento. Queremos estar con ella, le ponemos una cita, le decimos cosas bonitas y cursis activando aún más el deseo. Y si no podemos verla pronto, comenzamos a sufrir de abstinencia. Es lo peor. Todos la hemos sufrido: angustia, desconcentración, desespero. Sudamos, la pupila se dilata y no soportamos la quietud. Estamos atrapados en esa persona y solo a ella, «estamos tragados». Ella es la única que nos activa el sistema del placer. Solo con pensarla o recordarla ya estamos inyectados con peligrosa dopamina. Es una locura porque no tenemos que verla para estar drogados. Solo con pensarla ya estamos complacidos y atormentados.

Por eso decir «eres mi más intensa fuente de dopamina» es un excelente piropo, pero por favor no se lo diga a nadie.

Luego de estar lejos de la «traga», de llamarla, de concretar una cita, cuando concluyamos la búsqueda y nos encontremos con ella, cuando nos demos unos intensos besos y abrazos, ya estaremos más tranquilos. Con cada palabra y caricia bajarán nuestros niveles de cortisol, la hormona del estrés. Ya no estaremos ansiosos y nos sentiremos tranquilos y relajados.

La creencia popular dice que, con los años, el amor en una relación se transforma. Es más tranquilo y sereno. Y es verdad. Pero esa tranquilidad en una relación amorosa es una trampa. La ciencia ha demostrado que en el primer mes de enamoramiento estamos narcotizados con dopamina, noradrenalina y encefalina. Y el amor de veinte años con oxitocina, la hormona del amor ñoño. También con prolactina, la hormona de la inhibición y con serotonina, la hormona del ánimo. La conclusión es obvia. La primera etapa es intensa y adictiva. Luego, con los años, se vuelve más tranquila y por lo mismo más harta y aburridora.

Por eso los expertos recomiendan mantener siempre altos los niveles de dopamina asociados a esa persona. Y lo podemos

lograr con unas vibrantes faenas de sexo o compartiendo otros placeres: viajar a la selva amazónica, al Mediterráneo o al río Magdalena. Bailar boleros. Ir a cine. Ver series televisadas como *Breaking Bad*, abrazados y encamados. Una copa de vino o fumarse un porro de vez en cuando no está mal. Invitar a los amigos. El cerebro debe conservar siempre un fuerte vínculo entre esa persona y el placer, porque si lo empieza a asociar con otras actividades o estímulos bien hartos, entrará el aburrimiento.

Esto no es nada nuevo. La ciencia lo único que ha hecho es explicar el «por qué», pero el resto ya lo sabíamos. Oscar Wilde decía: «Uno debería estar siempre enamorado. Por eso jamás deberíamos casarnos».

Pere Estupinyà, el excelente divulgador científico, dice: «Si no hay emoción el amor romántico se acaba y solo queda el de la compañía. El amor es la mejor de las adicciones. Hay que alimentarla constantemente, forzando placeres mutuos y compartidos que hagan que nuestro cerebro irracional segregue dopamina con solo recordar a esa persona que tan apasionadamente se ama y que siempre alterará todos los niveles hormonales habidos y por haber».

El vibrador a lo largo de la historia

El vibrador no siempre fue motivo de diversión. Hubo una época en la que era usado por los médicos como herramienta curativa.

Una noche y a la luz de las velas, el médico Petrus Forestus levantó la cabeza de la mesa, meneó el cuello y trató de reponerse. Estaba agotado y necesitaba descansar de su trabajo en el estudio. Petrus Forestus estiró el pescuezo y leyó lo que acababa de escribir:

«Cuando estos síntomas se indican, consideramos necesario pedir a una partera que ayude, de modo que pueda masajear los genitales con un dedo adentro, utilizando aceite de lirios, raíz de almizcle, azafrán o algo semejante. Y de esta manera la mujer afligida puede ser excitada hasta el paroxismo. Este tipo de estimulación con el dedo es recomendado por Galeno y Avicena, entre otros, en especial para viudas, para quienes viven vidas castas y para mujeres religiosas, como propone Ferrari da Grado. Se recomienda con menor frecuencia para mujeres muy jóvenes, mujeres públicas o mujeres casadas, para quienes es mejor remedio realizar el coito con sus cónyuges».

Petrus Forestus llevaba meses tomando notas que luego serían recopiladas en su *Observationem et curationem medicinalium ac chirurgicarum opera omnia*, donde tiene un capítulo sobre la histeria, una enfermedad que en la tradición médica occidental era tratada con un masaje genital hasta el orgasmo.

El tratamiento era aplicado por un doctor o una partera y trataba de curar «la enfermedad del útero», aflicción considerada común y crónica en las mujeres. Si bien Forestus murió en 1597 en Alkmaar, un pintoresco pueblito neerlandés rodeado de agua, fue sesenta años después cuando se publicó su libro y el médico comenzó a ser conocido como el Hipócrates holandés.

Forestus anotó que no solo él creía en el tratamiento, sino también otros prestigiosos médicos a lo largo de la historia, es decir, era una enfermedad que se tomaba muy en serio.

Desde el siglo IV antes de Cristo se describe un tratamiento médico para una dolencia que ya no existe. En 1952 la Asociación Psiquiátrica de Estados Unidos eliminó el término de sus catálogos. Algunos dirán que nunca existió y que la enfermedad, que durante veinticinco siglos se conoció como la histeria, era la expresión de la sexualidad femenina insatisfecha, y el tratamiento médico aplicado era proporcionar esta satisfacción.

Diferentes médicos, desde Hipócrates hasta Galeno, comentaban los síntomas de la histeria como «desórdenes en la menstruación, trastornos melancólicos, privación sexual y pesadez de mente».

La lectura de estos supuestos síntomas incluía muchos elementos coherentes con el funcionamiento normal de la sexualidad femenina en condiciones sociales que la interpretaban como patológicas: entumecimiento de las partes, disposición tímida y asustadiza, ansiedad continua, tristeza, ganas de dormir a toda hora y unas continuas ganas de echar chisme.

Hubo un médico en el siglo XIX, Robin Haller —dejando una nota aparte, afirmaba que cabalgar era uno de los tratamientos para la impotencia— que describía los síntomas de la histeria como «lloros, irritación, depresión, debilidad física y mental,

miedos mórbidos, olvidos, palpitaciones del corazón, jaquecas, agarrotamientos al escribir, confusión mental, miedo de locura inminente y preocupación». Parece ridículo, pero es cierto; todos estos y otros más eran los síntomas definidos como histeria hasta 1952.

En el artículo *Tecnología del orgasmo*, de la historiadora Rachel P. Maines, se dice que: «En un breve repaso por la historia de la sexualidad en occidente es fácil ubicar el modelo androcéntrico y la construcción de una sexualidad femenina ideal que se ajuste a él».

La cita no dice nada raro, eso más o menos lo sabemos, y es una lástima que todo haya girado alrededor del hombre.

La visión androcéntrica de la actividad sexual distingue tres pasos: la preparación para la penetración, la penetración y el orgasmo masculino. Bajo este modelo se esperaba que la mujer tuviera orgasmos por la penetración.

Sin embargo, cuando se miran las estadísticas se concluye que esos orgasmos, en esa situación, pocas veces suceden. Cualquier expresión sexual femenina que estuviera por fuera de ese modelo, digamos las constantes ganas de masturbarse, la apatía sexual o simple y llanamente la falta de orgasmo por la penetración, era considerada una enfermedad y requería tratamiento.

El modelo androcéntrico de sexualidad era necesario para la institución del matrimonio, en pro de la natalidad y patriarcal, y fue defendido por líderes del *establishment* médico occidental por lo menos desde el tiempo de Hipócrates. También se creía que el matrimonio curaba la enfermedad, sin embargo, los datos empíricos demostraron lo contrario. Eso fue lo que quedó claro cuando la histeria fue borrada de los catálogos de enfermedades.

En vista de que la masturbación femenina estaba prohibida por no ser casta y posiblemente insalubre, y del fracaso del

modelo androcéntrico de la sexualidad para producir orgasmos en la mayoría de las mujeres, la supuesta enfermedad tuvo que ser atendida por los médicos, quienes diseñaron, practicaron y justificaron la producción clínica de orgasmos en mujeres.

Los galenos estiraron cuello y recibieron con gracia la responsabilidad, además porque el negocio resultaba rentable y mucho más cuando se encontró el mecanismo para aumentar la productividad del tratamiento. Así se convirtió la tarea de aliviar los síntomas de la excitación femenina en una tarea médica, que definía los orgasmos femeninos en condiciones clínicas como las crisis de una enfermedad, el paroxismo histérico.

Qué tristeza, le digo sinceramente. La película *Hysteria* narra este cambio en el procedimiento de los dedos al vibrador en la época victoriana.

En su ensayo, Rachel P. Maines escribe: «Nathaniel Highmore observó en 1660 que era difícil aprender a producir orgasmos mediante masaje vulvar. Dijo que la técnica “no es diferente de ese juego en que los niños intentan frotarse el estómago con una mano y darse golpecitos en la cabeza con la otra”».

Según la literatura médica, los hombres no disfrutaban dando tratamientos de masajes pélvicos y, además, cansaba mucho. Había que buscar la manera de sustituir sus dedos por otras opciones como las atenciones de los maridos, las manos de las matronas o algún aparato. Cuando se desarrolló el primer vibrador electromecánico el tiempo en lograr resultados se redujo de una hora a diez minutos en promedio.

El primer vibrador electromecánico fue inventado en el siglo XIX como respuesta a las demandas de los médicos para desarrollar la terapia de manera más rápida y eficiente. En 1883 Joseph Mortimer Granville solicitó la primera patente para un vibrador electromecánico con el nombre de *Granville's Hammer*

—Martillo de Granville—. Con su aparato no pretendía aportar al tratamiento para la histeria sino para desórdenes musculares; fueron otros doctores quienes lo empezaron a usar como un masajeador para el área genital.

Los silencios y malentendidos aprendidos a lo largo de la historia acerca de la sexualidad femenina podrían explicarse por dos preocupaciones: la primera es que el orgasmo femenino no es necesario para la concepción y la segunda es que puede llevarse a cabo por fuera de una relación sexual sin interferir con el gozo masculino.

Esto en occidente porque en Asia, en algunas culturas en que el orgasmo femenino se integraba con mayor facilidad al patriarcado, por lo menos alentaban a las parejas casadas a que exploraran métodos y posiciones que condujeran al placer de la mujer.

En esa época y aún hoy, en muchos casos, la sexualidad de las mujeres queda por fuera del paradigma sexual dominante y por eso saludamos a Perogrullo: tenemos que educarnos.

Vendedor de juguetes

Un hombre recorre los pasillos de un sex shop acompañado por dos sombras tutelares, doctas en el uso de juguetes y disfraces. Mientras caminan, se van desnudando historias de clientes satisfechos y transeúntes despistados. Acá, una nota de periodismo gonzo sobre el gozo.

El pasillo por donde avanzamos está reventado en neón blanco impecable y su lateral está forrado en un arsenal de vibradores exhibidos en la pared. A primer golpe de vista parecen lapiceros gigantes y fluorescentes para dibujar. Una vitrina de papelería y colores de arco iris. La escala salta de los rosados a los azules, de los morados a los verdes. Largos, gruesos, lisos y rugosos.

—Parece la vitrina de un almacén de juguetes —le digo a Daniel y seguimos avanzando despacio por las baldosas blancas, la luz blanca, el aire blanco y la muralla de penes multicolor.

Daniel me corrige:

—No «parece» una juguetería; es una juguetería.

Y le entiendo porque esto es entretenimiento para adultos.

—Cuando éramos pequeños jugábamos con carritos y muñecas —dice—, pero ya grandes lo hacemos con vibradores, aceites y bolas chinas.

Daniel Paredes, administrador de la tienda erótica, me ofrece una visita guiada por las vitrinas. Me cuenta que, en caso de que aparezca por la puerta de la tienda una muchacha curiosa

preguntando cómo comenzar a experimentar con el catálogo, le recomendaría un lubricante a base de agua y una bala vibradora.

—Es el kit obligatorio para novatas —dice— o para mujeres que pretenden llegar a ser multiorgásmicas.

Me muestra la bala plateada y el lubricante.

—Si la chica ya tiene experiencia y juguetes —continúa—, le puedo ofrecer un vibrador doble.

Este juguete luce como un par de cachos de rinoceronte, uno más grande, otro más pequeño. Debe ser mortal el uso de esta cornamenta, como para morir y resucitar varias veces, ya no digamos de placer.

—O unas bolas chinas —dice Daniel y las extiende.

Las bolas chinas parecen una versión moderna de una camándula para rezar un fervoroso rosario.

—En la tienda un doctorado no vale nada —dice—. Quien entra y ojea en las vitrinas queda indefenso.

Me cuenta que si viene un gerente curtido, un viejo lobo de los negocios, allí siempre será un novato. Se sentirá un pelele al frente de las vitrinas, sin saber para qué forro se utiliza esa bomba morada en forma de pera. Lo mismo le sucederá a una psicóloga o a una abogada porque los títulos universitarios o el estatus social se quedan en el parqueadero. Daniel está muy tranquilo, pero yo creo verlo estirar el cuello y acomodarse una corbata que no tiene cuando dice:

—Acá el que sabe soy yo.

Intento descubrir una expresión de orgullo, pero me encuentro con su rostro impasible, como si estuviera diciendo cualquier cosa.

Creo entenderlo. El hombre ha sido educado en la informalidad de la calle, los catálogos, las vitrinas. Lo que intenta es ubicarse en el mismo punto de un estudio formal, científico y, sin embargo, tan ignorado por la academia: los juguetes sexuales.

Seguimos avanzando despacio mientras veo la variedad y me antojo de tener un cuarto lleno de estos artefactos. Un cuarto no, la sala completa para exhibirlos con orgullo. Un pensamiento me viene caprichoso: «uno porque es pendejo en la vida, pero en la sala de la casa, en vez de libros, debería tener unas buenas bibliotecas, pero plagadas de juguetes para adultos. Diversión carnal en vez de diversión intelectual». Entonces digo que no todos son novatos, algunos ya comenzaron el juego.

—Sí, claro —dice Daniel—, tengo una catalogación para las parejas: calladas, narradoras y profesionales.

Las parejas calladas son las más aburridas porque nunca se dicen lo rico que la están pasando. Las narradoras son las que están aprendiendo a expresar lo que les gusta y lo que desean y hacen planes eróticos. Finalmente, las parejas profesionales son las que ya tienen un clóset con juguetes, se regalan sorpresas, saben para qué sirven los diferentes productos, pero sobre todo se hablan, tienen un canal de comunicación en temas íntimos.

—Mi tarea —dice Daniel— es educar a las parejas calladas para que pasen a ser narradoras y abran ese canal de comunicación, y luego sean profesionales. Y claro, que de paso vengan a la tienda y me hagan el gasto.

En las vitrinas hay mucho para comprar y probar. Ya estoy antojado de un montón de vainas. Lo que me falta es plata. La tienda está dividida por temáticas de productos. Ahora vamos por la sección de dildos en vidrio templado, una gama que incluye un vibrador en ángulo de cuarenta y cinco grados, duro y transparente, que va directo al punto G, con un accesorio de soporte y cargador, y luces blancas; también puede usarse como una pequeña lámpara en la mesita de noche. El detalle me parece de fina coquetería.

Avanzamos y nos alcanza Vanesa, otra asesora de la tienda.

—No solo somos vendedores —dice ella—, también ayudamos a la gente con su vida íntima.

Vanesa cuenta que antes de trabajar acá despachaba una tienda para adultos en Envigado, dentro de una zona residencial. La gente compraba arepas y pasaba por la tienda de sexo para ojear qué había llegado de nuevo. Iba por un domicilio de empanadas y pasaba con la bolsa grasosa, mirando los condones con estimuladores. Vanesa señala aquellos que parecen puercoespines de plástico.

—Los clientes eran del barrio —cuenta la muchacha—. Alguna vez entró una señora muy preocupada porque su marido estaba aburrido con ella.

Era una señora de unos sesenta años que, según le contó a Vanesa, le llevaba cinco a su marido, un conductor de bus «barrigoncito y de bigote», decía la señora. «Usted de seguro lo conoce».

Vanesa le mostró variados productos de la tienda y le explicó los diferentes usos. La señora llevó varios aceites. A los días volvió.

—Usted me salvó el matrimonio.

La señora estaba muy emocionada y sentida:

—Mi Dios se lo pague —dijo. Y de paso compró una bufanda de plumas moradas y unas tanguas masculinas, de las económicas, de cuero negro de gladiador.

Recorremos el pasillo blanco. Ahora vamos por la vitrina de bombas de vacío: cilindros succionadores que prometen un crecimiento, tanto del alto como del diámetro. A su lado está la vitrina de *plugs* anales: con escala en tamaños y usos variados. Acá está el pequeño dilatador para principiantes. También se exhibe el *plug* con terminación en joya simuladora de diamante

brillante, un accesorio coqueto y sofisticado. Más abajo está la breva con terminación de colita de zorro, para quienes prefieren un peluche en la cola.

En otra oportunidad, cuenta Vanesa, un ejecutivo detenido en la vitrina le preguntó por un látigo con nudos en las puntas. Ella se lo presentó: venía con empuñadora de cuero y lazos negros.

—¿Y pega duro? —le preguntó el señor.

Vanesa afirmó. El hombre giró, se quitó la chaqueta y dijo:

—A ver, hágame la prueba.

Vanesa sacudió el látigo sobre la camisa en la espalda del señor. Dentro de las capacitaciones que tienen para vender productos sexuales les piden «agitar con ganas un juguete del estilo sado». Y así con el látigo, igual que con otros productos, tienen que aprender su uso para su venta correcta.

—Si no me pega bien —le dijo el hombre con tono decepcionado—, no se lo compro.

«Bueno, estamos trabajando», pensó ella. «Tengo que hacer la venta», y sacudió el producto con fuerza. Los nudos chasquearon y le cosió un buen latigazo bajo el cuello. El hombre se retorció de dolor. Con una sonrisa pagó y se largó. Al mes volvió y se compró una macana forrada en cuero. Esta vez no solicitó los servicios de Vanesa.

A medida que caminamos por la tienda podemos ver los gustos de la gente, sus fetiches y sus accesos al deseo; también sus miedos, represiones, tabúes.

«Todo un estudio sociológico», pienso con aire académico de pacotilla. Con una visita a una *sex shop* podemos asomarnos a una expresión muy interesante de la humanidad.

Pasamos entonces a la zona de fetiches. Lo dicho antes: una visita a la tienda erótica es un repaso por las corrientes del deseo y el tabú. Tenemos al frente todo un paredón de prendas negras para amarrar y sodomizar. Se exhibe el «kit de verdugo»: máscara

y tanga en cuero negro con taches. A su lado está la máscara en látex con mordaza de pelota, para quienes gustan de los frenos para caballos. También hay máscaras para caballero con dildo alargado en la boca, lazos para amarrar y columpios para colgar del cielo raso —siempre se recomienda atornillar un buen chazo, como si se fuera a colgar una hamaca; no sea que el tornillo se suelte en pleno acto teatral de tortura—.

Ir por la tienda es pasar por un catálogo de placeres. Eso dicen.

Otros productos son: *shock therapy*, con seis electrodos para pezones, clítoris, paredes vaginales; máscara con cierre en la boca; macana negra; varilla plástica y flexible con pluma al final para sobar y castigar. En una esquina está el kit con mordaza, antifaz, látigo, pluma y dados. ¿Para qué los dados? La idea es que uno de los participantes arroje el dado cuyos lados indican varias partes del cuerpo, y que el otro lance el dado rotulado con varias acciones, como chupar, lamer, castigar. Al arrojarlos podría salir: chupar cuello o castigar nalga.

En ese momento una pareja ingresa a la tienda y Vanesa tiene que dejarnos para atenderlos. Afiló la oreja para intentar pescar algo, pero se van por otro corredor; la tienda es amplia y pierdo su rastro.

Daniel me cuenta que, una tarde, entró al almacén una abuela con gafas y pelo blanco, de la mano de un niño de unos seis años, muy bien puestecito, peinado con gomina. La señora caminó por las vitrinas con toda la tranquilidad, mirando los productos, hasta que llegó a la caja registradora, donde la esperaba Daniel. La abuela preguntó si tenía trajes para la primera comunión.

—Tal vez la señora vio los disfraces en la vitrina —me contó Daniel—, y pensó: «Si hay disfraces, hay trajes para la iglesia».

Daniel tuvo que explicarle a dónde se había metido y la señora salió de allí dando saltitos de vergüenza.

Pasamos a la exhibición de imitaciones plásticas de partes femeninas, como si fueran descuartizamientos de mujeres: pechos cortados al cuello y al torso. Nalgas sin piernas. Cabezas con la boca abierta y al tajo del cuello. Es la vitrina de masturbadores para hombres.

—Son torsos en silicona hipoalergénica —explica Daniel.

Un molde con pechos de mujer. Unas piernas mutiladas en la cintura, con la cola levantada y el logo de *Fuck me silly*, y doble orificio. Son los productos más costosos de la tienda.

—Conozco a un amante de estas bellezas —comenta Daniel, acariciando el molde de los pechos—. Me alegra mucho cuando viene porque me arregla la venta del día.

Con esos precios, entiendo perfectamente su alegría.

—En estos días el cliente estaba muy preocupado.

—¿Y eso?

—Porque según me contó, estaba frecuentando más al maniquí que a la esposa.

Entonces nos alcanza Vanesa. La miro preguntón y ella entiende. Me dice que la pareja que estaba atendiendo no compró nada.

—Es muy común —dice—. Vienen de curiosos, pero luego vuelven más decididos.

En adelante pasamos por las vitrinas de ropa íntima y disfraces; la vitrina de aceites y otro espacio para los multiorgásmicos; la zona de energizantes marca MeroMacho y Poseidón, y la vitrina de bromas y accesorios para fiestas de despedidas de soltero. El gerente de las tiendas, que ya son más de veinte en todo el país, comenzó el negocio con un pequeño local en Medellín donde vendía bromas de corte erótico: chupetas en forma de pene, dulces en forma de «bubis» y pitos en forma de vagina, entre otros. Este es otro caso de éxito de emprendimiento empresarial en la ciudad.

—¿Y cuál es el dildo más grande en la tienda?

Me llevan a una de las estanterías, lo bajan, lo sacan de la caja y me lo extienden. Carraspeo. Luego del susto, anoto: «Real Feel, doce pulgadas de largo». A ver, son veintisiete centímetros de altura y casi siete de diámetro.

«Bueno, no es tanto», pienso, recordando al hombre caballo, el famoso actor porno.

—¿Y quién lo compra?

—Mucha gente —dice Daniel con una generalización que me asusta—, pero sobre todo las modelos *webcam*; sus clientes siempre están pidiendo extravagancias.

A la tienda ingresa otra pareja y esta vez puedo escuchar todo lo que le preguntan a Vanesa, pues ella se ha quedado, a propósito, a un pasillo de distancia. Son jóvenes de unos veinte años. El chico es quien pregunta por los aceites anales, por los dilatadores y las pastillas energéticas. Cuando Vanesa les ofrece un producto que estimula la libido en la mujer, el muchacho le dice a su chica:

—Esto es lo que te voy a comprar para todas las noches.

Entonces ella le reclama:

—Ay, mijo —y lo deja solo al pie de la vitrina.

Cuando Vanesa vuelve con nosotros, me dice que el muchacho ya había consultado el catálogo.

—Él ya sabía lo que estaba buscando —dice.

«Claro», me contesto yo mismo sin abrir el pico, «pero se comporta como un imbécil».

Daniel me cuenta que las modelos *webcam* son excelentes clientas del negocio. Algo que tiene sentido, pues en Medellín el sexo por la web es un renglón en la economía que cada vez se vuelve más popular debido a las ganancias que está dejando.

Entonces me deja otra taxonomía de su trabajo.

—Básicamente hay tres tipos de clientes. Uno: quienes piensan que esto es un consultorio sexual y buscan una asesoría para su intimidad. Dos: quienes vienen por cuestiones de trabajo (estríperes, bailarinas, modelos *webcam*). Tres: quienes vienen para buscar juegos y salir de la monotonía.

Un estudio sociológico, nada de publrreportaje.

Ya es hora de irme, entonces me voy despidiendo, repitiendo mentalmente que cuando éramos pequeños jugábamos con carritos y muñecas y ahora con vaginas y penes de plástico.

—En la vida no podemos dejar de jugar —dice Daniel y me regala un catálogo de la tienda y me mira muy serio—. No se vaya sin comprar nada.

La nalga en su laberinto

*Dios hizo el coño, ojiva enorme, para los cristianos.
Y el culo, medio punto deforme, para los paganos.*

Theophile de Viau

Un tuit ya famoso en la red dice: «Si la vida te da la espalda... tócale el culo». Según Julio Casares y su *Diccionario ideológico de la lengua española*, el culo tiene tantos sinónimos como adoradores y usuarios. Nombres tan comunes como nalgas, trasero, ojete y aposentaderas. Otros picarescos como trascorral, mapamundi, as de oros, ojo moreno, salvohonor y trasportín. Y otros asociados a los encantos de caballos y vacas: anca y cuadril. También se le llama al culo con palabras ingenuas o villanas: asentaderas, clamores, nalgatorio, tafanario, orificio, orto, derrier, jopo y sieso. Y en portugués se dice *bunda*. Usted puede decir: *que bonita bunda você tem* y usted queda como un príncipe diciendo «qué buen trasero tienes».

Desde el *Australopithecus afarensis*, uno de los primeros antepasados que se levantó para caminar erguido, el culo empezó a ganar lugar. Miguel Núñez Ferrer dijo: «El mono perdió la cola durante la evolución, cuando se empezó a ir de culo». Desde entonces el trasero pasó a ser el centro de gravedad del cuerpo. Lo sostiene y le da equilibrio. Y en adelante, en el proceso evolutivo,

todos tuvimos uno en el mismo sitio, pero diferente. El contraste entre el culo de los hombres y el de las mujeres, sin contar con la forma geométrica que es la diferencia más obvia, está en su representación y simbolismo. La mujer tiene el mapamundi del deseo. El hombre tiene las ancas de la fuerza. Estas diferencias simbólicas derivan de su forma de representación. El masculino se relaciona con lo sólido y el femenino con lo líquido. En la película *Full Metal Jacket*, de Stanley Kubrick, hay una frase famosa: «Tienes un culo que parece una tonelada de chicle masticado». El trascorral de la mujer es el culo del deseo, el culo que se penetra o por lo menos eso se dice. ¿Qué pasa entonces cuando el culo cuadrado y compacto de los hombres también es penetrado? La diferencia se rompe y la representación del culo nos iguala porque, a pesar de todo, el culo es democrático. Finalmente todos tenemos uno.

Un refrán popular dice: «El que quiera peces que se moje el culo». A primera vista y gracias a la banalización de la publicidad y los medios, el culo parece una simple parte del cuerpo, modesta y sin remilgos: un par de lonjas de carne y sanseacabó. Pero el tema tiene tanto de largo como de ancho. El culo está presente en la pintura, la escultura, la literatura, la poesía y la música. En uno de los versos que Verlaine le escribió a Rimbaud dice: «Estoy jodido. Me has vencido. Ya no tendré más que tu gran culo, tan besado, lamido y olfateado».

Pero no solo Verlaine dejó muestras de que el culo es un símbolo del amor. También lo hizo Joyce en sus cartas a Nora. En una del 8 de diciembre de 1909 le dice: «Mi dulce putita Nora, he hecho como me decías, mi niña, y me la he meneado dos veces mientras leía tu carta. Estoy encantado de que te guste que te joda por el culo. Sí, ahora me acuerdo de la noche en la que te follé tanto tiempo por detrás. Mi polla estuvo dentro de ti durante

horas, follándote y volviéndote a follar por debajo de tu grupa enhiesta. Notaba como tu gordo culo grasiento sudaba sobre mi vientre y veía tu rostro enfebrecido y tus ojos locos».

El culo es el verdadero emblema del amor. De hecho el corazón, como símbolo del amor, no es más que un culo pintado de rojo.

¿Y qué pretendió ese movimiento, La Garçonne, en los años veinte? Figuras de mujeres rectas y planas. Borrando las fronteras de género, suprimiéndolas con trajes de corbata y pelo corto, moldeando el cuerpo, expulsando el culo y sus líneas curvas, dando paso a líneas rectas. La Garçonne es la historia de la censura al culo, la negación de una parte del cuerpo.

En el libro *La historia del ojo*, de Georges Bataille, se narra esta pequeña anécdota del culo como una fiel y obediente mascota: «Llevaba medias de seda negra que le subían por encima de las rodillas; pero aún no había podido verle el culo (este nombre que Simona y yo empleamos siempre, es para mí el más hermoso de los nombres del sexo). Tenía la impresión de que si apartaba ligeramente su delantal por atrás, vería sus partes impúdicas sin ningún reparo. En el rincón de un corredor había un plato con leche para el gato: “Los platos están hechos para sentarse”, me dijo Simona. “¿Apuestas a que me siento en el plato?”. “Apuesto a que no te atreves”, le respondí, casi sin aliento. Hacía muchísimo calor. Simona colocó el plato sobre un pequeño banco, se instaló delante de mí y, sin separar sus ojos de los míos, se sentó sobre él sin que yo pudiera ver cómo empapaba sus nalgas ardientes en la leche fresca. Me quedé delante de ella, inmóvil; la sangre subía a mi cabeza y mientras ella fijaba la vista en mi verga que, erecta, distendía mis pantalones; yo temblaba».

El culo tiene historia y se ha modificado a lo largo de los siglos, ha evolucionado e involucionado. Ha sido satanizado y santificado. En la Edad Media fue uno de los protagonistas del

histórico oscurantismo. Adorar el culo era como adorar al diablo. ¿De ahí deriva su asociación a lo negro, a lo oscuro? Tal vez. Lo cierto es que el culo en aquella época era un lugar del mal, la cueva de satán. En el libro *Breve historia del culo*, de Jean-Luc Hennig, se señala una singular ceremonia de iniciación: «El beso infame o beso obsceno consistía en posar los labios en el ano del diablo, es decir, su “otra boca”. Ese acto de rendición absoluta era el primer paso de seducción que el diablo exigía a sus adoradoras». Sin embargo, no hay que negarlo, el culo es el lugar del placer y del dolor, allí sucede de todo menos un acto reproductivo. «Seguramente hay algo de extático en el beso en el culo. Porque es un beso que se da en la negrura: los ojos están engullidos por la carne, aspirados totalmente por el agujero oscuro. En pocas palabras, es un beso que ciega».

El culo fue esclavizado y liberado. Es objeto político y, por lo mismo, el culo ha sido símbolo del poder. Antanas Mockus, exalcalde de Bogotá, mostró la nalga en la Nacional. Y Winston Churchill dijo: «Quien habla mal de mí a mis espaldas, mi culo contempla». Otro refrán dice: «Lambiendo culos subió Miguel, y ahora le lamben el culo a él».

El culo no solo es deseo y placer. Es la ofensa, la burla, la ironía, el lugar del castigo. En el culo, como en todo, el uso es el significado. Por eso no siempre es malo cuando te dan culo. Es empleado de la publicidad y produce millones anuales en campañas de mercadeo que venden usando un buen ejemplar, desde un tarro de pintura, pasando por un champú y terminando con un prometedor curso de inglés. Otro refrán popular reza: «El que tiene el culo alquilado, no puede sentarse en él».

El culo es tierno, como los culitos de los bebés que sirven para vender pomadas. Pero además es amoroso, erótico, pornográfico. Nada como cogerle el culo a tu pareja en la calle.

Además, el culo querido siempre es perfecto. Y no hay nada que se compare en cuestión de mordiscos como morder ese culo que se ama. Y puede ser suave o afilado, puntudo u obtuso. Magnífico, generoso, maligno. Nada como un culo maligno. Uno que embruje. Un culo que enyerbe, uno que envicie, un culo que encoñe. Puede ser ancho y blando. Un culo peludo. O escuálido y estrecho. Escaso y negro. Un culo mestizo. Con estrías. O blanco y suave como un par de huevos.

Es en el culo donde se dan las pelás y, de adultos, seguimos dándole azotes con los entretenidos látigos del sado. El culo es inspiración para el humor, la ironía y el insulto. Nada tan grave como que te manden a dar por culo. Es protagonista en el porno. Pero además tiene personalidad. El culo es orgulloso, engreído y hasta vanidoso. A veces también es humilde y callado. El culo es un animal camaleónico.

Como sea, de simple el trasero no tiene nada. Habrá que seguir descubriendo ángulos y observaciones, fetiches y obsesiones, traiciones y desamores para entender lo que significa.

El pecado de la carne

La carne es exquisita. Carne viva y amorosa o carne jugosa y asada. Una semana en blanco, sin llevarnos un buen bocado de carne a la boca, es un penoso trance. Para no tener que soportarlo usted sabrá cómo se las arregla para agenciarse la porción de carne viva. Pero por el otro lado, ¿cómo es el proceso para disfrutar del succulento sabor de la carne asada?

«Tengo tres años de edad y en pocos minutos seré sacrificado. Seré despellejado, me abrirán en canal, me sacarán el corazón, trozarán mi hígado, me cortarán la cabeza, rebanarán mis patas y me extirparán los ojos. Son las tres de la mañana y el beneficiadero está en plena faena. Otros novillos hacen fila en dirección a una rampa. Los humanos nos sacrifican en la madrugada para que los restaurantes tengan carne fresca al mediodía. Tal vez por esa obsesiva puntualidad es que a mi muerte la llaman “beneficio”. Y es muy posible que esta misma noche una porción de mí caiga en las brasas de un asadero y unas muelas humanas terminen por triturarme. Tengo tres años, soy un novillo de 400 kilos y eso quiere decir que estoy bueno para comer, literalmente».

Si un novillo pudiera escribir su diario, esto es lo que más o menos escribiría antes de su muerte:

«Estamos encerrados en la Central Ganadera de Medellín, en un corral lejos de la planta industrial para que no sintamos el olor

a sangre de nuestros congéneres y no nerviemos ni comencemos a dar patadas y cabezazos. Nos bañan con agua fresca que cae sobre nuestras cabezas y nos sienta bien. Después del baño estoy más relajado. Un sujeto con bata blanca me alza la cola, mira por debajo, se levanta y me palmotea el lomo. El procedimiento se llama “inspección *ante mortem*”, para determinar que no tengo ninguna enfermedad y que estoy en condiciones de morir en esta madrugada. En fila, vamos pasando por una rampa. Ahora camino sereno, con dignidad. Ha llegado mi hora».

Hasta aquí el diario del novillo.

A qué huele el beneficiadero

En la sala de sacrificio el olor es vomitivo. Es un fuerte olor entre boñiga, herrumbre, sangre y químicos que le produce arcadas a quien no esté acostumbrado. Esto es un beneficiadero, pero parece una línea de ensamble de Sofasa. Lámparas blancas, sierras crujientes, golpes de troqueles, rieles en la altura; no hay reses en el piso sacudiéndose mientras se desangran; hay pasillos congestionados de operarios con pesados delantales amarillos, guantes largos, botas industriales y cascos de obra civil. El siguiente novillo ingresa a la plataforma y queda atrapado. Un operario retiene su cabeza en la caja de sacrificio y empuña una pistola neumática de perno. Apoya el cañón entre los ojos del animal y dispara. El perno rompe el hueso frontal, destroza los sesos, pero el animal sigue vivo. Al disparo ese se le llama «insensibilización»; el novillo está y no está. Es un procedimiento diseñado para el bienestar del animal, para que no se angustie con la idea de la muerte, ni se huela lo que le viene después.

El novillo tiene los ojos abiertos, pero no ve ni se da cuenta del momento en el que le amarran una pata trasera y lo levantan cabeza abajo. Está atontado y su corazón aún bombea sangre. La lengua le cuelga, casi tocando el piso. Este procedimiento se llama «izamiento». Una vez arriba, avanza por el riel elevado entre el sonido industrial de las poleas, los golpes y las sierras. Más adelante, un operario sostiene el cuchillo vampiro. Este pedazo de metal es un tubo con punta diagonal, conectado a una manguera que va a una bolsa plástica transparente. El operario clava el cuchillo vampiro en la yugular. La sangre roja y caliente empieza a descender por la manguera y se recoge en la bolsa. Con este operario sería imposible una pelea a cuchillo. Finalmente, el novillo muere por anemia aguda en, aproximadamente, diez minutos. No quedan rastros de violencia. Aun así no quisiera que un hindú ingresara a la planta de beneficio ni que llorara las reencarnaciones de su madre y su cuñada.

«Tenemos un proceso muy tecnificado», me dice el médico veterinario Jorge Mario Escobar, gerente de la Central Ganadera, el beneficiadero de 28 hectáreas fundado en 1954, ubicado en la autopista norte, a seis kilómetros del centro de Medellín. La usanza de los viejos matarifes consistía en zanzar el cuello sin previa insensibilización. La muerte era traumática. Los novillos perdían el equilibrio, desangrándose a borbotones; caían lanzando patadas y coces, inundando el recinto de sangre. Los novillos sufrían y el organismo, en su agonía, liberaba sustancias que dañaban el sabor y la textura de la carne. Ahora es distinto. El procedimiento de insensibilización fue todo un logro después de muchos años de estar buscando alternativas que mitigaran el sufrimiento del animal. En Medellín hay grupos de activistas en contra

del consumo de carne. No han entendido que es un asunto natural, que comemos carne hace milenios y que los novillos no son mascotas sino bienes de consumo.

La línea de producción

El novillo colgado se desliza por el riel. En la próxima estación de trabajo se despelleja la carne y se apila el cuero y, en la siguiente, se abre la panza en canal. Es un trabajo que requiere un operario con destreza para manejar una poderosa sierra eléctrica que troza los huesos como si se deslizara por un blando y grueso filete. También se necesita cursar en el Sena cursos de operaciones básicas de sacrificio bovino y Buenas Prácticas de Manufactura, BPM. A los trabajadores se les exige, además, rasurarse barba y bigote, no portar anillos ni pulseras y mantener las uñas limpias y bien cortadas. Todo esto para cumplir con el decreto 1.500 que regula la oficina del Invima, ubicada dentro del mismo beneficiadero. El operario gana un sueldo de \$700.000 mensuales y cubre un turno heroico: de doce de la noche a ocho de la mañana. Lo leímos en el diario del novillo: «La jornada debe hacerse en la madrugada para que los restaurantes tengan carne fresca al mediodía».

Las regulaciones del Invima obligan a la Central Ganadera a cumplir con las normas de inocuidad y a realizar procedimientos modernos, donde se priorice la muerte digna del animal. La planta tiene capacidad para beneficiar 640 novillos por turno de trabajo; la velocidad del riel es de ochenta animales por hora. El doctor Escobar se deleita, como si se tratara de un lomito a la pimienta, con el ritmo de la línea de producción: la especialización

del trabajo, la estandarización de procedimientos, los estudios de métodos y tiempos, la ergonomía y cero tiempo perdido en los cambios de referencia. Si a la sierra de pecho se le parte un tornillo, toda la línea se detiene. La solución: planes de mejoramiento intensivos en el mantenimiento mecánico. Y en verdad el riel elevado, las luces blancas de neón, los operarios uniformados, las estaciones de trabajo, los sonidos de sierras, pistones y golpes, son los mismos que en una fábrica manufacturera.

La diferencia: mientras en Sofasa, a medida que un Renault Logan avanza por el riel, los operarios le adicionan componentes. En el matadero —el doctor Escobar insiste en que es «beneficiadero», pero cada cosa tiene su nombre—, en el matadero, digo, a medida que el novillo avanza los operarios lo desvalijan. En Sofasa, al final del recorrido el Logan está ensamblado. En el matadero, al final, no queda nada del novillo. Es desmontado en su totalidad, pieza por pieza, y ninguna parte se desperdicia. Con la sangre se produce harina, morcilla y carnes frías, y es utilizada en farmacéutica. Con la bilis, laxantes. Con el estiércol, abono orgánico. Con el miembro viril, juguetes para mascotas. Así es, los perros son los que terminan comiéndose el pipí del novillo. Con el intestino delgado se hace la chunchurria de Buenos Aires. Las vísceras del novillo van a dar a la paila de la cocina o son utilizadas como materia prima para los concentrados animales. Nada se desperdicia. El ganado siempre ha sido un excelente negocio. No es gratuito que el oficio de cuidar vacas en corrales se llame «ganadero» porque, en efecto, quien lo practica es un indiscutible ganador. Con las patas se preparan gelatina y colágeno. El cuero va directo a las curtimbres. Con los cachos se producen artesanías y botones porque no creemos, como los chinos, que sean afrodisiacos. La lengua también se come, pero ahora no la ofrecen en las cartas de los restaurantes, no

porque sea de mal sabor sino porque pedirla es un atrevimiento. Imagínense: «Mesero, deme lengua por favor».

Los cálculos renales son una verdadera fortuna. Cada gramo de estas piedras cuesta más que uno de oro. Aun así, no hay manera de predecir que un novillo tenga en los riñones o en la vesícula biliar una de estas valiosas perlas orgánicas. Para evitar robos en la Central Ganadera la mesa de acero inoxidable donde se abren estas vísceras es vigilada por una cámara. Gracias a esa vigilancia se impide que los cálculos vayan a parar en el mercado negro de la plaza Minorista, donde se comercializan bajo cuerda. Al matadero llega un sujeto con lentes oscuros y un maletín de cuero, compra la mercancía y se larga. Se lleva en promedio doscientos gramos al mes. No se sabe qué hace con ellos. Se especula que son materia prima para microcomponentes japoneses, pero debe ser falso porque los cálculos renales se cuidan con celo años antes del desarrollo de la electrónica. El asunto es un misterio; ni el doctor Escobar supo contestar la pregunta.

Vale decir, finalmente, que ningún pedazo, ninguna garra, ninguna excrecencia del novillo cae al río Medellín, y a eso el doctor Escobar lo llama un buen balance ambiental.

Carne en pie, bistec a caballo

La raza más común en Colombia en cuestión de carne es la brahman, descendiente del cebú; es una raza proveniente de la India y se diferencia del ganado europeo por su giba. Su valor se mide en la masa muscular que se obtiene en el menor tiempo posible. En Colombia los novillos alcanzan 400 kilos en tres años. En Argentina las vacas obtienen ese mismo peso en la

mitad de tiempo gracias al tipo de ganado y a la geografía; en las pampas las vacas argentinas pastan con mansedumbre, son extremadamente perezosas y crecen con los músculos flácidos y pulposos. El filete de calidad debe tener un balance entre grasa y músculo. Esa característica se llama marmórea; como las vetas negras en el mármol blanco, las vetas de grasa blanca en la carne roja.

La Central Ganadera no es dueña de ningún novillo; es la intermediaria. El vendedor y el comprador cierran el negocio en los corrales de la Central. Allí se presta el servicio de corral y se facturan \$51.400 por cada res beneficiada, además, se adiciona un impuesto con el nombre más truculento de todo el estatuto tributario: «impuesto al degüello», de \$17.900 por res.

Ahora bien, todo hay que decirlo, en Medellín también comemos caballo. El matadero La Mosca, en el municipio de Rionegro, por ejemplo, sacrifica caballos y su carne se comercializa en restaurantes y carnicerías. Las deliciosas butifarras callejeras, que nos rescatan de las peores borracheras a las tres de la mañana, son producidas con carne de caballo. En realidad eso no tiene nada de malo. Evitar meterles el diente a los caballos es un tabú y un despropósito. Es un condicionamiento cultural absurdo como el que tienen los judíos contra el cerdo o como el que tienen los hindúes, que se mueren de hambre mientras engordan vacas y ratas pardas. En Argentina se cultivan caballos y se los comen en jugosos filetes de diez centímetros de ancho. Sirven el filete con un cuchillo desechable de plástico y el trinchete se desliza entre la carne como si fuera mantequilla. Imagínense la delicia.

En Medellín también abunda el mercado negro de carne de caballo. Si a un campesino en San Pedro de los Milagros se le enferma un potro flaco y acabado y no puede recuperarlo, el

campesino no pierde; lo sacrifica, se lo hecha a los hombros y lo baja en moto hasta San Cristóbal. Un distribuidor pirata lo compra, lo estruja en la maleta de su Mazda 323 y lo transporta a una casa de barrio, como tantas otras, donde funcionan mataderos clandestinos con todo su arsenal de neveras, mesas de faena, sierras eléctricas, cuchillos, operarios y, por supuesto, buenos clientes en carnicerías y restaurantes. ¿Alguna vez se ha preguntado cómo es posible comerse un sabroso menú ejecutivo por \$5.000? Ya sabe la respuesta.

La carne en cifras

Según Acopi el consumo de carne per cápita por año en Colombia es de diecisiete kilos. En Argentina, cincuenta y cinco. Brasil es el primer exportador de carne a nivel mundial, lo sigue Australia y Colombia ocupa el décimo puesto. Argentina no está en el primer renglón exportador porque prefieren comerse las vacas que exportarlas. Aún en las peores crisis económicas, los australes siempre han ostentado el título de primeros consumidores de carne del mundo.

El pecado de la carne

Desde hace milenios estamos obsesionados con la carne. Punta de anca, tabla, mondongo, churrasco, solomo, hígado, ojos, nalga, lengua. Incluso la Iglesia católica le dio un giro metafórico a la lujuria y la llamó, de manera gráfica: «el pecado de la carne».

En la tradición se recomienda la abstinencia de saborear la carne viva y amorosa, o jugosa y asada, durante los viernes de cuaresma.

Según el catecismo del padre Astete esta regulación debe cumplirse entre los seis y sesenta años. Quien esté por fuera de este rango puede mandarse la carne que quiera y no queda en pecado. La Iglesia y sus vainas. Es más, hasta hace pocos años, si durante los viernes de cuaresma usted se comía un par de muslos a punta de picos corría el riesgo de quedar pegado a ellos.

El cuadril es la parte externa y transversal del cuarto trasero de la vaca. Contiene la tabla, la posta, el huevo de aldana y el solomito. Es un culo delicioso. Andrés Calamaro dice en una canción: «Y así suene muy poco sutil, de tu cuadril no me olvido nunca más».

La carne es un placer. Y un pecado. De gula y de lujuria. Nuestra costumbre es comernos a nosotros mismos. Gracias a ello, y a que nos comemos nuestras vacas, esta especie ha sobrevivido por centurias. ¿Qué quieres comer hoy? Cuello, hoy quiero comerte el cuello.

El hombre y los animales

La vida de los animales es un libro de J. M. Coetzee y narra la relación de los humanos con los animales. Paseando por corrales llenos de vacas dice Coetzee: «No he visto horror alguno, no he visto ningún matadero. Sin embargo, estoy seguro de que están ahí. Simplemente no se anuncian al público». El asunto es: nos encanta la carne, pero nos repudia su sistema de producción. En Discovery Channel hemos visto cómo se produce el cereal, la

cerveza y el pan, pero nunca veremos el capítulo de la producción cárnica. Es mejor que otro sujeto mate la vaca, y bien lejos. Obvio. La muerte no es asunto para ver.

Engullir en Ben-Hur

Crónica gastronómica en uno de los restaurantes más baratos de la ciudad.

El almuerzo que despacharé al calor del mediodía vale \$3.000. El precio de un dólar, una cerveza fría, un paquete de diez cigarrillos Marlboro, doscientos gramos de salsa de tomate. \$3.000. El costo de un kilo de limón tahití o de lentejas, una libra de maíz pira. La idea es saltarse el desayuno, aguantar hasta el mediodía y salir al bochorno del centro de Medellín y saciar el hambre con un delicioso almuerzo de combate. Martín Caparrós, en su libro *El hambre*, escribió: «Conocemos el hambre, estamos acostumbrados al hambre: sentimos hambre dos, tres veces al día. No hay nada más frecuente, más constante, más presente en nuestras vidas que el hambre —y al mismo tiempo, para la mayoría de nosotros, nada más lejos que el hambre verdadero—».

Tejelo es una calle peatonal cerca de la plaza de Botero. Está dividida por dos ambientes desiguales: un lateral opresivo y atiborrado de legumbres y carnicerías que despachan al calor de las doce del día una libra de garra por \$700 y diez chorizos por \$4.700; y otro lateral con una seguidilla de tabernas abiertas y desoladas. Rey de copas, Bar Alaska y Malibú son aburridos bares con pista de baile y mesas solitarias. En la noche todo cambiará. La soledad barrerá el lateral oscuro del mercado y, al frente, el ardor registrará tragos y bailoteo y sonrisas.

Bajando por el lado de las tabernas siento en la panza el dolor de la venganza, el hambre que me reclama. Entonces la veo: Cafetería Ben-Hur, mesas y sillas en acero inoxidable y un tablero con precios: sancocho de bagre a \$6.000. Entro, me siento y pido «el económico» sin saber qué carne se sirve. Solo quiero lo más barato.

El señor canoso que me atiende, luego lo sabré, es uno de los hermanos dueños del negocio. Viste camisa de manga corta de botones y pantalón, como si acabara de cobrar la pensión. Tiene gafas gruesas, barriga y un rostro áspero. Traslada mi pedido a la señora detrás de un mostrador. Ella repite su dureza en los ojos. Sobre la esquina plateada de la mesa veo un pegote amarillo, «sopa de ahuyama», me digo en una apuesta mental.

Arrinconados, dos novios comen sopa y se limpian la boca con besitos. Él tiene gorra, una camiseta ceñida contra su fibra musculosa y los brazos morenos del sol. A sus pies, una caja para limpiar zapatos. Ella tiene una cola en el pelo que le deja racimos por fuera, una blusa de tiritas sobre los hombros tostados y un tatuaje a medio camino en puntos azules que dice «Brayan». Qué hambre tan horrible. Al frente, una señora espera su almuerzo, resopla de calor; sobre la mesa hay un pequeño canasto hasta el tope de confites y chocolatinas. Por fin llega lo mío. Un plato de sopa de pastas mezcladas con lentejas. Alguna de las dos fue de ayer, nadie adiciona gratuitamente lentejas a las pastas. Y menos en un restaurante de combate. No puedo evitar frotarme las manos. Voy por la cuchara al canasto de los cubiertos y noto que no hay servilleta. En cambio, un papel higiénico blanco envuelve la cuchara. Son cinco pedacitos unidos en una tira. El detalle me conmueve y lo aprovecho para darle una severa limpieza a los cubiertos a medio lavar.

La sopa no está mal. Es fresca y alivia mi angustia. El otro plato tiene papa, arroz, una tajada diminuta y frita de plátano maduro, y fría, ojalá no sea también de ayer. Ensalada de zanahoria y repollo. Además, una inquietante y generosa porción de carne cocinada. No sé si comérmela. Pienso en gatos, en caballos, en zarigüeyas. Nada, no importa, nos vamos con ella para adentro, cero-mente-cero-cabeza. Hago fe y me convenzo: es de res. Mastico y «vea», me digo, «muy rica que está la carne».

En su libro Caparrós cuenta que en un pueblito de Níger encontró a una mujer que comía harina de mijo. Le preguntó que si comía eso todos los días. «Bueno, todos los días que puedo», contestó. Caparrós quiso saber qué le pediría a un mago que le diera cualquier cosa, ella contestó que una vaca que le diera leche. «Pero lo que te digo es que el mago te puede dar cualquier cosa, lo que le pidas», insistió él. «Pues, bueno, dos vacas», repuso ella. «¿Dos vacas?», se quedó pensando y la señora le dijo: «Con dos sí que nunca más voy a tener hambre»; el periodista se quedó pensando que era tan poco, y luego se dio cuenta de que era mucho.

Cuando despacho mi almuerzo y quedo con la panza aliviada, me levanto con la taza de claro en la mano. Me acerco al mostrador, donde atiende la señora con cara agria, muy parecida al mesero. La que manda en el restaurante es ella, hace rato me di cuenta, y no él.

—Muy rico el almuerzo —le digo para intentar bajar la acidez de su rostro—. Muy rico, de verdad, me gustó mucho —y nos sonreímos. Entonces le pago con un billete de \$5.000. Me devuelve \$2.000 y volvemos a sonreír. Entonces puedo comenzar a preguntar.

Se llama Blanca Nubia y me cuenta que el negocio es familiar. Lo tienen hace cuarenta y dos años.

—Ahora todos los hermanos estamos pensionados —dice—, mantenemos el negocio, pero esto no da plata como antes.

Cuando comenzaron, Tejelo era una calle con paradero de buses y comercio. En esa época, cuando el edificio Miguel de Aguinaga era ocupado por las Empresas Públicas de Medellín, venían a comer los obreros y empleados.

—Fue una época muy bonita, antes de la violencia, después se puso mal el centro —dice—. La gente comenta que el sector es un atracadero, pero vea esto, ¿no es muy tranquilo?

Descubro que Blanca Nubia quiere evitar el tema y la imagen negativa del sector. Entonces entiendo su rostro duro. Los años, el trabajo y el pasado turbio de Tejelo han dejado su huella de desconfianza.

—Néstor fue el que comenzó, teníamos panadería, mi otro hermano Luis era su administrador, también trabajó Víctor y ahora el que nos dirige es Francisco; es el patrón de nosotros hoy por hoy. ¿Y qué es lo que menos me gusta de mi trabajo? ¿Es lo que me está preguntando? Lo que menos me gusta es cuando la gente recatea porque la comida es muy maluca, entonces yo les digo «váyanse a comer al hotel Intercontinental», es que por \$3.000 qué van a comer, pues. Los domingos es el único día que fritamos chicharrón, a la gente le gusta mucho venir ese día. ¿Y qué es lo que más me gusta de mi trabajo? Hablar y estar con la gente, porque si una está triste entonces se distrae, se ríe, comenta, critica y echa chisme, es que a esta edad ya no se quiere estar sola; el negocio no da plata pero da compañía.

En otros puntos del centro de Medellín un almuerzo de combate cuesta \$8.000. En Ben-Hur no son de combate, son de trinchera empantanada y destortillada por las bombas. Y menos mal. Porque cuántas hambres ha calmado sabiendo que no son las más graves. Hambres como la mía en este mediodía de calor.

Para el postre, Caparrós dice que el hambre «no es un problema de pobreza, sino de riqueza y de la concentración de la misma. Si hay tanta gente que no come es porque otros lo hacen de manera absolutamente desproporcionada e injusta».

Antes de salir a la reportería en la redacción me recomendaron: «La crónica no es solo contar cómo fue el almuerzo sino también cómo fue el daño estomacal». Puro terror. Por si las moscas, me tomé una sal de frutas, remedio que no fue necesario.

Bagrecito de plaza

Crónica gastronómica en una plaza de mercado.

Hace décadas la abuela Guillermina pedía al abuelo que llevara bagre en el mercado y una tracamanada de tíos y sobrinos comíamos succulentos platos de sancocho. Hoy por hoy, nadie te invita a bagre en casa propia. Para comerlo hay que salir a restaurantes. Y si el animal se cuela en una conversación, lo hace para ilustrar alguna conquista desafortunada. A unas amigas les escuché: «Cuando estamos desesperadas no nos queda otra que comer bagre».

No deja de ser curioso que El Bagre sea el nombre de un municipio del Bajo Cauca antioqueño. Este pueblo tiene nombre de pez, pero su economía está basada en el oro. En Medellín, más exactamente en la plaza minorista José María Villa, el bagre es uno de los pescados más populares.

En el piso superior de las pescaderías de la plaza está el restaurante La ricura del Pacífico, donde el sancocho de bagre cuesta \$12.000. Un plato hondo repleto con caldo amarillo y sustancioso, papa, yuca y, claro, dos porciones de pescado que doña Nelly, la dueña del restaurante, sirve; y aparte, al lado del arroz con coco, la ensalada, la arepa y un tercer plato con cuatro limones y un exprimidor. En el restaurante también se sirve sierra frita por \$20.000 y tilapia por \$17.000. Nelly, natural de Montería, dice que un domingo puede llegar a despachar hasta cien sancochos.

La piel del bagre no tiene escamas y es resbalosa, es un cuero negro con pintas blancas, difícil de pasar a la hora de comerlo. Menos mal su carne no tiene exceso de espinas y eso ayuda. El caldo tiene cuerpo, sabor y sustancia. Pero lo mejor del bagre es la ceremonia. No todos los días se come sancocho y uno hace del almuerzo un evento distinto, como cualquier rito en finca o acampada. Y si hay guayabo, el ritual es curativo porque cuando hay guayabo cualquier caldo alivia, como también alivia un bagrecito tierno y cariñoso.

Fresco y también curado

En el primer piso de la plaza está la pesquera Brisas del mar, propiedad de Gabriel Gómez, quien me recibe con su delantal blanco y mugroso como buen carnicero. El bagre que llega desde los ríos Magdalena, Cauca, San Jorge y Nechí vale \$17.000 la libra. Por otro lado, los bagres que llegan desde el Amazonas, conocidos como «dorados», valen \$5.000 la libra, más barato a pesar de los costos de transporte.

Gabriel, dedicado al negocio hace cuarenta años, asegura que ahora la gente no come bagre. Pero no se le cree: uno sí come bagre, sobre todo en plenas borracheras. Sin embargo, tiene razones para decirlo porque cuando el pescado se ofrecía en la antigua plaza de Guayaquil, vendía tanto que le alcanzó para comprar solar en Manrique y construir una casa de tres pisos. Ahora, a fuerza de lidias, Gabriel logra pagar el arriendo del local, los impuestos y los servicios públicos en la Minorista.

Allí también, en varios locales, se puede comprar bagre seco o curado, exhibido en filetes amarillos y empolvados como tapetes fibrosos colgados de ganchos plateados. La libra de este bagre cuesta \$16.000, más del doble que uno fresco traído desde el Magdalena. El dueño expone la razón del precio: «Es pescado deshidratado». Un bagre que pesa cien libras luego de curado queda pesando veinte. Entonces queda la duda de si el precio se debe a su mejor sabor o a la necesidad de compensar la hidratación perdida.

El bagre es presa común alrededor del mundo. Además, atraparlo no es difícil. Un dicho popular que lo demuestra: «Te haces el pirata y eres terrible pescador de bagres». En Google Play está disponible Pesca de bagres, una aplicación para Android en teléfonos celulares. No es broma, búsquela. En esta *app* explican varios trucos. Por ejemplo: cómo atraer bagres a la zona de pesca. En un balde con agua se pone media libra de frijol de soya, 250 gramos de hígado de pollo y dos cervezas, y se deja fermentando por tres semanas. El podrido coctel se vacía en varias latas agujereadas con un clavo «a manera de *honey hole*», se amarran con un cordón largo y se arrojan donde se planea pescar. El bagre se cautiva con el olor, pues es un carroñero empedernido. Así, durante dos días, se deja el aromatizante. «Cuando llegues a pescar —dice la aplicación—, retiras las latas, tiras la red y ya te pones a pescar».

Cuentan las crónicas que hasta hace diez años un solo pescador de Puerto Berrío llegaba a sacar, en un día, hasta sesenta libras de bagre rayado. Hoy en día la cosecha se reduce a diez libras por día. Y si antes los peces llegaban a medir un metro y medio, hoy a duras penas llegan a los ochenta centímetros. Ya no es lo mismo pescarlo en Puerto Boyacá, Magangué, Chimichagua,

puntos donde se registraban las mayores cantidades. En el *Libro rojo de peces dulceacuícolas de Colombia*, el bagre rayado aparece en la categoría «en peligro», a un paso de «en peligro crítico» y a dos del terrible «extinto». Estamos a punto de acabar con el bendito sancocho.

Girbaud criminal *revel*

En el año 2011 trabajaba como ingeniero de producción para esta empresa, de manera que, para camuflarme, tuve que usar el nombre de mi heroína en la novela Sabotaje y narrar la historia desde una voz femenina, por eso más adelante “quedo boquiabierta”. De todos modos, en Girbaud se dieron cuenta y me echaron de la empresa por contar esta historia.

La decoración que quiero para mi apartamento soñado es la misma que tiene este almacén: paredes blancas, espejos brillantes, ojos de buey y piso esmerilado. Un perfume impactante y delicado me dilata la nariz. Es la tienda de ropa Pilatos, en el centro comercial El Tesoro. A la entrada me aborda un chico con los ojos iluminados y el rostro claro. Es un papacito. Tiene cresta, los hombros descubiertos y un severo tatuaje en todo el brazo. Con una cortesía inesperada me muestra los roperos. Una blusa craquelada Marithé François Girbaud cuesta \$92.000. Quedo boquiabierta. Es carísima esta hijuemadre. Para mí esta blusa es un maldito trapo para limpiar mesas. No quiero que el mancito descubra mi rabia, así que agarro un *bluejean* para hombre. El pantalón está prácticamente destruido. Es marca M+GF y cuesta \$550.000. Trago saliva para recuperarme. En la etiqueta leo lo siguiente: «Usted acaba de comprar una prenda única. Como una huella digital, no existen dos prendas MFG exactamente idénticas». Sostengo una falda larga de... ¡\$900.000! Es un platal por una prenda sacada del altiplano cundiboyacense.

Para darme caché y fingir que estoy curtida en moda escojo un par de prendas y me encierro en el camerino. Lo mejor del almacén es el vendedor. En tanguitas y brasier me provoca arrastrarlo adentro y comérmelo aquí mismo. Con mi nueva pinta salgo al espejo: tenis Diesel, pantalón y blusa Marithé François Girbaud. Me siento extraña, pero orgullosa. Esta ropa es cómoda y sofisticada. Ahora tengo una fuerte tentación de comprarla, tatuarme, hacerme un *piercing*, pintarme las uñas de verde y ganarme la vida sin horarios de oficina. Le pregunto al mancito cómo se pronuncia Marithé François Girbaud. Se ríe y se ve más lindo:

—Fransuá yirbó —dice—, marité fransuá yirbó.

Ahora puedo leerlo en francés: *Marithé François Girbaud*. La pareja de diseñadores que, en los sesenta, fundaron la marca con sus nombres, revolucionaron la moda de los *jeans*, fueron responsables de las enfermedades mortales que sufrieron sus operarios de planta y promovieron una de las mayores fuentes de contaminación ecológica.

Mucho tiempo se ha dicho que Marithé es la mujer de François Girbaud, pero él mismo lo desmintió en una entrevista cuando vino a Medellín en enero de este año. Voy a copiar y pegar la cita exacta: «Somos una marca... claro, ambos también tenemos una nieta juntos».

—El francés François Girbaud es un reteso en diseño y moldería —me dijo Amalia Ramírez, profesora de la escuela Arturo Tejada—. Trazó el molde de la camiseta NA, un modelo que no tiene corte en los hombros, así que une el frente con la espalda con la misma tela, haciendo que la prenda encaje perfecta con el cuerpo.

Nadie en la industria mercenaria y copietas de Medellín ha sido capaz de replicar la NA, una camiseta que, a simple vista,

parece sencilla, pero cuesta \$200.000. En 1965 MFG mejoró el *jean* americano con el *stonewash*, un proceso que suaviza la prenda y la destiñe. En 1974 crearon el *baggy-jean*, ese ridículo pantalón que parece un globo decembrino y que el cantante MC Hammer puso de moda en Medellín hace veinte años con el video clip *U can't touch this*. Sigo copiando y pegando, como buena periodista. En 1982 crearon el *bellows-pocket* y el *skinny-jean*, y en 1986 inventaron el *jean-stretch*, otra revolución en el diseño del *jean* que dio paso a los milagrosos levanta-colas. Mi amiga Paola, por ejemplo, le debe la vida a Marithé François Girbaud. Gracias a estos bluyines pudo darle molde a su culo de comadre y conquistar a su esposo.

François Girbaud estuvo en Colombiatex, la feria de insumos textiles, en enero, y dictó una conferencia en el teatro Metropolitano. Fui a verlo y a escucharlo sentada en lo alto. Un mar de cabezas peludas estaba alineando y cubriendo la totalidad de la silletería: una demostración de la popularidad del tipo y del financiamiento de las tiendas Pilatos. François Girbaud es un viejito de sesenta y cinco años, chivera blanca, gorra de beisbolista, cadenita skate y tenis punkis. Para resumir la conferencia: se declaró un asesino ecológico redimido.

—Nosotros inventamos el *stonewash* —dijo ante el público—, un proceso con el que se han contaminado ríos en todo el mundo y se ha desperdiciado mucha agua.

La conferencia duró una hora aproximadamente y luego, en el *hall* del teatro, hubo una pasarela de niñas y niños lindos. Otras palabras que dijo Girbaud y yo copié muy juiciosa en mi libretica fueron de este calibre: «*Sand blast*, permanganato, *vintage*, *destroyer*, bigotes, veneno, desperdicio, muerte, contaminación». Luego supe que para entender esta terminología tendría que ir a una lavandería donde se procesan los bluyines MFG. Y allá me fui.

Cielo e infierno

Ahora estoy en Jeans y Moda, una lavandería industrial en el barrio Colombia. Es una bodega oscura con tres líneas de secadoras gigantes, una caldera, bluyines arrumados, operarios con las manos azules, calor y una humedad que me ahoga. Pedro Figueroa, supervisor de producción de Jeans y Moda, me acompaña y habla acerca del portafolio de la empresa.

Caminamos por un corredor con lavadoras tamaño elefante. Pedro me deja ir adelante. De sorpresa giro y lo pillo con los ojos clavados en mi trasero. Para salir del aprieto, gaguea en explicaciones:

—El *stonewash* es un proceso de envejecimiento con agua, hipoclorito de sodio y trozos de piedra pómez. La fricción causada por las piedras y el blanqueamiento del hipoclorito produce el efecto de decoloración del índigo.

Yo me como las uñas y miro al piso. La locura que han causado los bluyines a lo largo de más de treinta años se debe, irónicamente, a que estos pantalones mientras más viejos y gastados son más atractivos. Solo a Marithé y a François, unos *hippies* que se bañaban con jabón Rey en los sesenta, se les ocurrió la genial idea de vender *jeans* maltratados y rotos. Si no fuera por ellos, lo más probable es que aún luciéramos esos horribles pantalones marca Carrel, tiesos y teñidos. Nada más feo que los bluyines en perfecto estado, como los que entregan en sus dotaciones los patrones desconsiderados.

El asunto es que el *stonewash* es un proceso agresivo con el medio ambiente. Hay que ir a Don Matías, el pueblo bluyinero del norte de Antioquia, para ver sus quebradas con esa asquerosa mancha azul. En el barrio Colombia, en Jeans y Moda, luego de

los lavados las descargas de agua van a dar al río Medellín, no solo tiñéndolo con un indeseable color azul, sino contaminándolo con otros productos tóxicos. El reactivo hidrolizado *blue 19*, utilizado en este tipo de lavados, se descompone luego de cuarenta y seis años. Por otra parte, por cada bluyín se gastan entre setenta y ochenta litros de agua, el consumo promedio de una persona en un día. Y se lavan dos mil bluyines diarios en Jeans y Moda. En un solo día, esta lavandería contamina el agua que una persona consume en cinco años y medio. Si a esto se le suma que alrededor de seis mil millones de jeans son fabricados al año en todo el mundo —según dijo Girbaud en la conferencia—, lo que se concluye es sencillo: el moderno «*look de mendigo*» está dejando el planeta como un guiñapo. Todo por culpa del viejo Girbaud. La ventaja es que Jeans y Moda tiene un colador donde quedan las piedras pómez, sino también caerían al río. Menos mal.

Pero sigamos con Pedro. Entramos en una celda estrecha alumbrada intensamente con una bombilla. El calor es sofocante. Siento claustrofobia. El cuarto es utilizado para uno de los procesos manuales más exitosos de la moda: el *vintage*. Un operario con tapaboca, turbante y aerógrafo aplica un chorro de pintura anaranjada por las botas de un *jean* marca Girbaud. Esto con el fin de obtener un matiz pardo: el *vintage*. El permanganato de potasio, además de ser el principal componente de la formulación, es un veneno que podría dejar al operario ciego, quemarle la piel, producirle edemas en el tracto respiratorio y volver el esófago chicuca. El uso del permanganato sobre los índigos fue también una invención de MFG. Gracias a docenas de gargantas perforadas en las plantas de índigos podemos lucir cómodos y sofisticados. El operario enmascarado levanta la cabeza y nos mira por un segundo. Quedo aterrada. Es un zombi con los ojos hundidos y desesperados. Recuerdo la tienda Pilatos

y a mi chico tatuado. Recuerdo el recinto brillante, como una sala de museo, con olor fresco a chaquetas Girbaud de \$700.000. En esta lavandería pudren los bluyines y en Pilatos los venden. La frescura de Pilatos y el sofoco de Jeans y Moda son el cielo y el infierno.

Girbaud: el cínico

Ahora puedo repetir un lugar común, para eso soy periodista, ¿no? «El bluyín es la prenda de vestir democrática por excelencia». Basta pararse en la estación San Antonio del metro, a las seis de la tarde, para ver en la plataforma una mancha azul en el horizonte y en las piernas. Vender. La palabra preferida del viejo Girbaud es vender. Y a eso vino a Medellín. Durante la feria promocionó la tecnología desarrollada por los laboratorios de Jeanología. Con este nuevo desarrollo se trabaja con ozono en vez de agua y con láser en vez de permanganato. Durante la conferencia, el viejo dijo:

—Fuimos muy irresponsables. Ahora sabemos cómo hacer el mismo proceso de blanqueamiento y desgaste, usando un noventa y siete por ciento menos de agua.

Los dueños de lavanderías quedaron asombrados presenciando las pruebas que se realizaron en la feria con la máquina G-2 de Jeanología. La promoción de la G-2 es real: los procesos de terminación toman la mitad del tiempo y garantizan el bienestar de quienes los fabrican.

Para darle bomba a su nueva cruzada, el viejo creó la campaña *Rebel, not criminal*. Durante el desfile de lanzamiento, en Nueva York, los modelos lucieron *jeans* con batas de laboratorio, como

si fueran unos científicos locos, a modo de protesta por el mal uso de químicos en la fabricación de ropa. Al finalizar el desfile, un niño le entregó a Girbaud una pelota estampada con el mapa del mundo. Lo que Girbaud realmente quería mostrar es que el mundo está en sus manos.

—Yo fomenté la industrialización de la contaminación — confesó durante la conferencia—, pero finalmente todo el mundo tiene los *jeans* puestos —y soltó la risa. Silencio.

—Mucho malnacido —dije entre dientes, sentada en el teatro. «El fin justifica los medios», pensé. ¿Quién es este tipo? ¿Un culicagado de sesenta y cinco años? ¿Un genio? ¿Un frívolo? ¿Un cínico? Para finalizar la charla dijo:

—Ahora yo trabajo así porque está de moda hablar de ecología.

Supone uno que, si no estuviera de moda, François Girbaud no hubiera venido a Medellín.

Zombis en la fábrica

En Jeans y Moda, y con Pedro, me voy a ver los demás procesos manuales. Sand blast fue otra palabreja que usó Girbaud en la conferencia. Pedro la explica:

—Es un potente chorro de arena que aporrea el *jean* para darle otra apariencia desgastada.

El *look* del *sand blast* siempre está de moda, pero mata al operario. Utiliza arenas silicosas que envenenan lentamente. Las maquiladoras paisas de Levis y Calvin Klein no lo utilizan, pues la legislación gringa de importación lo prohíbe. Pero en Jeans y Moda, donde se lavan los jeans de Girbaud, se sigue desgastando con el *sand blast*.

Según dijo Girbaud, en la industria del *jean* hay dos millones de trabajadores en todo el mundo. ¿Pero cuántos hay en Medellín? No sé. Y me da pereza buscar el dato en la página de Proexport o Inexmoda. Además, según creo, la estadística no interesa. Con tal de que haya un solo trabajador sufriendo de tendinitis, enfermedades respiratorias y silicosis por cuenta de Girbaud, ya hay historia para este periódico.

Caminando por los corredores de la lavandería me estoy derritiendo. Tengo la blusa pegada de la espalda y una sed brutal. Se me forra el brasier. Necesito un vaso de agua helada. En otra celda se ejecutan más procesos manuales: esponjados, lijados, destruidos, resinas, *tie-dyes*, inmersiones, plantillas y craquelados. En otro cuartucho trabajan tres operarias. Una de ellas tiene un martillo en la mano, otra un *motor tool*, y la otra una pulidora industrial. Luego de teñir el bluyín, su trabajo es cajetiarlo, romperlo y dejarlo muy lindo y comercial. Pedro habla y me presenta. Se pasa la lengua por la boca. Las operarias levantan la cabeza y me miran con rabia. Tienen los rostros hundidos y opacos. Es una mezcla de ira e impotencia. Estoy segura: en Jeans y Moda contratan zombis. No creo que el dueño tenga las tripas para traer gente normal a su planta. Siento un gran desaliento y tengo ganas de largarme. O por lo menos de vomitar. Pedro me mira con una sonrisa malévola y agarra un martillo.

Torpezas clínicas

La premisa para esta reportería fue rastrear historias reales sobre algunas torpezas médicas. Son desaciertos y graves errores profesionales en nuestros hermosos hospitales colombianos.

Para sumarle un ingrediente estético al truculento y mediocre sistema de salud, algunas de las historias comienzan con la copia de una frase memorable de la literatura universal. Por ejemplo, el primer relato de esta colección se inspira en el comienzo de *El extranjero*, de Albert Camus, y el segundo relato, en el comienzo de *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger.

El consejo: cuídese, vaya al gimnasio, coma sano y solo por la última, por la última, procure no ir a un hospital.

Diablo Rojo

Hoy ha muerto papá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí la historia clínica del hospital: «Falleció su papá. Entierro mañana. Sentidas condolencias». Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer. Dice «falleció» cuando debieron decir «suicidó». Tenía sesenta y tres años. Vivía en Rionegro. La historia clínica sigue así: «No tenía antecedentes patológicos relevantes. Ingesta de alcohol diario. Tabaquismo pesado y activo». Sé que lo encontró una vecina. Mi papá había tomado un vaso preparado con Diablo

Rujo. Luego vomitó sangre y otros líquidos que le quemaron el cuerpo. Dice el parte hospitalario: «Ingresa con quemaduras en cara, tórax anterior y posterior y glúteos. Se realiza IOT para asegurar la vía aérea». El médico queriendo salvar al suicida. Dijeron, inicialmente, que perdería la voz, que tendría disfagia por quemadura de garganta. Pero no. No perdió la voz; perdió la vida. Y menos mal.

¿Otra vez por acá?

Si de verdad le interesa lo que voy a contarle, lo primero que le gustaría saber es dónde ocurrió, qué hacían los vecinos de doña Dora Ligia antes de esa situación y otros chismorreos. Pero no le voy a contar nada de eso. Lo mejor es entrar derecho a la historia. A las ocho de la noche de un miércoles, la señora Dora Ligia comenzó a quejarse por un fuerte dolor en la panza y calambres en la pierna derecha, por lo que acudió, en compañía de su hija y de su madre, a la clínica. La revisaron y le aplicaron líquidos por las venas. El diagnóstico: «Cólicos menstruales». Le recetaron analgésicos, el dolor se le calmó y fue dada de alta a eso de la una de la mañana. Pero otro día le repitieron los dolores y de nuevo fue al centro hospitalario donde fue valorada, ordenándole exámenes de laboratorio. El diagnóstico: «Infección renal».

Al tercer día supimos que Dora Ligia volvió en compañía de su madre e hija, pues los dolores en la barriga bajita se hacían más insoportables. Cuando las vio, la médica tratante les increpó: «¿Otra vez ustedes por acá?!». Su diagnóstico: «Dolores producidos por el dispositivo anticonceptivo».

Al cuarto día, y debido a la persistencia e intensidad del dolor, la señora Dora Ligia volvió a urgencias, donde el médico les explicó, a ella y a sus acompañantes, que hubo errores en los diagnósticos pues, en palabras del doctor, «se le prescribieron drogas para una enfermedad que no tenía». ¿Y qué era, pues, lo que tenía? Estaba invadida de «materia» y era necesario operarla de inmediato. El diagnóstico previo a la cirugía registrado en la historia clínica fue: «Apendicitis aguda con absceso y peritonitis localizada, signos de irritación peritoneal y abundante salida de secreción purulenta fétida».

Nosotros supimos que la operaron, la cuidaron y, al octavo día del inicio de esta historia, le dieron de alta. «Pero ¿cómo así, doctor?», dijo el marido, «ella sigue con fiebre y malestar». «Eso es normal», dijo el médico, y siguió medio enojado diciendo que necesitaba de su colaboración porque requería la cama para otro paciente. Le indicó al marido que comprara seis inyecciones de antibióticos, pues la EPS no cubría esos medicamentos tan costosos por lo que, además, le serían inyectados por una enfermera domiciliaria.

Haciendo la papelería, la coordinadora de la EPS le preguntó al marido su dirección. Al escuchar que vivían en el barrio Santa Cruz, la coordinadora contestó que a ese lugar no enviaban a nadie porque ese barrio era muy peligroso. Se le pidió a la señora que asistiera a la clínica por las mañanas y por las tardes para aplicarle las inyecciones. El marido dijo que le quedaba imposible sufragar los gastos de las inyecciones y el transporte. Además, no le parecía estar llevando y trayendo a su señora, y más sabiendo cómo estaba de enfermita. El médico encargado, a regañadientes, ordenó que continuara hospitalizada por un día más.

Todos nosotros supimos que, al noveno día, le dieron de alta y se le recetó acetaminofén.

Al doceavo día, la señora Dora Ligia acudió a una revisión de rutina y el médico tratante, luego de examinarla, manifestó las buenas condiciones en las que se encontraba. Ya habían pasado quince días desde el comienzo de esta historia cuando amaneció con vómito, fiebre alta, dolores bajitos en la panza y calambres en las piernas. Fue llevada a la carrera a la clínica, en donde el médico que la atendió les informó sobre la necesidad de realizar una nueva cirugía de manera urgente. Debido a su grave estado de salud, la señora Dora Ligia fue intervenida quirúrgicamente en cinco ocasiones más durante una semana.

Pasaron veintidós días cuando nos contaron que doña Dora Ligia murió. Su muerte la produjo, según dice la historia clínica: «Falla multisistémica, *shock* séptico e hipovolemia irreversible, secundaria a peritonitis por fístula intestinal». Eso lo entiende un médico. Descansen en paz, doña Dora, y que Dios la tenga en su gloria.

Prematuro

Esta ciudad está en las elevadas montañas cafeteras al oriente de la capital, una zona meridional que otros habitantes del centro del país llamaban «allá». A las doce de la noche del 19 de octubre una muchacha con treinta semanas de embarazo acudió a la clínica, presentando dolor «tipo cólico en bajo vientre». La muchacha se llamaba Ana María. Durante la atención no se le realizaron estudios ecográficos ni monitoreo fetal para verificar la edad gestacional y el bienestar fetal. A las ocho horas del ingreso le hicieron la cesárea sin aplicarle betametasona para acondicionar los pulmones del niño a punto de nacer, por lo que, a

los cinco minutos posteriores al nacimiento, el pequeño comenzó a tener dificultad respiratoria, o como dice en el historial clínico, «síndrome de membrana hialina», una deficiencia presentada en los nacimientos prematuros que no han tenido una maduración pulmonar correcta.

El niño fue trasladado a la unidad de cuidado intensivo neonatal, donde fue atendido por el pediatra de turno, quien realizó maniobras de intubación y aplicó el medicamento surfactante. Por falta de ventilación, la mejoría no sucedió, de manera que la EPS autorizó el traslado del niño a otra clínica, a sabiendas de que en la ciudad existían, a muy corta distancia, otras instituciones para una atención adecuada y oportuna.

La responsabilidad del traslado en la ambulancia la asumió el cuñado de la muchacha, un médico general que, en el trayecto, le proporcionó al bebé respiración manual mediante Ambu, una mascarilla que administra oxígeno sellando la boca y la nariz a pacientes que no respiran o que no lo hacen de forma adecuada. Durante el viaje la ambulancia chocó contra una moto. No fue nada grave, pero retrasó el traslado; es decir, no fue grave, fue muy grave.

Con serias complicaciones, el ingreso a la otra clínica se hizo cuatro horas después del nacimiento. La historia clínica dice lo siguiente: «Se reporta cianosis, palidez de tegumentos con saturación de oxígeno del 80 %», lo que quiere decir que la situación fue de mal pronóstico médico de supervivencia. El niño no se recuperó y, debido a la atención médica inicial, falleció dos días después, a las 9:53 de la mañana.

Gasas

Las cosas pudieron suceder de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Fue el destino. Un día de agosto una señora fue internada en un hospital donde se le practicó una cirugía para extirparle un ovario y una trompa de falopio, denominada «salpingooforectomía». Durante el procedimiento quirúrgico los médicos le encontraron un quiste torcido en el ovario derecho, por lo tanto, procedieron a extraérselo y a realizar una ligadura de pedículos con la peritonización respectiva; posteriormente, suturaron la incisión sin que se presentara, aparentemente, complicación alguna.

Dos meses después la señora ingresó nuevamente al hospital, refiriendo dolores abdominales agudos, vómito biliar y distensión abdominal. Luego de realizarle varios exámenes los médicos que la atendieron diagnosticaron que se trataba de un «aborto en curso» y descartaron cualquier complicación de origen quirúrgico.

El destino es así, torcido, en bajada, dictador. Con base en ese concepto clínico le practicaron un legrado uterino del cual se obtuvieron más o menos cincuenta gramos de restos embrionarios no fétidos. El cirujano que hizo la intervención reportó: «Aborto espontáneo de diez semanas». Luego del procedimiento, el hospital dio de alta a la señora, indicando que presentaba buen estado general y abdomen en condiciones normales.

Un año más tarde la señora nuevamente fue hospitalizada. La historia clínica dice: «Absceso pélvico derecho». Los exámenes médicos y de laboratorio indicaban que presentaba una masa anexial derecha. Procedieron a practicarle una laparotomía, una exploración quirúrgica del abdomen para diagnosticar una

enfermedad abdominal que no es posible por otros métodos, en la que le detectaron un cuerpo extraño. Con el fin de extraérselo siguieron abriendo vísceras. Finalmente se encontró el cuerpo extraño en el epiplón, un repliegue peritoneal formado por cuatro capas de tejido adiposo, cuya función es limitar la diseminación de procesos infecciosos e inflamatorios. Al finalizar, el médico reportó como hallazgo lo siguiente: «Compresa dentro del plastrón epiploico intestinal, con pus y compromiso de pared sigmoide ileal». Luego procedió a diseccionar el epiplón para liberarlo del cuerpo extraño y posteriormente suturó el intestino, lo cual reportó como un procedimiento quirúrgico exitoso. En otras palabras: sacó una gasa dejada en el cuerpo de la paciente durante alguna de las intervenciones que la señora había tenido el año anterior. Cada vez es menos frecuente que una compresa se quede en una cavidad abdominal, sin embargo, sigue siendo un problema en todos los quirófanos del mundo, lo que prueba que la vida se rige por un destino, no por una voluntad.

Los hechos tuvieron la probabilidad de ser de otra manera. Pero no. La señora demandó y la defensa del hospital alegó que «la presunta compresa que se dijo haberse extraído del cuerpo de la señora tenía un proceso de degradación rápido». Es decir, no era una gasa lo que tenía la señora, era una «presunta gasa» que ese organismo, por lento, no había asimilado. La culpa no era del hospital sino de una pereza corporal. Además, la defensa también se lavó las manos argumentando que la señora, de manera libre y voluntaria, había asumido los riesgos y responsabilidades del procedimiento quirúrgico firmando un «consentimiento informado» donde se expresaban todos los riesgos. El destino era perder la demanda.

Hechizo vudú



Una condena en prisión es como una brujería-de-juez, eso es, una maldición para que el tiempo se detenga y cada día se alargue y torture como si estuvieran raspándote los huesos. Y uno todo aburrido y arrinconado, pensando, repensando y volviéndose loco. Me dicen Limón, pero me llamo Martín, Martín Limón. Para invocar un conjuro contra esa brujería-de-juez yo encontré mi contra, mi tabaco, mi ron, mi hechizo vudú: me senté a leer. En el ojo del huracán de la prisión las historias me mordieron y terminaron por tragarme enterito y vea, quedé hablando como un poeta de tres pesos. Leía y a la vez desertaba de la cárcel y esa brujería se convirtió en otra cosa, en otra cosa.

Yo antes no leía nada, pero nada era nada. Ni me interesaban esas historias del campo con mujeres y hombres con sombreros y caballos, ni las historias de amores pendejos de gente que no tenía nada que ver conmigo, ni con mis calles, ni con la tienda de don Ramiro, por ejemplo, ni con Tatiana, tan linda, ni con mi moto, mis vueltas, nada de mi barrio o mi música o mi mundo. Eso es, yo no leía nada, pero nada era nada.

¿Y cómo empecé a leer? Eso fue una tarde cuando, por pura pereza, estuve mirando la biblioteca de la cárcel, un cuchitril con sillas podridas para las reuniones con sicólogos y rehabilitadores, y me

llamó la atención la tapa de *El poder del perro*. Leí el resumen y me pareció tan entretenido que de una salté a la primera página: fue como inhalar una bomba de humo de una poderosa marihuana. Severo viaje. Por primera vez escapé del terror que me producía el tiempo detenido y mi percepción del mundo cambió.

Leyendo en la cárcel se me apagaron el miedo y la ansiedad. Entonces yo escapaba del abismo para fugarme a un lugar tranquilo, ese lindo lugar donde estaré cuando muera. Leía embrujado por ese hechizo vudú que es la lectura y caía en otro lugar, en otro tiempo, y la maldición del juez se deshacía, ese virus que es la justicia, esa pandemia que me obligó al encierro. Después de tantas horas leyendo quedé hablando así también, como si fuera un pillo educado, un ladrón leído, pura barbarie y biblioteca, qué risa, lo mejor es seguir con la historia.

Gracias a mis libros sentí que iba a otra velocidad sobre el tiempo. Así leí *La serpiente emplumada*, de D. H. Lawrence; *Serenata*, de James M. Cain, *El poder y la gloria*, de Graham Greene; *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry; *La última oportunidad*, de Richard Ford; *Todos los hermosos caballos*, de Cormac McCarthy; *Lejos de Veracruz*, de Enrique Vila-Matas y *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño. Entre ellos, nadie de la literatura colombiana, porque esa literatura es un desastre.

Estas historias tenían todo que ver con mi mundo y mis calles y mi gente y mi cabecita. De todos los autores que leí, el que más me gustó fue Edward Bunker, un man que cuando era chiquito era supernecio y ya más grandecito se dedicó a robar, extorsionar y falsificar. Entraba y salía de la cárcel, como yo, pero luego el man se volvió famoso; yo no. Bunker pasó dieciocho años encerrado en distintos reformatorios y prisiones. El primer libro suyo que leí fue *No hay bestia tan feroz*. Una parte dice así: «Rosenthal me dijo: —Tu gran problema es la inmadurez emocional. Quieres

que la vida sea como en el cine, llena de emociones. Así es como piensan los niños, pero los adultos aceptan la monotonía, el tedio, la frustración».

Edward Bunker, luego lo supe, fue gran amigo de Quentin Tarantino. Alguna vez el director de cine necesitaba una fuente de información directa de los bajos fondos para sus pelis y adivine a quién le preguntó. Eso es. Bunker aparece en esa película llamada *Reservoir Dogs*.

II

En la cárcel, como en todas partes, alguien tiene que imponer las reglas; ese orden depende de las armas y en este caso de los cuchillos. Yo tenía la esperanza de ganarme un buen mando, imagínese cultivar la esperanza en el abismo. Soy un hombre de fe, de mucha fe, entonces prendía una velita y me rezaba un padrenuestro pidiéndoles a Dios y a la virgen María para que me ayudaran a tener fuerza y, claro, inteligencia. Entre nosotros decíamos: «Dígame cuál arma tiene y le diré de cuál carece. Dígame lo que tiene en el corazón y le diré lo que le falta en el cerebro».

Bueno, sigamos, cada día reventaban broncas por el control del patio. Como digo, fue una época muy muy dura, pero yo sabía que tenía que actuar rápido y así lo hice. Luego de la primera condena en la cárcel de Bellavista ya me había ganado el respeto; mis oraciones no fueron en vano. Comencé a armar mi combo, armarlo y pensar en cómo ganarme la vida, a diseñar el negocio, mi negocio. La vida en la cárcel es muy difícil para andar sin plata, entonces me aceité el contacto con

algunas fichas adentro y afuera.

Unos meses después de llegar a Bellavista trasladaron a nuestro patio a cuatro muchachos, eran caleños y llegaron calmados, calmados los caleños. A los quince días querían ser los más tesos y montar imperio, un imperio caleño y valluno en territorio antioqueño, cómo le parece. Un sábado en la mañana se levantaron luego de tragar pastillas Roche que quitaban el miedo y hacían que uno se creyera Superman, un Superman empepado. Salieron envueltos en cobijas y con cuchillos en las manos.

En una primera pelea con uno de nuestros mejores hombres, estos caleños lo cascaron y cogieron más confianza. Incluso ya se sentían dueños del patio. Yo esperaba detenido contra una pared para saber cómo se movían. Tenía que estudiarlos. Cuando supe cómo atacar, dejé el puñal con uno de mis escoltas y me les fui a los puños con buena técnica de boxeo, esquivando las hojas de acero de sus puñales. En el patio estaban emocionados porque era una pelea de puñal contra puños. Era el jefe y tenía que demostrarles. A uno de los caleños le di un puñetazo en el estómago, pero la cobija amortiguó el golpe, entonces supe que solo iba a ganarles si coronaba en las quijadas. Al final quedé herido en un hombro y en una mano, con cortes profundos. Sí, así fue, luego de darle un puñetazo al primero en un ojo, lo desarmé y hundí su puñal. Con los otros hice lo mismo, sus propios puñales en sus propios cuerpos.

El pelotón antimotines tuvo que disparar balas de goma contra la cantidad de presos y el desorden. Dispararon granadas de gases lacrimógenos, abrieron espacio a punta de garrote y retiraron los cuerpos.

¿Y mi plan B? Por la noche pensaba: «Bueno, Martín, ¿y ahora qué plan tienes?». Y yo mismo me contestaba: «Mi plan B es como el A, pero ya desde la cárcel y al lado de Dios y la virgen María,

sin dejar de mirar el horizonte, sin dejar de mirar el porvenir, sin dejar de creer en el destino y la esperanza».

Entonces el profe de la biblioteca me trajo *La educación de un ladrón*, otro libro de Bunker. Me acordé de los manes que vienen dizque a enseñarnos escribir cuentos y crónicas, unos pobres pendejos que no han vivido, y por eso son tan malos escritores.

Mire la cita de Bunker: «En lugar de empezar con un simple érase una vez vendí sangre para pagarme un curso por correspondencia de la Universidad de California. Esto sucedía en la breve época en que la sociedad consideraba la educación un camino a la rehabilitación. Las primeras lecciones trataban de gramática y sintaxis, que nunca llegué a entender, como se constató en mis notas. Pero cuando las lecciones pasaron a ser auténtica redacción, las calificaciones fueron excelentes y el instructor, probablemente un estudiante de posgrado, me cubrió de elogios. Cuando terminó el curso, icé velas en solitario en el proceloso mar de la palabra escrita: “Érase una vez un par de adolescentes que entraron a robar en una licorería y...”».

Lo anterior me contestó por qué la literatura colombiana es tan mala. Porque está escrita por señoritas y señoritos que no se han untado de la calle, ni de la cárcel.



Para terminar, le voy a contar lo que sentí cuando pasé al papayo a los caleños que pretendían bajarme de cacique. Asesinar a los muchachos no fue algo bien hecho, no lo fue, y aun así era mi obligación. Esa semana fui torturado por pesadillas. Mis oraciones no valieron de nada para aliviarme, no me sirvió

de nada cultivar la esperanza.

Muchas veces me he arrepentido de mi manera de asumir la vida. Yo hubiera estudiado, hubiera sido una buena persona, pero en los barrios de Medellín no tenemos opción, nos defendemos o nos defendemos. El enemigo nos mira mientras dormimos. Yo he querido hacer las cosas bien, pero todo lo que consigo hacer bien es el mal. Romper era el único camino, el único. Arrastrando mi destrucción y mi confianza estaba demostrando que tenía un motivo y un horizonte. Estaba destruido, pero me tenía confianza. Cuando uno tiene fuego en la sangre es muy difícil vivir. Sé que no tengo educación y no tengo cerebro, miro el futuro y lo veo muy oscuro, o mejor, ni lo veo. En mi barrio hay una ley, es la ley del más fuerte. Surgen problemas y empuño mi ángel de la guarda; he intentado ser un ángel, pero me ha tocado ser demonio.

Te hablo desde la prisión. Crónicas desde la cárcel

Durante la primera clase, en la presentación del taller de narrativa en la cárcel, uno de los alumnos alzó la mano. Preguntó si íbamos a escribir ficción o realidad.

—Historias reales —contesté.

Y alguien dijo al fondo:

—¡Oyó, pana! Para que escriba todas las violaciones que ha cometido.

Todos soltaron la carcajada. Y yo también. Claro, más por los nervios, pensando en dónde diablos estaba metido. Luego supe que había sido una broma para medirme. Días antes, un amigo me preguntó, muy preocupado, qué iba a leer en ese taller.

—Crónica roja —contesté—, que los enganche y aprendan algunos trucos narrativos.

Durante esa primera clase, desde su silla, otro de los discípulos me miraba con violencia. El hombre no me creía ni una sola palabra. Por más que me esforzara, no lo convencía. Era uno de los míos, pero él no lo sabía. Hablé y gasté bromas hasta que le saqué una sonrisa.

Supo que yo era uno de los suyos. Al finalizar esa primera sesión les propuse escribir sobre un episodio de su vida. A la siguiente clase revisamos las tareas. El primero leyó la escena donde apuñaló a su mujer y al amante cuando los encontró encamados y terminó con la voz temblorosa: «Por eso estoy en

la cárcel y si volviera al pasado, lo volvería a hacer». Nadie dijo nada. Ni yo. El mismo preso gritón dijo:

—¡Van a traumatizar al profe!

Y otro remató:

—Sí, porque mientras menos sepa, más vive.

Entonces me regué en cantaleta. Dije que en el taller nos interesaban las historias conmovedoras, entretenidas y reales.

—Acá no nos importa si la vaina estuvo mal o bien hecha.

Explicué lo que Wilde ya dijo: «Al arte no le interesa la moral». Esa historia nos había dejado en vilo, así que funcionaba.

—Además —dije—, así es la mecánica del taller.

Yo esperaba que me contaran sus historias, las más terribles, pero también las más graciosas o las más tiernas.

Así que, dejando por fuera muchos relatos y autores —eran veintiocho mis aprendices—, la siguiente es una muestra de lo que se escribió.

El robo perfecto que se cayó por el color

Por: Darwin

Un día salí con mis amigos a robar y escogimos un supermercado en el sur del valle de Aburrá. Llegamos y adentro estaban la dueña y el dueño. Lo habíamos planeado con tal perfección que hasta el tiempo nos favoreció y se largó un aguacero el hijueputa. Lo mejor para robar. Nos posicionamos. Mi compañero Marito cogió a la vieja. Cachi al viejo. Yo el fierro. Coronamos \$180.000. Llegamos al carro y gol. Nos fuimos y a

las diez cuadras nos capturaron. El carro en el que íbamos era verde fosforescente, único en su especie. Y acá estamos. Chimba el color para robar tenía el carrito.

Polis torcidos

Por Johann

Después de un día largo de trabajo llego a mi casa a guardar el taxi y a descansar. Hay un carro vecino que me impide parquear. Agotado, le timbro a mi esposa para que vaya y hable con el vecino. Pasan veinte minutos y no baja nadie para correr ese carro. Ya empezaba a estresarme, el cansancio me dominaba. Mando a mi hijo para que acose. Después de esperar más de cuarenta minutos por fin aparece el vecino, pero con tono alto y grosero me pregunta qué quiero. Le pido el favor de que me mueva el carro. El vecino me insulta. No aguanto más la ira y subo a mi apartamento por el fierro. Cuando vuelvo, de una patada le quiebro la farola a su carro y disparo, pues el vecino quería agredirme. Después del tiro todo parece calmarse. Subo al apartamento en medio de la adrenalina. Quince minutos después llega la policía a buscarme. Hablo con ellos y transamos: les doy el fierro y \$200.000. Borrón y cuenta nueva. Pero la transacción no sale como esperaba. Me reciben el fierro, el dinero, me ponen las esposas y me detienen. Estoy acá por porte ilegal de armas e intento de homicidio. Como les digo: mejor la seguridad que la policía.

Robando con sedantes

Por: Jorge

El 24 de febrero de 2013 salí de mi casa a las 8:00 a. m. Mis compañeros y yo íbamos de robo. Necesitábamos un camión NPR. Compramos el sedante para dormir al chofer. Luego nos fuimos para la zona de camioneros y escogimos el carro y la víctima. Lo contratamos para hacer un trasteo Guarne-Medellín. Yo era el encargado de darle la toma. Salimos rumbo a Guarne por la autopista. Mis compañeros iban atrás en un carro particular para recibirme al chofer cuando estuviera dormido. Pasamos el peaje y lo invité a tomar jugo de mango. Paramos y compré los jugos. Puse el sedante: quince pastillas para dormirlo dos días seguidos. Llegué con los jugos y cuando se lo iba a entregar pasó una motorizada de la policía. Me llené de nervios. Todo me temblaba. La víctima me recibió; se tomó su jugo y me tomé el mío. Desperté muy campante a los dos días en mi casa. Confundí los jugos viendo a la policía y me tomé el que no era... A veces se gana, otras se pierde.

Robando a la mujer de mi amigo

Por: Anónimo

El 22 de noviembre de 2013 me levanté con ganas de hacer un hurto que estaba pensando hacía días. Llamé al socio y quedamos de encontrarnos en el centro. Salí a la 65, cogí un bus y me bajé cerca del Parque Berrío. Me acordé de que por

ahí cerca trabajaba una veterana con la que salía, antes del otro canazo. Pasé a saludarla y se puso lo más de contenta. En esas llegó el socio y me recogió. Me dijo que estaba muy mal de plata. Repasamos el plan: la novia trabajaba en un Gana y salía con la plata del producido. Salía por los lados de San Juan. Eso fue un viernes, el día que juega la Lotería de Medellín. Ella salía con un vigilante, un montañero de rula en la cintura. Recorrí la zona y todo era muy fácil. El socio me preguntó si tenía fierro y yo, por el afán, le dije que sí. El «inicio» —personaje que comienza el robo— me explicó que si quería cogía a su novia caminando o en el bus, que a esa hora era más bien solo. Bueno, me paré en la tienda que había al frente y mientras esperaba hablaba con la mamá de mi hija. En esas salió la pelada con el vigilante y fueron hasta el bus. Yo tenía «arrastre» —personaje que espera para recoger al ladrón y emprender la fuga—, pero él iba adelante y yo caminando detrás de la pelada. En la calle, antes de cruzar, me paré al lado de los dos. Miré al vigilante con ese machete y me cagué porque yo con un cuchillo iba a perder la pelea. Bueno, ella se montó al bus y yo también. Pensé en cogerla. En el bus iban mantecas y albañiles. Llamé al «inicio» y le pregunté dónde se bajaba la «prima», o sea su novia. Me explicó y me dijo que no la podía dejar entrar en la casa. Cuando ella se bajó del bus, yo también lo hice y de una me tiré a abrazarla, pero ella más ágil se agachó. La cogí por el cuello de la camisa. Le dije: «Quieta, piroba, o la mato». Ella me mamó gallo y a mí me dio una rabia que saqué el cuchillo y ella me entregó el bolso. Salí corriendo adonde el «arrastre». Yo iba muy asustado. Tenía solo doce días en la calle, luego de pagar treinta meses de un canazo. Nos fuimos al Parque Lineal de Robledo y llamamos al «inicio». El hombre nos contó que estaba con la hembra poniendo el denuncia. Ella le contó todo y dijo que había visto al man al frente del Gana antes del rollo.

¿Por qué estamos acá?

Por: Jhon Pierre

Estamos acá porque no hay otro refugio donde escondernos.

Los admiro

Por: Alexander

Llegadas las 8:00 a. m. del 7 de agosto de 2013 fuimos a nuestro trabajo y nuestras obligaciones. El viejo nos dio la tarea del día: un carro NPR o una NQR, modeluda y bien tratada. En el primer barrido por la ciudad no vimos nada. Después del almuerzo vimos el carro que necesitábamos. Inmediatamente salimos con el propósito de hurtarlo. Lo seguimos. Más adelante, el carro objetivo se parqueó para descargar y nosotros esperamos, cada uno sentado en una acera, como quien espera un bus. Mirábamos al conductor y al ayudante. Cuando terminaron de descargar, tres de nosotros fuimos, cada uno con una misión. Nosotros teníamos técnica. Cuando el chofer se fue a subir, el Cabezón lo interceptó y le preguntó para dónde iba. Mientras el Cabezón controlaba al conductor, la Perra iba por el otro lado y le dijo al ayudante que no se subiera, que nosotros éramos los que mandábamos por allá y que necesitábamos el carro para hacer una vuelta. Se le compartió la misma información al chofer y se le dijo que pusiera el carro en dirección de bajada. Hubo intimidación con palabras: «Cuidado, pues, si no copian, ustedes ya saben, tranquilos que la vuelta no

es con ustedes». Les dijimos que el carro se los íbamos a devolver en dos o tres horas. Les preguntamos si ya habían almorzado. Ellos dijeron que no. Mientras otro se fue con el carro robado, nosotros dos nos fuimos en un colectivo con las víctimas para el metro, a un restaurante. Nos encontramos con unos policías en una esquina y el ayudante comenzó a gritar: «Policía, policía». Nos capturaron y nos pidieron las armas. Le dije al agente que nosotros nunca trabajábamos con armas. El agente se rio y nos dijo: «Uff, los admiro».

Otra víctima de la justicia de este país

Por: Gabriel

¿Por qué estoy acá? Resulta que el 12 de enero de 2012 le solté a un man una mercancía: veinte computadores, cincuenta *mouses* y cincuenta teclados. Soy comerciante. De ahí en adelante ese malparido se desapareció y no me pagó. El año pasado, en agosto, un amigo que trabaja en PC Azteca me llamó y me dijo que ese man estaba trabajando allá. Estaba preparando su próxima estafa. Pude hablar con el ladrón y me dijo que me iba a pagar, que le diera hasta el 25 de noviembre. Ese día nos encontrábamos en Mayorca a las dos de la tarde. Me iba a pagar cinco millones y le quedaban faltando otros diez. Me encontré fue con su hermana y le dije que ese man me tenía que terminar de pagar, que me tenía muy perjudicado. Me paré para irme cuando otro man me dijo: «Quieto», y yo creí que me estaban fleteando. Para mi sorpresa, me estaban arrestando por extorsión. Yo les dije que tenía la letra y la factura de esta plata. Me dijo: «En la estación muestra todo».

Eso fue en noviembre; ya estamos en abril y acá sigo encerrado. Con la ayuda de Dios salgo en junio, en la próxima audiencia, ya que los demandantes se desaparecieron.

Mi descache

Por: Coli

A las 6:30 de la mañana, del martes 4 de febrero del 2014, me dirijo a llevar a mi esposa a su trabajo. Luego llamo al socio, nos montamos en el carro y el hombre me dice que hay un pedido: una «carevaca» por la que nos dan cuatro millones. «De una», le digo, «vamos para Sabaneta». Entrando al pueblo vemos una carevaca blanca parqueada en la calle 76 sur con 43, toda empantanada de barro naranjado. Le digo al socio: «Cuando Dios no viene, manda al muchachito. Ese carro no es de acá, de ese barro no hay en Medellín, déjeme acá y me las canta si ve algo raro». Salgo caminando y antes de abrir la carevaca me encomiendo a la virgen. Abro la puerta del carro. Cuando me estoy montando pasa una moto de los policías. Sin embargo, me monto. Qué iban a saber ellos que yo no era el dueño. Prendo el carro y lo saco hacía adelante. Para mi mal, los polochos están en la esquina. Miro y veo a un man brincando y gritando que le están robando su carro. Yo sigo adelante. Miro por el espejo y veo al polochito muy cerca. Parqueo, me tiro del carro, salgo a correr y el polochito me pela la pistola y me dice: «Quieto, no se mueva». Yo tengo un bolsito Toto. Me dice: «Las manos quietas». Yo le digo: «Suave que no estoy armado». Me pone las esposas y me requisa. Llega el dueño más pálido que yo y no me encuentran nada. «¿Con qué

prendió el carro?», pregunta. «Con las llaves de mi carro». Pero ellos encuentran las cuatro plumas con las que abrí y lo encendí. Me llevan al comando de la policía, le toman el denuncia al man y luego llaman a mi casa. Para ajustar, contesta mi suegra. Ahora mi esposa está como una mapaná; ella no sabía que yo robaba carros. Supuestamente yo trabajaba en un almacén de repuestos en La Bayadera. Dios me ayude a salir de esto pronto porque no la quiero perder. Muchas gracias por escuchar mi descache.

Qué canazo

Por: Anderson

Me encontraba un día meditando en el balcón de mi casa después de haber pagado un canazo largo del que salí muy prevenido. No sabía si seguir delinquiendo o relajarme y trabajar como la mayoría. Me dio por ir donde los amigos de la vieja guardia. Con ellos no hablaba desde hacía mucho tiempo y fui bien recibido. Uno de ellos me propuso que trabajara vigilando una obra de construcción, para que fuera despegando. Empecé a trabajar y a conspirar. La buena suerte estaba otra vez de mi lado. Me estaba yendo muy bien, tanto que conocí al amor de mi vida: la hija del patrón. Nos enamoramos como locos. Empezamos una relación estable hasta que me cansé de la rutina y el pasado volvió a cobrar vida. Bajo cuerda me pegaba unas fiestas maquias, o sea muy chimbas. Mantenía mucho dinero. Mi mujer estaba muy aburrida porque cambié de actitud. Un día iba por el centro y unos polis pararon una valija que iba delante de mí. Lo requisaron y le pidieron cédula. Me cogió el reflejo, pero no conté

con tanta suerte como la valija. Me salió una orden de captura y me llevaron para Bellavista. Mi mujer se dio cuenta de la clase de persona con la que estaba. Quedó muy defraudada al saber todos mis antecedentes, pero empezó a marchar, o sea: a ir cada ocho días a la cárcel. Ella nunca había entrado a una cárcel, pero lo hacía por el amor que me tenía. Nos apegamos muchísimo. Cuando salí, ella quedó en embarazo, pero yo volví a fallarle. Me volví a caer faltándole tres meses para tener a nuestro bebé. Es lo más duro que me ha pasado después de la muerte de mi hermano y mi padre. El remordimiento era muy grande. Se me volvió en un triple canazo. Ella no quiso estar más a mi lado y la entiendo. Había salido otra vez de Bellavista. Tuve la oportunidad de estar con mi bebé y mi familia. Estaba recuperando mi hogar. Pero duré muy poco en libertad: veinte días. Qué caída de carriel. Quedé frío. Estoy solo. Estoy mal por haber desaprovechado la oportunidad de estar con mi familia.

Queridos policías

Hablando con el director de la cárcel sobre el taller de escritura me dijo que le gustaban los temas tratados con los internos: las novias, las calenturas, la libertad, etcétera. Dijo que ojalá no propusiera nunca escribir sobre *«cómo volarse de la cárcel»*.

De un tajo me cortó lo que tenía pensado días atrás, cuando pretendía que escribieran sobre los guardias, y que los muchachos sacaran todo el veneno que sentían por estos personajes. Para no calentarme con el director cancelé la actividad y pensé en los polis. El siguiente es un breve despacho sobre las bellezas que representan el orden y la ley.

Más chichipato vos

Por: Nito

El whisky Old Parr iba bajando al son de las caricias, los coqueteos, los besos y una que otra manoseada. Al frente, mis dos grandes amores: una botella del viejo Parr y una exuberante morena de cabello negro brillante que le caía hasta sus grandes caderas. El escote ni se diga. Tenía una blusa negra con una abertura tan profunda que parecía Moisés separando el mar en las viejas películas de Semana Santa que todos hemos visto.

Para mí sería otra noche perfecta: la chica ya estaba lista para la faena y yo preparado para domar a esa potra salvaje. Ya era la una de la mañana y empezó el declive de mi plan maestro; como todo gran plan, siempre existen imprevistos que le echan la sal al tinto.

Cuando Laura me dijo que nos fuéramos a moteliar, se me iluminaron los ojos y llamé de un silbido al mesero. Le pedí la cuenta y este, matándome un ojo en señal de aprobación por la mamasita que me acompañaba, me dijo: «Son \$170.000».

Hasta ahí me llegó la felicidad. Recuerdo que solo había sacado exactamente ese valor: tres billeticos de cincuenta y uno de veinte. Entonces, ¿con qué plata iba a pagar el motel? No me podía quedar en blanco esa noche y menos con esa diosa Venus el frente, con ganas de meterse al ruedo con este toro de lidia. En medio de nuestra prenda, nos montamos en el carro para ir al bar de un amigo y pedirle plata prestada para pagar el cinco letras. No habíamos pasado dos cuadras cuando, al mirar por el retrovisor, vi las luces rojas y azules de una Suzuki verde.

«¡Hijueputa!», maldije pegándole al volante y pensando: «Será que no voy a poder culiar tranquilo». El policía se acercó a mi ventanilla: «Caballero, buenas noches, ¿usted ha bebido hoy?». Sin pensarlo, le respondí: «No, señor agente, estoy en sano juicio, solo voy a llevar a mi novia a la casa».

Este poli de 1.80, tez trigueña y voz gruesa, se burló: «Pues, hermano, usted no puede ni hablar de la prenda, y por lo que veo nos va a tocar llamar a una unidad de tránsito». Yo solo pensaba en que no tenía un peso para darle y que este hijueputa me había dañado la culiadita.

Empezó la negociación. Le dije que estaba pelado, me dijo que tenía que llamar al tránsito. Le dije que me colaborara, que la verdad por andar sin plata iba a tener que dejar sin comerme a

este mecatico. Me dijo que me acompañaba a un cajero para que le pudiera poner la cereza al pastel. Yo le dije que no manejaba tarjetas. Entonces el poli alcanzó a ver unos billeticos envueltos en el cenicero y me dijo: «¿Y esa plata que tiene ahí, qué?». Yo agarré el rollito y las monedas y, al contarlos, sumaban \$9.000. Le dije que solo tenía nueve mil y con su rostro constreñido me respondió que eso no alcanzaba para nada.

Media hora nos dejó ahí parados en plena Avenida 80, con el frío, sumado a la pena de no tener ni un solo peso más, suscitó un glacial que extinguió las llamas y la calentura de la noche. Al ver que no llegaba ninguna unidad de tránsito, el poli se acercó a mi ventanilla y, con cara de muy pocos amigos, me ordenó: «A ver, mariquita, pase esos \$9.000 para que se pueda ir, ome, chichipato».

Prendí el carro, empuñé el dinero, se lo entregué y, antes de arrancar, con la rabia de saber que la noche había sido un fiasco, le grité: «Más chichipato vos, poli marica». Salí fresco y más delante, de la rabia, aceleré cual Dominic Toretto.

Casi se nos tira la beba

Por: Nandito

Se escuchaba el escándalo del equipo de sonido de El Trigal, bar donde nos reuníamos a beber con mucha frecuencia. Recuerdo que estaba entre diecinueve y veinte años. Éramos una gallada grande. Entre tantos, los Torito, Segatón, los Garcés, Mauro Gil, los Guayacos, los Mejías, René, los Silvas y otros más. Dieron las doce de la noche y a esa hora apagaban la música y

cerraban los negocios en mi querido pueblo Armenia Mantequilla —qué maravilla—. Estábamos iniciados y nos preguntamos dónde seguir la rumba. Se nos ocurrió seguirla en el parque principal. Al instante dijo René: «Yo pongo la grabadora y la música»; en ese entonces, casete era lo más común. Hicieron vaca para comprar aguardiente y cerveza. Yo, como buen pegao, dije: «Yo les cuento chistes y pongo las naranjas». Ellos no tenían problema, les gustaba beber conmigo porque les alegraba la fiesta. Por esa época no mantenía un peso.

Bueno, nos pusimos en la tarea y compramos una garrafa de guaro y una caja de cerveza. En ese entonces, año 96-97, la garrafa valía \$7.000 y la caja de cerveza \$7.500 más o menos. Nos fuimos para el parque, trajeron la grabadora, el trago y seguimos nuestra rumba cantando las canciones de Rafael Orozco y Diomedes Díaz. Se nos iban arrimando otros pegaos del parque, pero yo no podía dejarme quitar el puesto; mis amigos me decían que los hiciera ir. Y sí, con bromas y chistes de mal gusto, claro, no aguantaban el matoneo. Estábamos en todo el centro del parque y en un costado también estaban los riquitos del pueblo con música a alto volumen y mucho trago, perico ventiao y hasta coca.

De pronto vimos bajar al comandante de la policía, un tal Prada, con otros dos policías. Llegaron donde los ricos del pueblo. Hablaron, recibieron trago y propina. Luego el tal Prada y los otros dos, recuerdo que había uno de apellido Ramos, muy querido y buena papa, arrimaron donde nosotros y nos dijo Prada que apagáramos y recogiéramos. No podíamos hacer bulla, parrandear o beber en el parque después de las doce.

Respondimos que lo hacíamos, pero cuando el otro combo, los ricos, también lo hiciera. A Prada no le gustó y dijo que a pesar del putas acabábamos la fiesta. Entonces le dijo Ramos: «Mi cabo, ellos tienen razón, la fiesta la acaba todo el mundo por igual».

«No, estos se van», contestó Prada, «aquí el que manda soy yo». No había terminado de decirlo cuando nos barrió la grabadora y el trago que teníamos encima de un murito del parque. Nos quebró todo. Ahí sí nos emputamos y nos fuimos contra él y el otro policía, porque Ramos se hacía el bobo. Nos agarramos a los golpes. Prada sacó su Mini-Uzi carabina, nos tiraba con la cachá e hizo varios tiros al aire. Nosotros nos armamos con picos de botellas y palos de los toldos del parque. De pronto bajaron otros cinco policías y se armó la del putas: nos dimos con ellos. A Mauro Gil se lo llevaron para el calabozo y nosotros detrás. Hicimos tanto escándalo que al fin soltaron a Mauro y todos nos fuimos para la casa de Guayaco a seguir la rumba.

El carro

Por: Caliche

Fue una tarde un poco gris, con amenaza de lluvia en mi barrio, y nosotros parchados jugando cartas en la acera de la cuadra, una esquina de Manrique Central. Entonces llegó Óscar en un carro Renault 12, con la alarma haciendo un escándalo atroz. Se bajó y me llamó: «Caliche, vení, apagá este escándalo». Me paré, dejé las cartas en el piso y llegué al carro, uno de color verde con un tiro en la parte del conductor, un huequito de ojiva. De resto, todo muy bien. Le subí el capó, desconecté los fusibles y procedí a cortar los cables de la alarma. Era la época en que Pablito compraba trabajo para hacer los carro-bombas. No sé cómo carajo Óscar se metió en ese cuento.

Ya con el carro listo, me invitó a llevarlo hasta Doradal, pues pagaban muy bien y de contado. Nos subimos, eran más o menos las doce del mediodía y tomamos rumbo a la Autopista Medellín-Bogotá.

En el camino hablábamos de varias cosas, entre ellas las condiciones del carro y el valor que nos darían por él; más o menos un millón. Teníamos todo de nuestra parte. Pasamos el peaje, todo normal, es decir, muy bien.

Faltaba un último retén del peaje para llegar a Doradal cuando vi alrededor a dos guardias y policías de carretera: había un moreno, alto, delgado, con la gorra en la mano, con botas altas con el pantalón dentro de ellas, su revólver 38 largo colgado al cinto y con una aparente tranquilidad.

Pasamos el peaje y el retén. Llevábamos unos cien metros cuando escuchamos el silbato del policía de tránsito para que paráramos. Le dije a Óscar: «No parés», y él me dijo: «Fresco, todo está bien, qué bobada».

Claro, pasó lo que tenía que pasar, el pendejo este paró, llegó la policía, comenzó a revisar el carro y de una se dieron cuenta de que tenía dos placas. Qué susto, me corrió un sudor frío, pues estaba en problemas. La ventaja fue que ellos estaban solos con nosotros y comenzamos a manejar el verbo; querían plata, platica en efectivo. Qué problema, es verdad, qué verraco problema. Óscar llevaba cheques. Luego de un tire y afloja recibieron uno por \$500.000 para pagar por ventanilla. Qué va, ese cheque era parte de una chequera robada. Cuando aceptaron, suspiré aliviado. Salimos de allí por la carretera y yo echándole y echándole cantaleta por haber parado.

Llegamos a Doradal y él se fue solo a la entrega del carro. Yo me quedé esperándolo muy tensionado y ansioso. Espere y espere. Regresó como a las dos horas. Venía con cara de vencedor. Me

dio la mano con una sonrisa gigante. Caminamos por el paradero de buses sintiéndonos unos tesos, comimos una deliciosa lengua rellena y nos montamos en un bus para Medellín.

El día que me caí

El lenguaje carcelario está disparado unos kilómetros adelante del lenguaje común. Decir, por ejemplo, «mi mamá viene el domingo a las trece», quiere decir que al patio acaba de llegar un sujeto con trece gramos de cocaína metidos en dedos rellenos hechos con condones, embuchados en el estómago, y que en menos de una hora, cuando vomite, se podrá vender la droga entre la gente de las celdas. Quien no entiende se jode y se queda sin merca. El lenguaje de la prisión es tema literario. Si se quiere sobrellevar la vida, hay que aprender a decir las cosas para que entiendan solo quienes tienen que entender, así todos escuchen.

Casi muere el Thermo King

Por: José Granada

A las siete de la noche de un 28 de septiembre me encontraba en mi casa cuando tocaron la puerta. Era el novio de mi hermana. Me llamó y me dijo:

—Cuñado, vamos a hacer una vuelta, es un carro de Colanta que viene de Betulia con ochenta millones.

—Aguanta, ¿y cómo es?

—Nos vamos en el carro de un amigo, él tiene un Mazdita, nos vamos con él y el parcero de Colanta, que conoce el carro.

—¿Y el fierro qué?

—¿Cuñado, qué pasa?, ya lo tengo.

—Vamos —le dije entusiasmado—, ¿cuándo?

—Ya, salimos en media hora.

Y así fue. Llegamos al lugar a las once de la noche. Era plena carretera y nos quedamos a oscuras, dentro del carro, los cuatro personajes. Siendo las cuatro de la mañana bajaba un furgón de trompa naranjada. Era un 350 de placas LCB-044 de Itagüí. Cuando vimos que bajaba, le atravesamos el carro, el señor paró y yo le llegué hasta la puerta del camión:

—Quieto, bájese rápido, pirobo —y le apunté.

Y el señor, asustado, se bajó del furgón. Volví y le dije:

—La plata o lo mato.

Yo, dándole la cara, le gritaba. El conductor me dijo que la plata estaba ahí, en el carro, en la caja fuerte, pegada del chasis.

—Tiene clave y no me la sé, solo la saben algunas personas en la empresa.

Le pegué un cachazo, lo requisé, le quité la comunicación y les dije a los muchachos que lo amarraran y lo montaran al furgón y le echaran candado.

—Vamos a Medellín a tumbar esa caja fuerte.

Arranqué en el camión de leche Colanta con el chofer y la plata encerrados y con el parcero que trabajaba en Colanta, el que cantaba los fletes.

En las partidas, por Concordia, el muchacho que venía conmigo se bajó, dijo que venía azarado y se fue. Yo seguí en el furgón. Llegué a Caldas y llamé al cuñado, que supuestamente iba atrás, en el Mazda, pero nada, esos manes resultaron en Santa Fe de Antioquia.

Pero seguí con ese cucho amarrado atrás. Iba para un garaje en La Floresta. Subía por la calle Colombia, más arriba de la Cuarta Brigada, cuando se me atravesaron dos motos de la policía, apuntándome. Me ordenaron detenerme y que me bajara del camión. Pidieron que abriera el candado del furgón. Antes de abrir pude ver un hueco, en un lateral del camión, un hueco de un tamaño como para meter una mano. Abrí el candado y la compuerta del furgón. El señor estaba desmayado, tenía hipotermia. Él traía prendido el Thermo King a dos grados bajo cero.

El señor, con ganas de vivir, se había desamarrado y había hecho un hueco para volar la mano; un taxista lo vio y me entregó. Los policías me esposaron y llamaron una ambulancia. Llegaron carros de la policía y me llevaron para la estación de Laureles y luego a la URI, para luego ser trasladado a Bellavista. Así me caí.

Recordé a Leonardo Dicaprio

Por: Lucky

Ese miércoles en la tarde estaba en mi casa viendo tv. Cuando tocaron la puerta no me asomé por la ventana, como siempre lo hago, sino que bajé de mi habitación y atendí el llamado. Al abrir la puerta y ver dos sujetos desconocidos, mi intuición me lo dijo: «Vida hijueputa, me caí». Me pidieron firmar un recibo de una notificación. Aún no se habían identificado. Al extender mi brazo para recibir dicho documento, ambos me sujetaron por las muñecas y trataron de sacarme al andén. Forcejeamos un poco hasta que uno de ellos sacó su pistola y el carnet que lo acreditaba como policía de la Sijín.

Lo que siguió a ese momento fue temor, incertidumbre y análisis.

Al momento de presentarme ante la fiscal ya sabía el porqué de aquel tropiezo. Nada pude hacer para justificarme. Recordé aquella vez que intentaba sustraer dinero de una entidad bancaria, suplantando la identidad de alguien más. Ya estaba todo listo para que la cajera me diera el dinero, pero notó algo raro en la cédula falsa.

Llamó a otra funcionaria. Supe que tenía problemas y debía salir de allí. En un descuido de ambas, dejé aquel lugar, pero en mi interior sabía que al dejar esa cédula solo era cuestión de tiempo para que me ubicaran; tenía antecedentes por este delito.

Recordé a Leonardo Dicaprio en la película *Atrápame si puedes*, en la que suplantaba ante entidades financieras, públicas y privadas la identidad de diferentes personajes para poder robar el dinero.

Cuando tuvimos el forcejeo, en el andén, yo sabía que no los podía dejar entrar a mi casa. En una caleta, en mi cuarto, tenía doce cédulas falsas con mi fotografía y más de veinte tarjetas de crédito y débito falsas. Solo sé que extraño a mi familia y el tiempo perdido no lo paga el dinero obtenido.

¿Cómo me caí?

Por: Kawasaki

¿Cómo me caí en la cárcel? Por güevón, no mentiras, o sí. Era el 9 de diciembre del 2015 cuando llegaron Jaraba y Sebas, yo recuerdo que estaba en la esquina con los pelados, fumándome

un bareto, y ellos montados dentro del carro, Sebas manejando y Jaraba al lado, se me acercaron y me dijeron:

—¿Nos vamos a camellar?

—¿Con este guayabo? —les dije.

Eran como las 8:30 de la noche.

—No, hágale, socio, vamos y compramos unos gramos en el barrio y patrullamos a ver qué se ve. Si se puede lo hacemos y si no, normal.

Bueno, me insistieron hasta que me subí. En el camino compramos pepas, chorro y perico porque ya habíamos cobrado. Ese fue el error más grande porque cuando uno va a camellar tiene que ser en sano juicio, además, el día anterior nos había ido muy bien y, como se dice, ya teníamos pal fresco.

Íbamos subiendo por la canalización cuando se nos apagó el carro.

—Ay, marica, verdad, no le echamos gasolina.

No habíamos cogido el primero y yo les digo:

—Demos la vuelta y nos vamos para la casa.

Nos tocó ir por gasolina en una bolsa. Arrancamos de nuevo. Bajando, vimos dos personas sentadas fumando. Dijimos: «Vamos a coger a esos dos». Ahí está el fresco. Los cogimos y nos les llevamos todo. Cuando nos subimos al carro, nos empezaron a seguir dos motos, eran las 10:30 de la noche. «Paren, maricones», nos gritaban. Les pelamos los fierros sin bajarnos del carro y no los volvimos a ver. Como a los quince minutos íbamos por la autopista cuando nos volvieron a salir unos tombos. Nos bajamos del carro y nos cogieron todo, el fierro y lo que habíamos robado. Y aquí estoy, pagando las consecuencias de las cosas mal hechas.

Agítese antes de consumir

Ponerles letra a las escenas de los narcos. Imaginar la música de sus vueltas. Gritar el top cinco de sus venganzas. De eso se trata este intento con cuatro temas y cuatro muertos.

Tiempos nuevos, tiempos salvajes

Ilegales, punk español

La cárcel es un juego de supervivencia, se gana un hermano y a la vez un enemigo, y en esa decisión, por supuesto, comienza el acecho. No eran más que una banda armada buscando un sitio en cualquier parte. Y aunque caminen nunca llegarán. «Delincuentes juveniles ayer, hoy hombres peligrosos. Viejas caras, nuevas caras, pero las mismas cabezas».

En febrero desocuparon el patio número cuatro. Para echarle un ojo desde arriba bastaba con pegarse a la reja y ver la cancha. Corrió el rumor de que se utilizaría como patio para mujeres.

Cuando llegaron, los muchachos se fueron contra las rejas para gritarles e intentar saludarlas. Fue todo un suceso. Estaban abajo, casi a setenta metros de distancia. No se podían lanzar utensilios de aseo, drogas o puñales. Carlos Cebolla, el cacique,

estaba fascinado con una reclusa de pelo largo y negro que a lo lejos se veía muy linda.

Al segundo día Carlos comenzó un juego con una toalla de baño. Funcionaba como una tripa de plastilina. Dibujó una letra contra la reja. Luego la otra y la otra. Lo llamó «el chat». Las reclusas muy rápido entendieron el procedimiento y comenzaron a leer los mensajes. Ellas también utilizaron el mecanismo. Carlos estaba feliz. Supo que se llamaba Camila, era de Bucaramanga y tenía veintitrés años. Todos los días cruzaban mensajes por el chat. Pasaron dos meses y decidieron solicitar el permiso para «la conyugal» y fue un éxito.

Carlos aprovechaba para llevarle una ración de marihuana en el dedo de un guante de látex. Para sortear las requisas, tragaba el dedo y en la pieza, durante el encuentro, lo vomitaba. Ella se lo introducía en la vagina y así franqueaba los controles de los perros. Esa mujer no creía en nadie. Era la mujer del cacique.

Según decía estaba acusada de porte ilegal de armas, un caso menor. Eso decía. Carlos supo que ella saldría muy pronto. Camila quedó en libertad y le prometió su amor y su compañía. Al día siguiente de lograr su libertad, cuando salió de su casa, la esperaban dos hombres en moto con pistolas. A mitad de cuadra le metieron cuatro tiros y fue todo.

En las noches a Carlos le daba por poner el tema de Ilegales: «Si no visito tu tumba, si no invoco a tu fantasma, si no vivo en el pasado, si no tomo tu veneno, si no estoy en el infierno es solo que al final todos somos traidores». Y remataba con otra canción: «Tiempos nuevos, tiempos salvajes, toma un arma, eso te salvará».

Hallowed be thy name

Iron Maiden

Durante la noche me atan las manos y ajustan una capucha negra. Alguien grita desde un hueco: «Dios está contigo». Me empujan y caigo de rodillas. El golpe. El dolor. La inconciencia.

Cuando despierto sé que estoy en la parte trasera de una camioneta. Me siento desorientado y ciego. La sensación de haber viajado mucho. Escucho el rumor de la tormenta cuando atravesamos las avenidas. Las llantas escupen láminas de agua. El miedo me aprieta la garganta y desata presentimientos cada vez más siniestros. Estos tipos escuchan una canción de heavy metal, una voz aguda que parece una premonición: *It really the end, not some crazy dream?* Mis manos tiemblan y no dejo de recordar las imágenes del cuerpo de Mario. El pobre de Mario con marcas negras en la piel, grabados de electrodos y sellos de hierro caliente. Me siento avergonzado sabiendo que no lo habría resistido y lo dijo todo, todo sobre el respetable al que santificó. Sabemos tantas cosas de él. Y ya que dimos los nombres de los testigos en su contra no queda más que mandarnos al papayo. Incluso ordenó nuestra desaparición. Mario lloró y lo dijo todo. Acabaron con él y lo dejaron desnudo y tirado en un caño. En la autopsia encontraron restos de lidocaína: evidencia de las inyecciones que un doctor le suministró para que despertara luego de perder el conocimiento a causa de los choques eléctricos y los sellos del metal ardiendo sobre su piel. Lidocaína para evitar que su corazón se detuviera. Pero sobre todo para mantenerlo consciente y sintiendo dolor. El santificado deja su mensaje, todos lo leemos, sabemos que lo sucedido a Mario le puede suceder a

nuestras familias. A mi Eliza, por ejemplo. Ya asesinaron a la hija de un general, dizque intoxicada, todos sabemos lo que sucedió en realidad. Por eso lo mejor es quedarse calladito.

La camioneta se detiene y el motor se apaga. Unas manos me agarran y siento el cemento bajo los pies. Me quitan la capucha y veo el nudo de la soga. Desde allí colgará mi cuerpo. La atmósfera está cargada de un intenso olor a noche y lluvia, el olor de un mundo que no fue para mí.

Intento respirar para detener el terror que me invade. Es falso eso que se dice, que al tener la muerte al frente se recuerda la vida en unos segundos. Yo no recuerdo la vida, recuerdo a mi hija, y todo el tiempo que viví con ella. Eliza, la pequeña Eliza. Los bafles del carro truenan. Atrapa mi alma, atrápala, pues está por echarse a volar. *Mark my words, believe my soul lives on, don't worry now that I have gone, I've gone beyond to seek the truth.* Cuando sabes que tu tiempo se acabó empiezas a entender que la vida es solo una extraña ilusión. Y ya no tienes otra oportunidad para tratar de hacerla diferente. Santificado sea tu nombre.

The Sentinel

Judas Priest

Desde el balcón se extienden la noche y las bombillas titilantes. Un plon y se retiene el humo; contener, sujetar, sujetar. Un breve ahogo y se descansa. Lento, pausado, una nube blanca y espesa. Ya no somos nada comparado con otras épocas de cuando éramos los patrones. Cuando nos poníamos zapatillas Zodiak, camisa de chalis, *jeans* de doble costura y escuchábamos glam

de Poisson y Mötley Crüe. Ahora solo somos simples proveedores de cocaína y pasta base. Ya lo dijo un periódico: «Saltamos de patrones a lavaperros, de capos a cocineros».

La semana pasada vino un mejicano y nos propuso un negocio muy peye, un cruce malo, pero ¿cómo le decíamos que no? Ahora ellos eligen sus cruces, sus contactos y, claro, como nosotros estamos un poco aporreados, bajitos de personal y de plata, entonces tocó obedecer, cómo le parece, así nos creamos mucha cosa ellos ya vienen a mandar, a mandar con toda.

No pasa nada, todavía no pasa nada. «La campana de la catedral rasga el silencio del aire». Otro plon y los pulmones se expanden, abiertos; contener, contener y el ahogo, la pequeña angustia, la asfixia. Exhalar despacio.

A la finca llegaron diez camionetas, una a una, y nosotros decíamos: «Eh, quiay, quién es el patrón». Resultó ser un man muy pintoso y luego supimos que era de los zetas, y Jorgito me dijo: «¿Pero los zetas no son manes calvos y tatuados?». «No, hombre, esos son los maras». Lo cierto es que, luego de la captura de Sebastián, los narcos manitos perdieron el flujo de coca y están buscando consolidar nuevos proveedores.

Pero eso no es nuevo, o mejor, ya lo veíamos venir. Con esos acuerdos de paz con las Farc, que eran unos magos para producir de todo lo que demandan los mejicanos, que eran y que son, que siguen siendo; ahora que los guerrillos no están, no están pero siguen estando, se dejaron venir los carteles de la frontera. Vienen a comprar directamente y a asegurar que no les falte, como decía el mancito mejicano con cara de ingeniero: «Para garantizar el flujo». Así decía, yo qué culpa.

Apretar los labios y sacarlo lento, sin afán, en un chorrito de humo delgado, potente y dirigido. Ahora sí, estallada la realidad, hecha pedazos, el presente en añicos, reventado.

Adentro en la sala, junto al balcón, con las luces apagadas, sigue sonando Judas Priest.

A los mejicanos les tocó trabajar el doble, pero están ganando mucho más. Ya no son intermediarios. En vez de trabajar con un solo proveedor capaz de suministrarles diez toneladas, ahora tienen que encontrar diez diferentes que entreguen una cada uno. Pero la compran más barata. Y eso los va a poner en la cima, en la propia cima.

Esa música viene rugiendo. «Los perros aúllan en los callejones». Afuera la noche, la oscuridad, viene el centinela de Sonora. Otro plon y la garganta del valle de Aburrá arde como una pila roja en llamas. Y nosotros quedaremos como lavaperros. Ojalá pudiéramos armar un combo bien teso para hacerles contrapeso a esos mejicanos.

He decidido comportarme

Ilegales

Tengo el cuerpo lleno de cicatrices. Se me cae el pelo. Tengo fobia al compromiso. Encerrados en la pieza del hotel Nutibara, las paredes cargadas con una alucinante atmósfera dorada. El sol baja por San Cristóbal, filtrándose por las cortinas de la pieza. Damato escribe secretos con un marcador sobre la espalda de Clara. Secretos en negro sobre una piel de bikini. «Tengo fobia al compromiso, pero soy muy posesivo», repitió Damato y lo anotó sobre un omoplateo de modelito Vogue.

El maldito ácido siempre traía sus inconvenientes. «He decidido comportarme, he decidido reformarme, he decidido

controlarme». Nadie aguanta con los secretos ajenos sin quedar reventado. Ni con los propios. «He decidido comportarme, sonreír a los idiotas, recibir a las visitas casi sin anestesiarme. He decidido reformarme, contestar preguntas tontas, soportar a los artistas sin asesinarlos». Los efectos de los deslumbramientos, intentando no separarse.

Cambio de manos y Clara sostiene el marcador. Escribe sobre la espalda gruesa del hombre: «No sé escoger. Tengo mucho miedo a ser rechazada». Damato no abandonaba la idea de sus cabezas podridas con esa cantidad de tinta, con esa cantidad de miedos. ¿Ahora quién va a olvidar esta mierda? Nadie, nadie olvidará este puto sol de Medellín. Me asusta el futuro. Cambio de rol y de manos. Me gustaría presentarte a mi papá. Cambio. No soporto el mal aliento. Yo no soporto a los niños. Ni mercar cada quince días. Yo pido siempre a domicilio. Pero me gustaría aprender a cocinar. Asar carne. Cocinar frijoles. Lentejas. Me gusta lavar el baño.

«He decidido comportarme, controlar mis intestinos, ignorar mis apetitos y aguantar hasta a tu madre». Podemos intentarlo sin dejar de apostarle al fracaso. «Estoy decidido a mongolizarme». No me gusta lavar los platos. No me gusta rasurarme. Nunca serás mi mejor polvo. Me encanta que hagan ejercicio y tengan brazos fuertes. Que se bañen antes de desayunar. He decidido controlarme. No me gusta que no anden descalzas por la casa. Me encanta andar descalza por la casa. Quiero dejar de pensar que voy directo al dolor. Cambio de rol y de manos. Soy obsesivamente perfeccionista. Cambio. Odio las pelis con subtítulos. Cambio. Nunca digo te quiero. Cambio. Me da miedo no ser correspondido. Cambio. Nunca he querido a nadie. Así son las jodidas relaciones amorosas. Cambio. Una secuencia de valores inyectados. Una secuencia de valores negociados. ¿Eres tú? Sí, soy yo. ¿Para mí? Para mí.

Disparar contra el canon

Historia sobre un hippie que le dispara al canon literario. Un preso recuperado que practica tiro al blanco con los libros de su biblioteca.

Hace unos días Martín Limón me preguntó quién era mi autora favorita, mi diosa literaria. «Carajo, ¿una diosa?», pensé, «no tengo la menor idea».

Estábamos al pie de un riachuelo, cerca de su cabaña *hippie*, sentados a la sombra de un pino mirando bajar el agua por la montaña como si la vaina fuera de lo más entretenida. Y lo era: mirar y escuchar sin decirnos nada, pero se nos acabó la dicha de lo que corría por el agua y del silencio.

—¿Mi autora favorita? —repetí, tratando de ganar tiempo—. ¿Mi diosa literaria?

Y para no quedar como un pendejo, dije lo primero que se me vino a la cabeza:

—Hoy por hoy, mi fetiche podría ser la señora Lucia Berlin. Martín Limón me miró sin poder creerlo.

—Pues, pero he tenido otros amoríos —dije para salvar mi pellejo de una cantaleta asegurada.

—Cuente, pues, a ver —y alzó las cejas como un reto.

—Me han gustado Virginia Woolf y Pizarnik.

En el bosque se respiraba un aire fresco y frío y el agua seguía bajando sobre las piedras. La corriente chocaba con la tierra,

contra el musgo, contra la montaña callada. El mismo sonido de riachuelo se repetía en la mañana, en la tarde, en la noche. Era incansable, casi eterno.

Martín Limón era para mí como un abuelo al que se le aceptaban las bendiciones y maldiciones, un faro en el camino, alguien con quien no quería tener diferencias. Entonces seguí mi lista, casi nervioso, tratando de dar con una escritora o con un escritor que también le gustara, dando palazos de ciego, disparando en ráfaga a ver si le pegaba a algo que a él le gustara sin importar que fuera hombre, mujer, vivo, muerto, poeta, cronista, etcétera.

—Irene Vallejo, Henry Miller, Roberto Bolaño, muchas, muchos —dije para intentar zanjar el tema.

—No, diga una sola, o uno solito. Una diosa o un dios literario.

—Pero, pues, no es un dios —dije pensando en el lodazal que me hundía—, es para mí un semidios: Fernando Vallejo.

—¿En serio? —y arrugó la frente.

—De la literatura latinoamericana —me adelanté para limitar la vaina— y vivo, además de todo.

—Bueno, está bien, pues —dijo casi casi derrotado—, hablemos solo de escritoras y escritores latinoamericanos y, además, vivos.

Tratando de abandonar el tema de una vez, dije simulando una seguridad que no tenía:

—Un semidios de la literatura es Fernando Vallejo.

—Menos mal dijiste «semidios» —se burló Martín.

Y claro, él sabía, como lo sabía yo porque así me daba un poco más de margen y se me vino a la cabeza Rosalba Quiroga, la gran gestora cultural, cuando decía que nos falta crítica, medios, escritores que comenten, lectores de ensayo, ensayistas, nos falta un ecosistema de comentaristas artísticos.

—Esa palabra «ecosistema» —diría Martín—, ay, Dios mío.

También pensé en las historias que no van para ninguna parte, los libros que, según Martín, resisten más de una lectura o más de un balazo. Más adelante confirmaría que lo suyo no era una metáfora. O mejor, a veces no era una metáfora eso de dispararle a la literatura, otras veces sí lo era. Y no sé por qué también pensé en María Antonia. Deseé que volviera, que hubiera valido la pena haber intentado ser un romántico; como en la canción del Barón Rojo, «la magia no se romperá», y me sentí abatido, no importa, «todo está bien si estás aquí».

Entonces agradecí haber salido del tema del dios literario y que hubiéramos entrado a algo más concreto como la literatura latinoamericana.

—Bueno, tampoco es un semidios —le dije a Martín Limón—, digamos que es un patrón que frecuento y que me da por seguirle la pita una semana cada año.

De vez en cuando la brisa sacudía las ramas de los pinos haciéndolas chorrear sus hojas delgaditas, estampando la tierra con una alfombra blanda. En el colchón de la tierra era cómodo sentarse y conversar.

Martín Limón se quedó callado y más adelante seguimos comentando el canon de LA literatura latinoamericana. Decía que le gustaría revisarlo, al menos volverlo a leer. Cuando lo dijo me pareció un poco pretencioso, pero luego creí que era muy razonable. Siempre es bueno no tragar entero y verificar por cuenta propia.

A Martín Limón le gustaban las listas, los *top five*, los *top ten*, enfrentaba en el *ring* escritores y armaba desafíos entre equipos y escuelas literarias. Por eso su pregunta sobre la diosa literaria no me sorprendió. El hombre era de esa talla. Otras veces me había preguntado por la escritora favorita de terror o por la mejor novela erótica.

Hace unos años el hombre cambió su vida. Pasó de ser un peligroso pistolero a ser parte vital de una biblioteca pública en el corregimiento de Santa Elena, cerca de Medellín. Creo que antes estuvo en Europa, en Madrid, concretamente, pero casi no me ha comentado esa parte de su vida. Ahora, en Santa Elena, tenía un taller de escritura creativa ecológica. Pasó de ser un sicario a ser un *hippie*-abrazar-árboles. En la cárcel estuvo en uno de los talleres de escritura donde era un alumno juicioso, aunque lo que más le sedujo fue la lectura, prueba de su inteligencia.

—Lo convencional no es escribir —decía—, lo convencional, incluso lo refinado, es leer. Para escribir hay que tener una gran capacidad de autoflagelación y eso, eso no es lo mío.

Por cuenta de sus lecturas acumuladas en el camarote de la prisión, tal vez creyó que mi dios literario era Stendhal, Cervantes o Mary Shelley. Pero no. Por su puesto que me gustaba mucho Simone de Beauvoir, Wilde, Poe, Stevenson y Montaigne, y sufro un amañamiento anacrónico cervantino. Y aun así, yo tampoco iba a ser tan descuidado y desagradecido como para contestar con semejantes nombres. Por eso lo mejor era hablar de nuestra literatura.

Martín Limón tenía la biblioteca en el segundo piso de su cabaña, un lugar que consideraba sagrado, o al menos eso creía yo porque nunca me había invitado a conocerla. Era muy raro porque si hay una cosa que se muestre a las visitas es la biblioteca, bueno, lo anterior si los amigos no son como Guillermo Quintero, un ladrón desvergonzado de libros en bibliotecas de amigos y desconocidos, que al menor descuido está metiéndose debajo de la chaqueta algún libro que le guste. Lo cierto es que esa biblioteca de Martín Limón me daba mucha curiosidad. Ese lugar, ese segundo piso de su cabaña. Luego supe que no mostrar la biblioteca era como la niebla que cubre solo parte de un bosque

de pinos, como quien lee un libro de poemas con los ojos cerrados para no tener que comentarlo con nadie.

Eran las seis de la tarde cuando me despedí. Caminando por entre bosques antes de la carretera me quedé pensando en Roberto Bolaño, que decía que Borges era un dios. Y maldije la hora de venir a acordarme del dato. Pero entonces: ¿cuál sería un buen criterio para seleccionar una escritora entre una docena, o uno solo, como diosa personal, como diosa literaria?

Bajaba por la loma de la finca de Martín, con el riesgo de pegarme un resbalón, cuando caí en cuenta de una obviedad. Es muy diferente un dios a un encoñe, a un envergamiento literario. Un dios es una religión; un envergamiento, un capricho. La pregunta de Martín Limón estaba errada. Como decían los abuelos, había mezclado peras con manzanas. Una cosa es preguntar por el dios y otra por los encoñes o envergamientos literarios. Lo que pasa, y me fui por las piedritas, es que una historia de pasión puede volverse muy fácilmente una historia de amor, así como un encoñe muy fácilmente puede volverse una religión.

Encoñes o envergamientos se tienen de manera continua, fantasías, novelas que solo atrapan un fin de semana, un mes, y luego chao que te vi. Pensé en Stieg Larsson y su saga *Millennium*. La historia resiste un recuerdo, una opinión positiva, pero jamás una relectura.

¿Pero un dios? ¿Cómo saber si uno tiene un dios literario?

Ya en la ruta de bajada, en el carro, no dejaba de pensar en el asunto. Para saber si uno tiene un dios literario mínimamente debe tener todos los títulos del autor en la biblioteca personal. Haberlo leído todo por lo menos dos o tres veces. Y lo más importante, creo, lo irreductible, con lo grande que es esa palabra, es que a pesar del tiempo a un autor se le conserve la fe.

Bajando me antojé de chocolate con arepa y quesito. Esperando en la mesa mi pedido me dio por ponerme a calcular un indicador en una servilleta. A ver, número de libros por autor, es decir: libros/autor. Y el número de lecturas por libro, así: lecturas/libro. La ecuación de dios literario podría calcularse.

Por ejemplo, de Truman Capote he leído siete libros. Y he leído por lo menos tres veces *Plegarias atendidas*. Me quedé pensando. No solo he leído tres veces *Plegarias atendidas* sino, por lo menos, dos veces *Otras voces, otros ámbitos*. «Carajo», maldije con el lapicero en la boca. «Entonces tengo que hacer una sumatoria».

Menos mal llegó mi chocolate y mi arepa con quesito y ya no hubo tiempo de seguir con el bendito indicador. Aun así, seguí echando cabeza. La sumatoria no me daba. La conclusión: con razón me fue tan mal estudiando ingeniería.

Al mes volví a visitar a Martín Limón y esta vez vi un revólver 38 que brillaba en la barra de la cocina. Martín Limón mantenía una vida de estrato medio alto, un *hippie* bien bañado y tomando whisky. El hombre tal vez seguía con algún negocio de los bajos fondos, no sé, tal vez todo era parte de una novela mal escrita. Cuando notó mi cara de imbécil mirando el revólver, me dijo que de vez en cuando practicaba tiro.

—Para no perder mis propiedades —dijo.

«Para no perder sus propiedades de gatillero», pensé. Entonces me invitó a subir a su biblioteca.

Ese día por fin me dejó ver su biblioteca. Supe que entrar allí era un viaje sin regreso, entrar a un lugar del que no podía volver a salir, como una cárcel, una condena en prisión. Al lado de las estanterías tenía un par de sofás individuales y una lámpara para asegurar una lectura cómoda para él y su novia Laura Eme. Tenía una alfombra y mil adornos en las paredes y

el techo. Martín Limón era un *hippie* hecho y derecho, con sus piedras de poder, talismanes, atrapa sueños, pirámides y toda esa cantidad de trebejos y desorden, como si fuera un hacedor de manillas y collares, un inventario de pendejaditas para salir a vender en la feria artesanal de San Alejo. Uno de los muebles de la biblioteca estaba atiborrado de literatura europea. En el último entrepaño, como si fuera una corona, exhibía una granada de gas lacrimógeno. En otro de los muebles tenía su colección de literatura latinoamericana y el último entrepaño, me dijo, era el lugar de su revólver calibre 38, plateado y lustroso. Al revólver lo llamaba «el juguete rabioso» y a la granada, «Lolita».

Me explicó que practicaba tiro al blanco con sus libros. Sus ejemplares de *Rayuela* y *Cien años de soledad* exhibían un par de perforaciones. Todos estos libros tenían algo en común: pertenecían a nuestra idea de literatura, al patrón que hemos seguido para leernos, para escribir ficción. A Martín Limón le gustaba disparar con especial interés al canon de la literatura latinoamericana. Con razón nunca me había invitado a subir a su biblioteca. Noté que cuando un plomo entraba en un libro no dejaba un hueco, rasgaba las hojas como si las hubiera cortado un bisturí en forma de V. Si el libro era delgadito, el disparo lo traspasaba. Si era grueso, el plomo avanzaba hasta un punto y quedaba atrapado entre las páginas. Pensé que los libros, puestos en chaleco, podrían funcionar como antibalas.

—Otra cosa que afecta al canon latinoamericano es la distancia de tiro y el calibre del cartucho —dijo Martín Limón.

No sé por qué pensé que ya no estaba hablando de él sino de los críticos y revisionistas.

—Si se trata de un buen tirador —dijo Martín—, si está bien parado y tiene una buena arma, un calibre 38, y a unos diez metros de distancia, las hojas de los libros no quedan tan mal. Un

Tres tristes tigres baleado se puede seguir leyendo. Las mejores novelas son las que no van para ninguna parte, aparentemente, son como la vida misma y son las novelas que mejor soportan los balazos. Y pues, la verdad, otros títulos de la región soportaban bien el plomo —dijo Martín Limón—. Esto siempre y cuando no hayan recibido tres docenas de disparos como *La otra raya del tigre*.

Al parecer, Martín Limón odiaba con saña a Pedro Gómez Valderrama. Su libro estaba jodido y destrozado. Ilegible.

—Yo no le hice nada a don Pedro —dijo Martín—, don Pedro nunca se ha dejado leer.

No entendí del todo la metáfora, pero creí que todo esto tenía que ver con lo dicho la otra vez sobre su lectura del canon. Martín Limón también era un revisionista, armado y disparando a diestra y siniestra.

Volví sobre las coronas de las bibliotecas: Arlt y Nabokov. Roberto y Vladimir. Una biblioteca para Latinoamérica y otra para Europa. Un revólver. Una granada. Un disparo y un gas, una herida y una intoxicación. Pero ¿*Lolita* es una novela europea? Yo qué putas voy a saber. ¿Es una novela norteamericana? Vladimir Nabokov era un idiota que dictaba un curso sobre el Quijote, un curso apoyado en un libro que él mismo escribió, un libro donde dijo que el Quijote era un libro sobrevalorado, un libro disperso y mal escrito. ¿Eso dijo Vladimir Nabokov del Quijote? Eso dijo. ¿Entonces por qué se molestó en escribir un libro y en tener un curso? Ve tú a saber, a lo mejor, igual que Borges, igual que Shakespeare, lo que sucedía era que Nabokov le tenía una severa envidia a Cervantes, una envidia de esas que hacen hablar mal, remal recontramal del otro. Total que entre ambas, entre la granada y el revólver, Martín tenía un mueble menor con literatura norteamericana. Coronándolo, un puñal de supervivencia, era Lucia, el nombre del puñal era Lucia Berlin.

A las tres de la tarde volvimos al riachuelo de la montaña y al bosque y nos llevamos el revólver. Martín me dejó disparar un tambor donde nadie escuchara las detonaciones. Las dianas fueron dos portadas de libros que Martín Limón me dejó sacar de su biblioteca. Le dije que nos lleváramos a *Pedro páramo*, un libro delgadito que podíamos romper fácilmente.

—¿Sabe qué, Colorado? —me dijo—, es mejor que no se ponga en esas. A Rulfo no le entra el plomo.

Nos llevamos *Europa muerta*, un libro que casi no se veía de lo chiquito y casi transparente. *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa y *¡Que viva la música!*, de Andrés Caicedo, otro título que, según Martín Limón, había que incluir en las ventas a nivel mundial.

—Caicedo es nuestro Truman Capote —dijo—, ese Caicedo caleño, todo jovencito y ya con un estilo.

Según Martín ese escritor tenía una voz propia, leerlo era una experiencia nueva con el lenguaje. En el bosque leímos unas páginas y las comentamos. Ya íbamos a darle plomo a Andrés Caicedo cuando nos antojamos de seguir leyendo. Nos echamos en las agujas de pino, a un ladito del riachuelo, y leímos el resto de la tarde hasta que comenzó a levantarse la noche. No supimos si esa tarde Andrés Caicedo fue un dios, un capricho o las dos cosas a la vez. Como fuera, nos íbamos a quedar sin luz. Cogimos el libro de Vargas Llosa, que no tocamos en toda la tarde, lo pusimos paradito sobre un tronco y tomamos distancia de tiro.

Dispararle al canon con certeza es muy difícil. Cuando terminé la ronda, sin coronarle un solo tiro al libro, Martín Limón me dijo que tenía que afilar la puntería.

—A ver si les da con tino a las vacas sagradas —me dijo— y luego, cuando no quede cabeza, entonces darles a las otras novelas que vienen por el camino.

Martín destrozó con un solo tiro el libro de Marito. La ojiva entró por una esquina pero solo fue rosarlo y el libro estalló como si fuera de harina seca, un libro de arena seca.

—Veamos con *Europa muerta*.

Tenía que aprender a disparar, según Martín, «de lo contrario iba a seguir considerando a Vallejo un santón de la literatura, cuando en realidad es un dios», dijo. Tenía que seguir practicando, ganar criterio porque, de lo contrario, seguiría considerando tan solo un capricho a Enriqueta Navarro, o seguir errando tiros en los libros de Vargas Llosa.

Yo ya estaba cabreado y a punto de mostrarle una ecuación sobre el dios literario, pensando si sería una buena manera de ganarle un punto, pensando, con la necedad de todo ingeniero, que todo se puede medir. Mejor dejar preguntas que respuestas. Yo tenía mi ecuación bien calculada y era efectiva.

Ya iba a preguntarle cuál era su escritor favorito, pero era una pérdida de tiempo. Yo lo sabía. El hombre amaba un mes a Kafka y el otro a Borges. Y de ese encoñe no salía, así leyera a otros autores todo el tiempo. Eran sus vicios, sus dioses, sus encoñes. Su pregunta, mezclando unos y otros, ahora tenía sentido. Estos autores pueden funcionar como dioses, caprichos, antojos o simples excusas. Para zanjar la vaina, y con sentimiento de culpa, le dije que ya había leído a Gustavo Correa, el gran escritor colombiano, pero que honestamente no era capaz de pasar más de cuatro o cinco páginas seguidas.

—No sea pendejo, Colorado —me dijo—, en la literatura como en el amor uno no escoge de quién se enamora, ni de quién se encapricha.

Era verdad. Le entregué el revólver casi con devoción. El hombre sabía disparar y yo todavía tenía mucho por aprender. Y por leer. Más tarde nos fuimos a comer unas lentejas que él

había preparado. Martín Limón era un verdadero especialista en lentejas: le quedaban espesitas, jugosas, con salchicha picada, arroz y tajadas de maduro fritas. Todo en el mismo plato, como si estuviéramos acampando. Bajamos el almuerzo con un jugo de mora y estuvimos muy concentrados en el silencio para no correr el riesgo de volver a hablar de libros. El postre fue el silencio.

Soldadito de plomo

¿Cómo es el entrenamiento militar? El autor prestó servicio como policía militar y cuenta la historia. Los castigos físicos y psicológicos son parte fundamental de la rutina. Con el castigo se adiestra a los reclutas y se mantiene la disciplina de la tropa. Las sanciones crueles, absurdas, humillantes y desproporcionadas son el aceite para el buen funcionamiento de la milicia.

En la batalla del calentamiento

La primera noche en el batallón, cuando apagaron las luces del alojamiento de la compañía de reclutas, con quinientos soldados acostados en catres, alguien eructó durísimo en la oscuridad y todos nos cagamos de la risa. A continuación, escuchamos una seguidilla de pedos, gritos y armamos una chacota que nos duró hasta que un teniente encendió las luces y gritó:

—¡De pie, malparidos!

Eran las once de la noche y toda la compañía fue a dar al campo de parada en pijama, es decir, en pantaloncillos. Formados en pelotones, semidesnudos, calvos y en chancas parecíamos judíos en un campo de concentración. En las siguientes dos horas el teniente nos hizo entender, a punta de flexiones de pecho, sentadillas, polichinelas e hijueputazos, que teníamos que acostarnos en silencio.

Corría el año 1996 en el Batallón de Policía Militar No 4, mejor conocido como el Batallón Bomboná y, para entonces, el ESMAD era un bebé y las revueltas de la U. de A. eran aplacadas con brutalidad por pelotones antimotines de la Policía Militar. En los ochenta y noventa los pillos sobornaban con facilidad a la policía, pero no se atrevían a levantarle la voz a un soldado con brazalete de PM. Héctor Abad Faciolince, en su libro *El olvido que seremos*, habla del batallón No 4 y comenta las denuncias que hizo su papá en contra de esta guarnición militar. «Yo acuso», escribió don Héctor Abad Gómez en una columna de prensa a los interrogadores del Batallón Bomboná, «de estar aplicando torturas físicas y psicológicas a los detenidos por la IV Brigada». El artículo se publicó poco después de que un amigo y discípulo de don Héctor fuera detenido por el ejército en Medellín.

En los tres primeros meses de instrucción, a los reclutas nos castigaban por cualquier cosa. Una sombra en la barba, una mugre en las botas, una arruga en la cama o el olvido de una estrofa, de las once que tiene el himno nacional, nos valieron horas de trasnocho. Cuando asistimos al polígono, donde disparamos por primera vez el fusil G3, y fueron pocos los que atinaron en la diana, el comandante nos bañó con baldados de agua y luego nos ordenó hacer rollos sobre un terreno polvoriento. Quedamos como pollos apanados, llenos de tierra.

Esa primea noche en el batallón, cuando armamos esa chacota con pedos y eructos que nos supo a mierda, aprendimos a meternos en la cama en total silencio. En la oscuridad y tirado en mi catre cerré los ojos, exhausto, rabioso e impotente. Así me quedé dormido y no sentí las tres horas de sueño. Inmediatamente cerré los ojos, pasó un segundo y de nuevo el maldito teniente prendió las luces y gritó:

—¡De pie, malparidos!

Eran las cuatro y media de la mañana y el primer día de entrenamiento nos esperaba.

Hay que ver la fuerza del valiente

Karl von Clausewitz, el más clásico de los teóricos militares, decía que el fin de las guerras no son los ataques ni los bombardeos sino «la imposición de la voluntad política del vencedor». Todo parecía indicar que el teniente estaba librando una guerra contra nosotros. Nos tenía como sus enemigos y, a causa de sus castigos, doblegaba nuestro carácter y nos imponía su forma de pensar, su política.

Terminado el entrenamiento fui trasladado con otros cuatro compañeros a la base militar de Bosconia, dos cuadras abajo de la estación Prado del metro. Bosconia era un patio de colegio del tamaño de una cancha de baloncesto. Éramos veinte soldados y prestábamos turnos de guardia. En el día pasaban docenas de buses, gente y, en general, el barrio estaba infestado de atracadores y extorsionistas.

Una tarde llegó una señora agitada y nos avisó de un atraco en un bus. Yo estaba con Posada prestando guardia. Gritamos voz de «¡reacción!» y salimos en cacería. Logramos atrapar al pillo y lo llevamos hasta la base en un tren de patadas y puñetazos. Cuando íbamos a encerrarlo en el calabozo, se negó a entrar por el fuerte olor a berrinche concentrado en un rincón. Una semana atrás la orden del sargento, comandante de Bosconia, había sido que en adelante orináramos allí «para atender bien a los hijueputas que agarremos», había dicho. De modo que el olor comenzaba a fermentar. La muenda que se ganó el pillo fue brutal y, muertos de la risa, lo obligamos a entrar en el calabozo.

Una noche vimos bajar por la cuadra un par de travestis. Posada quiso requisarlos. Ellas-ellos estaban encantad@s porque los manoseara un soldado «bien macho». Lo que no se imaginaban era que el asunto iba en serio. Posada no palmoteó los vestidos, sino que esculcó sus bolsos de cuero. En uno de ellos encontró seis baretos y dos gramos de perico. Posada se echó en el bolsillo la merca y detuvimos al dueño(a) del bolso. Cuando l@ íbamos a meter al calabozo, también se negó a entrar. De modo que saqué la correa y le zumbé varios fuetazos. Sus gritos de hombre despertaron al sargento, que se levantó rabioso en pantaloncillos y nos ordenó dejar en paz al «mariqueta». Al otro día repartimos en el resto de la base el perico y la marihuana que decomisamos.

El periodo de instrucción de mi teniente había dado resultado. No solo había doblegado nuestra voluntad sino que habíamos adquirido la absurda lógica militar. ¡Todo un éxito el entrenamiento!

Por uno pagan todos

Luego de tres meses en la base militar de Bosconia nos trasladaron al batallón Bomboná. Llegar de nuevo al batallón fue un desastre. Una mañana, cantando el himno nacional con todo el personal formado en la plaza de armas, un soldado se puso fue a silbar. Cuando acabamos de cantar el coronel estaba furioso. Era una falta grave de respeto contra los símbolos patrios. El coronel mandó llamar al teniente Hernández, comandante de la compañía. Cuando el teniente estuvo al frente, el coronel le ordenó hacer «¡veintidós de pecho!».

Humillado frente a todo el batallón Hernández cayó a tierra y flexionó los brazos veintidós veces.

Cuando se levantó, el coronel lo miraba como a una cucaracha; le ordenó volver a la fila y lo previno contra otro grillo «entre sus soldados».

Ahora seguía el castigo: toda la compañía, ordenó el coronel, incluidos sus cuadros de mando, tendríamos que ir hasta la meseta, monte arriba, llegando al corregimiento de Santa Elena. «Fácil», pensamos todos.

—Van a subir a la meseta —gritó el coronel—, pero se llevan los catres al hombro.

De un plumazo nos borró la risita. Salimos a las 9:00 a. m. cargando tablas, catres y colchones por el camino de la montaña. A las doce del día llegamos a la cima con los trastos. Prendimos una fogata inmensa y solo cuando el coronel, por radioteléfono, dijo haber visto el humo, agarramos las tablas, catres y colchones montaña abajo.

Más adelante nos dimos cuenta del verdadero motivo que tuvo el coronel contra Hernández. Un soldado que trabajaba como mesero en el casino de oficiales la escuchó: El teniente Hernández, en una fiesta, se había burlado de un afiche que el coronel tenía en la sala de su casa: un calendario de cerveza Pilsen con una modelito mostrando el culo.

Groucho Marx decía: «Inteligencia militar, dos términos contradictorios». Pero dejando aparte esto, lo que sí queda claro es la creatividad que tienen los militares para inventar castigos. Las sanciones crueles, absurdas, humillantes y desproporcionadas son el aceite para el buen funcionamiento de la maquinaria militar.

Más tarde, cuando bajamos de la meseta, nos fuimos a la cama. Con el permiso del teniente Hernández nos arrastramos

en la oscuridad del alojamiento hasta el cuerpo durmiente del incauto que silbó el himno nacional. Le soltamos varias bolsas de agua y le descargamos una docena de tablazos. El teniente, «el grillo» y la compañía entera habían recibido su merecido. La ley del castigo es: «Por uno pagan todos». Al día siguiente, no quedaba duda, seríamos mejores soldados.

Torturas en el ejército



Un domingo que me negaron el permiso para ir de visita a mi casa decidí volarme. El servicio militar es como una condena en la cárcel. En compañía de otros dos amigos saltamos por encima de la reja, cuando un centinela nos echó el ojo sin que nos diéramos cuenta. Estábamos esperando el bus, todos contentos porque íbamos para la casa, cuando un pelotón de reacción nos agarró por sorpresa. Nos llevaron a la guardia. A los diez minutos, el teniente Hernández fue por nosotros en su carro.

El batallón Bomboná queda en Buenos Aires, un barrio alto en una montaña antioqueña. Para ir desde la guardia hasta el polígono hay que subir dos kilómetros por una loma de venganza, de modo que, cuando el teniente fue por nosotros a la guardia, muerto de la putería porque sus soldados lo estaban haciendo quedar mal, apagó el auto y se inventó el primer castigo de la tarde: empujaríamos su carro desde la guardia hasta el polígono por esa pendiente larga y tortuosa. Pero antes llenamos la caja

del carro con cinco sacos de arena. El cielo estaba azul y un sol de domingo radiaba el medio día.

Empujando el carro con esfuerzo y ganando distancia por la loma vi que el teniente nos echaba un vistazo furibundo desde el espejo retrovisor. Los tres soldados íbamos pensando en la tontería que habíamos cometido. Por nuestra culpa le llamarían la atención a Hernández. Al llegar al polígono, estábamos agotados. El teniente Hernández no dijo palabra. Prendió el carro, dio el giro y gritó:

—¡Los espero en la guardia! —Descolgó el carro montaña abajo y nosotros a correr detrás de él. Si queríamos que el castigo no se alargara demasiado, tendríamos que obedecerle con pleitesía. Nos esperaba una larga jornada de castigos.

II

Más tarde, el teniente nos llevó a alojamiento. Cuando entramos, cuatro o cinco soldados vagaban entre los camarotes.

—Voy a contar hasta tres —gritó el teniente— para que se larguen de aquí, ¡y voy en dos!

Los soldados salieron disparados y solo quedamos con el centinela del armamento. El teniente no quería testigos. Algo traía en la cabeza. Le ordenó al centinela que fuera en busca del sargento Mafla. Hernández nos llevó a un rincón. Agarró una tabla de un camarote y nos ordenó posición de «punto cuatro arriba», es decir, de pie, apoyando las manos en las rodillas y sacando el culo. A cada uno nos cosió tres tablazos en el trasero. El teniente empuñaba la tabla como si fuera un bateador de béisbol

y con odio zumbaba la madera. Cuando llegó mi turno, sentí con cada tablazo una penetrante picazón en las insuficientes carnes de mi nalga. Por nada y me pongo a chillar del dolor.

Cuando llegó el centinela acompañado del sargento Mafla, el teniente le ordenó:

—Les saca la mierda a estos soldados, sargento, pero bien sacada, ¿oyó? —y se largó.



Los tablazos del teniente Hernández fueron el castigo más humillante que sufrimos. Aun así, comparado con otras torturas en el ejército, nuestra historia fue un caso de rabiosas caricias. En la historia del Ejército de Colombia se tiene registro de graves atropellos contra los soldados. El caso más sonado recientemente sucedió en 2006, en la base militar de Piedras, en el departamento del Tolima. El 25 de enero de ese año un grupo de suboficiales torturó a varios soldados. Durante un entrenamiento, en una pista de obstáculos, los soldados fueron golpeados con puños, patadas, palos y machetes. Fueron obligados a comer excrementos de animales, sometidos a pruebas de asfixia y ahogamientos. Además, recibieron quemaduras en diferentes partes del cuerpo y sufrieron violaciones y otros vejámenes sexuales. Cuando los responsables de la tortura fueron llevados a juicio, argumentaron que sus acciones habían sido parte de una capacitación contra-guerrilla.

También es de Clausewitz el axioma que dice: «los soldados deben temerles más a sus propios oficiales que al enemigo».

Por este episodio, el entonces comandante del ejército,

general Reynaldo Castellanos, fue destituido de su cargo por parte del presidente Álvaro Uribe y reemplazado por el general Mario Montoya. Dos años después, en 2008, un juez condenó a quince y dieciséis años de prisión a los trece suboficiales que cometieron la tortura.

IV

Cuando el teniente nos propinó los tablazos, se cuidó de no tener testigos en el alojamiento. Desde tiempo atrás, ese castigo estaba prohibido, pero el teniente no se iba a quedar con la espinita enterrada. Sus soldados dejaban en evidencia la indisciplina de la compañía, haciéndolo quedar mal ante el coronel y el resto del batallón. Le debíamos una. Y la cobró. Eso sí, cuidándose de que nadie lo viera. Igualmente nosotros, con el pecado encima, no lo denunciaríamos. El teniente nos dejó en paz luego de saciar su rabia y nos dejó el culo hinchado a merced del ánimo del sargento Mafla.

Lamentaría el robo de mi fusil

Para descansar de los soldados más lepras, el teniente nos mandó a la base militar de ISA. En la montaña, nuestra misión era prestar guardia en el día y en la noche. La base militar de ISA está incrustada en el cerro. El bosque de pinos y las garitas rodean el edificio desde donde se controla la red de interconexión

eléctrica. Al igual que las plantas hidroeléctricas del país, el edificio de ISA era permanentemente amenazado por la guerrilla. En el bosque, cada quinientos metros había un puesto de guardia. Las únicas compañías dentro de la garita eran la conciencia y el fusil. El medio para comunicarse era un radioteléfono. Cada hora se hacían reportes de novedades.

En las noches había que estar pendiente de la reja iluminada por lámparas. A mí me importaba un carajo que se tomaran las instalaciones de ISA. El compromiso, cuando prestaba guardia, era con mi garganta, no fuera que algún guerrillero alcanzara a violar la reja y, luego con sigilo, al treparse a la torre, me zanjara el cuello. En cambio, para el podrido ejército, mi vida costaba menos que una libra de sal. De llegar a ser emboscado, el coronel del batallón lamentaría el robo de mi fusil.

Soldadito de plomo

En las patrullas por el perímetro de la base de ISA no volví a molestar a la gente. No requisaba a nadie en los retenes y, a menos que el comandante de la patrulla me lo ordenara directamente, no detenía un carro para echarle un vistazo. En una oportunidad descubrí un conductor borracho. Lo bajé del carro, le escribí en un papel el teléfono de la base y lo empaqué en un taxi. Con otro soldado nos llevamos el carro y al día siguiente se lo devolvimos al señor. Había decidido no seguir el juego de los militares y su absurdo poder de mando.

Durante un retén descubrimos en la cajuela de un carro media libra de marihuana prensada. Cuervo y el Conejo se reían y se frotaban las manos. El cabo me ordenó llevar al sujeto a la base

y esperar allí hasta que acabara el retén para él mismo encargarse del «traficante». Todos sabíamos que el procedimiento adecuado era reportarlo a la policía. También sabíamos que, por lo general, con ese tipo de infracciones no pasaba mayor cosa. La policía se llevaba al tipo y al rato lo soltaban. Ya nos había pasado en otras ocasiones. Por eso el cabo decidió tomar la justicia en sus manos.

—No llamemos a los polis —me dijo— y mientras tanto dele una paliza bien hijueputa a este marihuanero, pa que aprenda.

Cuando el cabo volvió a la base, yo estaba fresco con el tipo. Sentados en el comedor, hablamos, tomamos tinto y fumamos Kool light.

El cabo me miró decepcionado. En ese momento llegó a la base militar de ISA una patrulla de la policía. El cabo se sentó a mi lado y me arrebató el cigarrillo. Se echó una calada y luego sopló con rabia el chorro de humo.

—Ay, Delgado —se lamentó—, usted no pasó de ser un soldadito, un soldadito de plomo.

Asentí y le pedí que me devolviera el cigarrillo. Cuando me lo dio, aún estaba entero. Lo tiré al piso y lo estrujé con la bota.

A la semana siguiente nos devolvieron al batallón y el 3 de diciembre de 1997 salí de esta prisión y estaba de regreso en mi cuarto, tirado en la cama, mirando mis casetes de Pink Floyd, Led Zeppelin y Black Sabbath, sabiendo que la próxima comida sería en el comedor de mi casa.

Un *marine* en tierra firme

Bolita de nieve

El sol calienta con rencor las vías polvorientas de Bagdad cuando una columna de 4 Hummers del ejército gringo se detiene. El sargento al mando quiere realizar requisas de control en Haifa, una de las principales arterias de la ciudad. Los soldados encargados de las ametralladoras calibre 50, ubicadas en el capó de los vehículos, cubren a los compañeros que dejan la protección del blindaje y salen a la calle. Cuando Mateo Cervantes salta del Hummer y corre hasta la esquina para asegurar el perímetro, desea que la ocurrencia de su sargento no dure mucho tiempo, y requiese rápido lo que vaya a requisar. La guerra en Irak está en su punto más crudo. Es enero de 2004 y el diciembre pasado capturaron a Saddam. La guerra de guerrillas se ha recrudecido. Un soldado americano en una calle de Bagdad es carne de cañón. Sudando y con el fusil apretado, Mateo mira nervioso a los ciudadanos iraquíes: el bigote de los hombres, las sandalias de las mujeres. Para Mateo, todos ellos tienen cara de terroristas. Cualquiera podría acercarse y explotar cerca, para matarlo o dejarlo mutilado.

Menos mal ya todo quedó atrás. Ahora estoy con Mateo en la sala de su tío mientras hablamos. Mateo Cervantes Uribe me dice

que el ejército de Estados Unidos lo incapacitó el año pasado por los ataques epilépticos que comenzó a sufrir producto, según él, de las múltiples bombas que detonaron cerca. «Las esquiras no me hicieron daño, lo que me afectó el cerebro fueron las ondas de las explosiones». Entonces pone en la mesita de centro un sartal de fórmulas médicas. «Estaba perdiendo el juicio tomando esas cosas», dice, «quería dejarlas porque ya no tenía epilepsia, pero en el ejército me obligaban a tragarlas, y por eso vine a Medellín donde mi tío y mi abuela, para poder dejarlas».

Cuando le pregunto cómo decidió enlistarse en el ejército, esto es lo que me cuenta: El 11 de septiembre de 2001, justo a la hora de los ataques terroristas, estaba en su colegio, en Long Beach. Las calles de Nueva York colapsaban por el pánico y el caos. Aun así, al día siguiente lo obligaron a asistir al colegio. Entonces llegó una delegación del ejército. «La guerra de Irak estaba planeada desde tiempo atrás», dice Mateo, «así como también la logística de reclutamiento parecía estar preparada, pues al día siguiente a los ataques estaban en mi colegio». Pero eso lo cuestiona ahora. Para entonces tenía dieciséis años y cursaba último año de bachillerato. Cuando dos militares ingresaron al salón, Mateo quedó embrujado. La fuerza y el orgullo de esos corpulentos hombres lo sedujeron. Los militares invitaron a los jóvenes a unirse a la tropa con un discurso de orden patriótico en el que se enaltecía el espíritu estadounidense, su libertad, su historia, su ejército, y se argüía la obligación de luchar en contra de los terroristas, de los enemigos de la nación. Pero Mateo estaba sordo. Lo único que le funcionaba eran los ojos para mirar a los militares y la imaginación para verse a sí mismo en camuflado, sosteniendo un fusil, trotando con cartucheras y botas, y cantando himnos militares. «Quería ser parte de los más guerreros», confiesa. Su incorporación al ejército estaba decidida.

En Long Beach Mateo vivía como inmigrante ilegal con su mamá, su padrastro y un hermano medio, hijo de ellos dos. Mateo era la mosca en la leche de la familia y su padrastro se encargaba de recordárselo a cada momento. Luego de terminar el bachillerato, las oportunidades se reducían a una: irse de la casa y trabajar en cualquier cosa, por cualquier sueldo. La única ventaja con la que contaba era su apariencia: blanco, rubio, de ojos azules y con un acento perfecto en inglés. De resto, su futuro era el mismo de cualquier inmigrante latino e ilegal. En esta situación, la guerra es una fábrica de empleo. Una tarde, sentado en el comedor con su familia, Mateo anunció el alistamiento en el ejército. Su mamá no dijo palabra y miró de reojo a su esposo. «¡Que se vaya!», dijo este con energía, y el asunto quedó zanjado.

Mientras Mateo me cuenta cómo fue su entrenamiento militar en Fort Benning, en Georgia en el año 2002, yo recuerdo cómo fue el mío en el Batallón de Policía Militar No 4, en Medellín en 1997. Sus historias son idénticas a las mías. El entrenamiento militar va en dos direcciones: mejoramiento físico y amoldamiento psicológico. Desde los primeros días, los reclutas no podíamos separarnos un segundo del fusil. Por eso trotábamos con él, hacíamos gimnasia con él, aprendíamos a manejarlo, dispararlo, desarmarlo y limpiarlo. Hacíamos fila con él, dormíamos cerca de él, comíamos con él. La idea es que uno asuma su manejo con naturalidad, con soltura. Finalmente, el fusil se vuelve una extensión del cuerpo; si no lo tiene a la mano, el soldado siente que le falta algo para estar completo; mejor dicho, es como salir a la calle sin las llaves de la casa.

Los reclutas se levantan temprano, corren todo el día, cantan todo el día y no comen durante todo el día. En pocas semanas están flacos y demacrados. Mateo me cuenta que cuando su mamá lo visitaba en la base, sus compañeros la miraban con

morbo exagerado. Más tarde, el comandante de instrucción se le acercaba. «Siempre era así», dice Mateo, «se me acercaba y me preguntaba cuándo le iba a presentar a mi mamá».

Lo fundamental en el entrenamiento es el lavado de cerebro. Los entrenan para obedecer. En el ejército se trata, sobre todo, de acatar y no de pensar. No es gratuito que, en los países democráticos, los militares no puedan pertenecer a partidos políticos y por ende tengan prohibido votar.

Mateo me relata uno de los castigos que imponían sus instructores. La pena se llama «la bolita de nieve». Consistía en obligar a los reclutas a levantarse a la medianoche, darse un duchazo, enjabonarse hasta el copete —hasta quedar como una «bolita de nieve»—, y salir a la plaza de armas, en chancas y empelotas, a trotar enjabonados. Durante el trote, la tropa canta y grita himnos de guerra. Mateo me canta un estribillo: «¿De qué está hecho el cielo? ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre roja y brillante!». Al terminar me pregunta si yo también cantaba en el ejército. «Pues claro», le digo, y le canto una rima que nos enseñó un sargento mientras nos obligaba a revolcarnos en un pantano: «Sube, sube, guerrillero, que en la cima yo te espero, con granadas y morteros tus ojitos sacaremos».

El castigo y el canto son ejes cardinales del entrenamiento: enseñan al recluta a encajar con obediencia en el rompecabezas militar. Con el castigo físico enseñan a obedecer. Y lavan el cerebro a punta de canciones. Por culpa de la infracción cometida por uno solo de sus miembros, por uno solo, el castigo se le aplica a la totalidad del pelotón. De esta manera el infractor queda doblemente señalado: primero, por los instructores que imparten el castigo; segundo, por los propios compañeros, pues por su culpa los han levantado en la mitad de la noche a trotar enjabonados. Rascarse la cabeza durante una formación, no llevar

las botas lustradas o no alisar la sábana del catre son motivos de castigo. Con la «bolita de nieve» se corrigen todos estos y otros deslices de la tropa. El soldado, además de aprender la disciplina, va asimilando la impotencia y con ella la rabia y la violencia, estados de ánimo muy provechosos para los comandantes que saben explotar estas reacciones en el campo de batalla.

Guerra étnica

El 7 diciembre de 2009 cinco atentados terroristas ocurrieron en diferentes puntos de Bagdad que dejaron 127 muertos y más de 400 heridos. Según explicaron los medios de comunicación, se trataba de ataques efectuados por el grupo terrorista Al Qaeda y el partido ilegal Baaz, que reúne a los simpatizantes del otrora líder Saddam Hussein. Los atentados podrían tener dos explicaciones: la primera, el anuncio de celebrar elecciones generales el próximo 7 de marzo; la segunda, la subasta de contratos petroleros pactada por Estados Unidos. Actualmente existen en territorio iraquí diez yacimientos de crudo sin explotar.

Estos y otros atentados terroristas demuestran que, a pesar de los esfuerzos por consolidar un gobierno central, la estabilidad del país no está cerca, en especial a causa de los viejos conflictos entre las principales etnias del país. En Irak hay dos etnias religiosas: chiitas y sunitas, una diferencia importante pues son las dos ramas que dividen al islam. Los chiitas representan el brazo más ortodoxo musulmán y su poder proviene de Irán, donde son mayoría. Por fuera de Irán, los chiitas permanecen en constante amenaza. En el caso de Irak, el sesenta y cinco por ciento de la población es chiita, pero hasta la caída del régimen

el control estatal lo detentaba un sunita, Saddam Hussein. Para mantener el control, Hussein ejercía una constante represión sobre los chiitas. Las rivalidades entre ambas etnias han llegado a puntos críticos. Los bandos en la guerra entre Irán e Irak en los ochenta fueron precisamente los chiitas en Irán y los sunitas en Irak.

Una de las represiones más feroces que sufrieron los chiitas iraquíes sucedió al finalizar la guerra del Golfo. Cuando la mayor parte del ejército iraquí quedó destrozada en 1991 y las fuerzas de la coalición, lideradas por Estados Unidos, lo obligaron a salir de Kuwait, los líderes de la oposición chiita iraquí pensaron que había llegado la hora de su revancha y que podían derrocar a su presidente con la ayuda de la coalición. Se produjeron levantamientos y revueltas en el interior del país. En respuesta, Hussein aplastó la rebelión popular contra su régimen, utilizando los restos de su diezmado ejército. Fue una carnicería humana a los ojos indiferentes de las tropas internacionales, que se dieron vuelta en la frontera y regresaron a Kuwait. Si la coalición no siguió avanzando hasta Bagdad ello se debió, según argumentaron los estrategas y políticos en su momento, a que temían que Saddam se defendiera del ataque con armas químicas.

Entre tanto, la rivalidad entre chiitas y sunitas iba en aumento. Saddam Hussein se rodeó de personas de su más alta confianza porque sabía que la venganza chiita se calaba con fervor. A este peligroso caldo étnico hay que sumarle el componente kurdo. Los kurdos son un pueblo sin un estado propio, diseminado en el suroeste asiático entre Irán, Irak y Siria. El norte de Irak es mayoritariamente kurdo, que es sunita, como lo era Hussein, pero en vista de la negativa del gobierno iraquí a proporcionar un territorio propio, los kurdos fueron sus enemigos. En la guerra irano-iraquí las guerrillas kurdas se

aliaron con Irán y al final de la guerra del Golfo Saddam también sofocó su levantamiento con violencia.

Si en la época de Saddam los sunitas detentaban el poder congregados en el partido Baaz desde los edificios estatales, en la actualidad están replegados en guerrillas, apoyados por Al Qaeda y ejecutando atentados terroristas como los sucedidos el pasado 7 de diciembre de 2009.

Pelotones de reacción rápida

Mateo Cervantes vive en el barrio Belén La Nubia, en el occidente de Medellín. Sentado en uno de los muebles de la sala de su casa, sigue el relato. Me cuenta cómo era la vida cotidiana en la guerra. Con veintiún años, formaba parte de los Quick Reaction Force, QRF, pelotones de treinta marines que cumplían misiones de reacción rápida en Irak. Si una granada de mortero enemigo impactaba en la base, los artilleros hacían sus cálculos y entregaban al comandante del QRF una coordenada para que él y sus hombres se dirigieran al lugar del hostigamiento. Entonces sonaba una alarma, y si el marine Cervantes y sus compañeros de pelotón estaban comiendo, de inmediato dejaban los platos a medio camino para colgarse su armamento y salir disparados en los Humvees. Mateo pertenecía a esta fuerza especial de infantería gracias su currículo: entrenamiento básico de tres meses y medio en la base militar Fort Benning en Georgia, cinco meses en el paralelo 38 de Corea, una primera estadía en Irak de siete meses, curso de paracaidismo en dos meses y medio en una base de las fuerzas aéreas en Estados Unidos y de nuevo «a la mierda», dice con un dejo de orgullo, «de nuevo a la guerra

como un verdadero soldado de infantería en los QRF, pues solo el dos por ciento del ejército es parte de la infantería, o sea, los que van al frente de batalla», asegura, queriendo recalcar que eran los más valientes.

Además de las reacciones rápidas, los QRF tenían órdenes de realizar chequeos en la población y sobornar iraquíes en busca de información útil.

En una oportunidad, el convoy de Mateo salió en busca de un poblado donde, según informantes, había canecas con *rockets* y fusiles. Cuando llegaron a las casuchas asentadas en el desierto, no encontraron más que a una mujer sentada con prendas negras de pies a cabeza. Era un pueblucho fantasma. Los únicos habitantes eran la mujer y un calor de infierno. Los soldados rodearon el lugar y el comandante de la columna fue donde la mujer, acompañado por el intérprete iraquí adjunto, un tipo delgado, vestido a lo paisano iraquí, con una pistola al cinto. La mujer no dijo una sola palabra, a pesar de que intentaron hacerle soltar aunque fuera un movimiento de cabeza. Se mantuvo sentada, mirando el horizonte pesado y chispeante de calor. El intérprete le dijo al comandante que por lo que veía, esa mujer odiaba a los estadounidenses. Los hombres escudriñaron las casuchas. En una de ellas, en el piso de tierra amarilla, encontraron la entrada a una caleta, un hueco estrecho por el que se ingresaba a un pequeño túnel donde debían estar escondidas las armas. Como ninguno de los soldados podía pasar por el hueco, el comandante ordenó llamar al más delgado: Mateo Cervantes. Mateo se quitó el armamento e ingresó por el oscuro hueco, aún a sabiendas de que podía tratarse de una trampa. Aparte de la linterna, su única protección era la pistola 9 mm que el comandante le prestó y los lentes transparentes con los que se cubría los ojos del polvo del desierto. Cuando bajó, vio en

el fondo sombrío unas canecas. Mateo miró el piso y las paredes oscuras del túnel y dudó un momento en dar un primer paso. Podría pisar una mina. Azuzado como un perro de caza por su comandante, Mateo comenzó a avanzar a tientas. Cuando llegó hasta el botín, comprobó que se trataba de un cargamento con fusiles Kalashnikov. Luego salió a dar aviso. La única precaria trampa en el interior del túnel eran tres anzuelos de pesca colgados del techo dispuestos para engarzar ojos enemigos. Cuando Mateo caminaba por la oscuridad, los anzuelos chocaban contra las gafas transparentes y luego resbalaban por el casco. Cuando estuvo fuera del túnel, su sargento lo felicitó y exhortó a los demás a ser buenos soldados, como Cervantes.

Inestabilidad en Irak

Con la caída del régimen de Saddam Hussein, en marzo de 2003, llegaba la revancha de los chiitas, iraquíes y kurdos. Lo que siguió a continuación fue el proceso de la reconstrucción de Irak y la búsqueda de la estabilidad política. Lo que se quería era un gobierno democrático, de carácter laico, que redujera el peso de lo religioso en lo político y con representación de las principales etnias y creencias del país. Pero este proceso de normalización estuvo marcado por numerosos episodios de violencia y ataques terroristas realizados por la resistencia sunita. En agosto de 2003 se perpetró un atentado contra la sede de la ONU en Bagdad. En Najaf, ciudad santa chiita, un atentado terrorista acabó con la vida del ayatolá Muhammad Baqer al Hakim, personaje de gran importancia en la comunidad chiita iraquí. Con él murieron otras cien personas. En octubre de ese mismo año cinco carro-

bombas estallaron en Bagdad, causando más de 35 muertos y 200 heridos. A Saddam Hussein lo capturaron en diciembre de 2003 y lo pusieron a disposición de las autoridades interinas, quienes se comprometieron a procesarlo por crímenes de lesa humanidad. El conflicto interno crecía en intensidad. La guerra de guerrillas estaba en su peor momento. En enero de 2005 asesinaron a Alí al Haidari, gobernador de Bagdad. Entre tanto, se celebraron elecciones populares para el 30 de enero de 2005. El aparato legislativo, llamado Asamblea Nacional, la ocuparon chiitas en su mayoría, con 128 de los 275 asientos disponibles. La segunda fuerza política, representada por la coalición de los principales partidos kurdos, obtuvo cincuenta y tres escaños. Por su parte, los sunitas acudieron a las urnas y ganaron cuarenta y cuatro diputados. En estas elecciones adquirió una especial importancia el hecho de poder incorporar a los sunitas a la normalización institucional del país. En agosto de ese mismo año más de mil personas perdieron la vida en una peregrinación chiita en la capital, al desatarse el pánico por el rumor de que terroristas sunitas perpetrarían una de sus acciones suicidas. El 22 de febrero de 2006 un atentado destruyó, en Samarra, la cúpula dorada de la mezquita de Al Askari, uno de los principales santuarios de los chiitas iraquíes. Las represalias contra los sunitas de Saddam se desataron de inmediato, iniciándose una gravísima espiral de violencia entre ambas comunidades religiosas. El país se sumergió en una guerra civil. El 30 de diciembre de 2006 ejecutaron a Saddam Hussein en la horca, en Bagdad, dando cumplimiento a la sentencia del alto tribunal que lo juzgó. La condena se le impartió por la muerte de 148 chiitas en 1982. La reacción de la resistencia no se hizo esperar: el 22 de enero de 2007 un doble atentado con carro-bombas en Bagdad segó la vida de cien personas.

En el ejército se hacen cosas muy feas

El 30 de diciembre de 2005 el convoy al que pertenecía Mateo fue víctima de una emboscada. En el momento en que patrullaba las calles, una mina casera IED —*improvised explosive device*— estalló cerca de uno de los Humvees. Los soldados reaccionaron saltando de los carros y protegiéndose, pero no encontraron un objetivo a dónde apuntar. El resultado del atentado fue un soldado muerto: Jonathan Pfender, el mejor amigo de Mateo en el ejército. Pfender estaba expuesto al fuego enemigo, a cargo de la ametralladora calibre 50 en la torreta del vehículo, cuando explotó la mina. Las esquirlas lo mataron al penetrarle en el rostro y el cerebro. Mateo sufrió un gran golpe moral. Me dice que desde ese momento empezó a dudar de su permanencia en el ejército. Él tiene tatuada esa fecha fatal en la muñeca de la mano izquierda: 30/12/05.

Cuando le pregunto cuántas personas mató en la guerra, me contesta con vaguedad:

—Maté a varios —dice.

—¿Y cómo fueron esas muertes? —le pregunto.

—En combates y escaramuzas con las milicias de los fedayines —contesta—, soldados al mando de Uday Hussein, el hijo de Saddam.

La muerte que más recuerda Mateo es la de una mujer. Patrullaban en una calle cuando de repente, de la nada, salió una mujer en dirección de los soldados. Llevaba chanclas y túnica verde oscura. Le ordenaron detenerse, pero ella hizo caso omiso. El comandante de la patrulla le gritó a Cervantes: «¡Dispare, soldado, dispare!», y Mateo, obediente, alzó el fusil y le pegó dos tiros en el pecho. Luego comprobarían que era una campesina

y que no tenía bombas en el cuerpo. «Cuando acabamos de patrullar y llegamos a la base todos me daban palmaditas en la espalda: «¡Bien!, ¡bien!», le decían sus compañeros, «eres un buen soldado».

Entiendo lo que me quiere decir: todos en la base intentaban echar tierra a los actos de cobardía con felicitaciones y saludos. «Me siento mal, muy mal», me confiesa, «me siento sucio, avergonzado porque en la guerra se hacen cosas muy feas». Un mes antes de nuestra entrevista Mateo envió un mensaje en un foro iraquí en inglés, en internet, donde ofreció disculpas por este y otros crímenes. «¿Cuáles más, aparte de esta mujer?», le pregunto empujado por la curiosidad. Entonces me mira desconfiado: «No te los voy a decir».

Desorden en la ocupación militar estadounidense

Aunque las viejas disputas étnicas fueron un potente motor de violencia en Irak, otro factor que agravó la situación fue la manera en que el ejército estadounidense asumió el liderazgo en el país luego de la caída del régimen de Saddam Hussein en 2003. El reportero Jon Lee Anderson lo explica en su libro *La caída de Bagdad*, cuando entrevista al ingeniero Muayed al Musli en los suburbios occidentales de Bagdad, en abril de 2004. El ingeniero le dice a Anderson que «transcurrido un año de ocupación, tanto sunitas como chiitas estaban hartos de las humillaciones de los americanos». La entrevista entre Lee Anderson y el ingeniero tuvo lugar en una mezquita donde se habían dado cita los ciudadanos iraquíes de ambas etnias para hacer donaciones de comida y medicina. La ayuda iba dirigida a Faluya. Allí la resistencia

combatía a los estadounidenses, que mantenían sitiada la ciudad. En palabras del ingeniero: «Todos los iraquíes odian a los americanos, sunitas y chiitas tienen un enemigo en común». Anderson relata los atropellos que cometían los marines contra la población civil, en muchos casos a causa del desconocimiento de la cultura. La casa es el lugar más sagrado para los musulmanes y sus mujeres su posesión más preciada. Cuando los soldados ocupaban edificios y escuelas apostaban centinelas en el tejado. «Esto enfureció a los lugareños», continúa acusando el ingeniero, «pues significaba que los soldados podían fisgar en los patios privados de sus casas y espiar a sus mujeres e hijas». Pero en otros casos los abusos se hacían en forma premeditada. Los soldados tiraban abajo las puertas de las casas, robaban, molestaban a las mujeres con obscenidades y amenazaban poniendo una pistola delante de las narices. En *La caída de Bagdad*, Anderson cuenta cómo los iraquíes sentían que Estados Unidos los había engañado. Si ya habían derrocado a Saddam y no habían encontrado las supuestas armas de destrucción masiva, ¿por qué no se iban del país? «Los iraquíes son orgullosos y no quieren que los extranjeros vengan a gobernar», remata el ingeniero. Todos pensaban que en realidad Estados Unidos había armado la guerra por el petróleo y no por otra cosa. La hipótesis que tenían los iraquíes era que los estadounidenses querían dividir a sunitas y chiitas. En la medida en que esa rivalidad se reforzara, Estados Unidos tendría una excusa para permanecer más tiempo en el país. En vista de esto, en abril de 2004 se habían reunido ambulancias y camiones con donaciones realizadas por personas de ambas etnias para prestar ayuda a la resistencia que combatía contra los estadounidenses en Faluya.

Mateo en tierra firme

Hoy ya todo quedó atrás para Mateo y ahora está contándome la historia en la sala de la casa. Aunque es colombiano, se educó en Estados Unidos y hace diez meses vive en el barrio Belén La Nubia, donde su abuela paterna, porque no quería volver a la casa de su mamá y de su padrastro. Mateo ahora tiene veinticuatro años y vive en su tierra natal, y además de ser profesor de inglés, camina por las calles girando la cabeza con cada mujer bonita que se cruza. Ahora duerme a pierna suelta sin que nadie venga a levantarlo a gritos y puede sentarse al comedor con su familia sin que ningún teniente le controle las visitas. Ya puede darse una vuelta por los pueblos de oriente, comer fresas con crema, montar a caballo y respirar con tranquilidad sin el fusil en las manos. Lo mejor es que tiene el cuerpo completo, no le falta ningún brazo, ninguna pierna. Mateo Cervantes está a salvo.

Al siguiente encuentro vamos a ver las fotos en un café, pues en la casa de su abuela no hay computador. Cuando llego al café, Mateo me sonríe con su cara de gringo y estira la mano. Lleva boina de sonero cubano, lentes de aumento y una mochila tejida, cruzada por el pecho. No tiene asomo de haber sido un soldado. No es alto ni corpulento. Por el contrario, parece un Kurt Cobain con gorra y mochila: tenis sucios, pantalón suelto, barba amarilla y desarreglada. Tal vez con su actitud quiere camuflarse y olvidar todo ese infierno de guerra. Eso es lo que pienso cuando lo veo, que quiere pasar por alto la sangre de campesinos iraquíes que le mancha las manos. Estoy pensando en esto cuando nos cruza una muchacha con las caderas anchas. Mateo se petrifica, mirándola con verdadero morbo.

Entramos al local y nos metemos en una cabina. En unas fotos luce orgulloso: de pie, ríe y posa empuñando su fusil M-16. En otras está sentado, mirando el piso y decaído. En las fotos se nota el conflicto entre sentirse orgulloso y a la vez apenado. Finalmente supo la tontería de poner en riesgo su vida en una guerra ajena, «una guerra de políticos viejos», dice Mateo, «porque la guerra no es de los jóvenes».

Más tarde nos vamos a una tienda. Pedimos cervezas y cigarrillos. Ahora puede tomarse su cerveza con la tranquilidad de la tardecita y fumar con calma su cigarrillo. Él es un marine en tierra firme. Su espacio físico no es una base militar, es una casa de familia. Mateo se ha salvado, ha regresado con los ojos nuevos y el cuerpo entero, sabiendo que muchos de sus compañeros volvieron sin piernas o sin brazos, cuando no envueltos en una bolsa negra. Para esquivar el insomnio, todas las noches se fuma un porro de marihuana. Solo de esta manera logra relajarse y dormir. Los explosivos callejeros que hacen estallar los muchachos del barrio en estas festividades decembrinas son su pesadilla, tanto así que ha llegado a tirarse al suelo cuando escucha las detonaciones.

La tarde es fresca y el cielo es de color azul rey de diciembre. En Medellín estamos de fiesta. Una chica llega a la tienda acompañada de un perro café de raza labrador. Mateo le hace caras al perro y no a la chica. Ella está pasada de peso. Entonces él me dice que quiere tener una finca para tener dos perros y un gato. «Quiero vivir sin tener que pagarle a nadie». Se inclina y le habla al perro con pucheros, como si estuviera hablándole a un bebé. Me parece imposible que una persona tan frágil haya sido voluntaria para la guerra. Pero sé que en realidad esconde a un hombre rabioso y tímido que guarda recuerdos que lo avergüenzan, que le carcomen la conciencia y lo anclan

en el remordimiento, recuerdos que se distorsionan, alargan y recrudecen, en los sueños de pesadilla con imágenes de su amigo Pfender con la cabeza destrozada; recuerdos que vuelven en las noticias televisadas, en las que anuncian que en Bagdad han hecho explotar cinco carro-bombas en diferentes puntos de la ciudad, matando e hiriendo a multitud de civiles y militares estadounidenses. «No volví a ver ningún noticiero... Allá todavía están mis amigos y esos campesinos iraquíes».

Nos paramos de la tienda, ya pagadas las cervezas, y caminamos. Cuando le hago saber mi impresión de que con esas gafas y esa gorra no parece haber sido un soldado, entonces saca pecho e intenta caminar con la columna erguida. Se quita la gorra con una mano y con la otra se saca los lentes. Ahora camina pavoneándose. Se ve ridículo con esa falsa rigidez. Lo miro y me provoca soltar la carcajada. Me parece que está bromeando y está burlándose de los soldados, caminando derecho, con rigor y aspereza. Pero como no estoy seguro de su broma, entonces contengo la risa. Luego de avanzar un poco más me doy cuenta de que está intentando parecer fuerte de verdad y que el asunto no es para reírse de nada. Está completamente serio, intentando convencerme de haber sido un soldado de infantería de Estados Unidos. Entonces descubro en vivo y en directo su ingenuidad. Si a Mateo lo provocan, es capaz de cualquier cosa.

Para cambiar de tema le pregunto si se siente más estadounidense que latino. Contesta que no quiere tener una bandera en la cabeza, «una bandera significa un gobierno», dice, y continúa hablando, colgándose las gafas y la gorra. Entonces vuelve a torcer la columna, esconde el pecho y recobra su paso relajado. Veo de nuevo al Kurt Cobain de antes: «Un gobierno es un presidente y yo no quiero ser asociado a ningún presidente». De nuevo es la persona sensata de hace unos minutos. Mateo

chupa con hondura su cigarro mientras camina. «No sé cómo pude ser tan tonto y que la tontería me durara tanto tiempo», y vuelve a chupar del cigarro. El calor, la sed y el miedo están en otro lado y no aquí al lado de su abuela, con los frijoles paisas y la tranquilidad de su barrio. Toda experiencia de dolor es una experiencia mística. Debe estar pensando que Medellín es un paraíso y que a Estados Unidos no vuelve «ni loco, ni loco», repite.

Coperas

Durante la noche, sentados en el bar Hollywood, Juliana no ha dicho mi nombre. No me dice Andrés sino papi, y cada que me dice papi yo floto en los espacios misteriosos de mi ser. Andrés es el nombre del esclavo que obedece las órdenes del mundo. Papi es un cuento de mil y una noches.

Al frente de nuestra mesa está la pista de baile. Los cuerpos de las parejas que bailan *Me recordarás*, aunque me vaya me recordarás, son cruzados por rayos de colores. La música truena, las parejas sonríen y el barman sirve un trago en la barra. Me recordarás, aunque me vaya me recordarás.

—Venga bailemos —y Juliana taconeando por entre las mesas, arrastrándome de la mano como a un hijo bobo.

Me sube una bomba de sangre a la cabeza. Por favor, voy a pisarle los pies. Las parejas quiebran cintura y la bola de espejos despide rayos en todas las direcciones. Me recordarás, aunque me vaya me recordarás. Será cuestión de los tragos, pero la música comienza a gustarme. Juliana me dice que por favor no le mire tanto los pies. Me avergüenzo y levanto la frente. Me sonrío, tan linda, y su gesto restablece mi confianza. Mi nariz llega a su coronilla, aunque Juliana tiene tacones. Su rostro afilado me gusta, pero ese pequeño lunar redondo al borde de su labio me hace pensar en algo siniestro.

—No mueva tanto los hombros —y su aliento fresco a Chiclets Adams me golpea en la cara.

Pleno ajetreo de la calle Bomboná entre Junín y Palacé, a las siete de la noche. La comida callejera chirrea en la grasa mientras se levanta un vapor feroz desde las planchas de asaduras. Mientras espero mi tarrito de intestino, asado liquido, una butifarra. Mastico ansioso, pensando dónde carajos gastar mi viernes. Me tortura la pregunta de los desesperados: ¿A quién llamo?

La congestión de la calle se revuelve con aire orgánico. Voceadores de buses y almacenes de cachivaches. Gente, colectivos y taxis. Pitos, semáforos. Una carreta hasta el tope con una pirámide de mangos amarillos. Al frente, un marco en media luna con luces de *striptease*, muy distinguido. Seré pendejo. Lo que necesito es un ron despachado con cerveza mientras miro viejas empelota.

El bar Hollywood es una caverna roja y mineral, estrecha y larga como cualquier cueva. Al fondo están la barra y la pista de baile. Truena una salsa de Marc Anthony: «Qué precio tiene el cielo, que alguien me lo diga». No hay barra de *striptease* ni tarima. Estoy desubicado y dudoso. Desde el fondo oscuro me mira un cúmulo de ojos intimidantes, así que no hay de otra que gastarse una cerveza. Avanzo muy despacio por el pasillo. Así debe ser el infierno: largo, estruendoso y rojizo. No sé dónde sentarme. Este infierno tiene ventiladores y mujeres que cuchichean en las mesas y me miran como colegialas; las coperas.

Por fin me siento. En la mesa hay un tarro rojo cuya función no entiendo. Las otras mesas también lo tienen. ¿Será un cenicero? ¿O un tarro para las propinas? Viene una pelada que sonrío y pregunta qué quiero tomar.

—Una Pilsen —y yo también le sonrío—, bien fría, si es tan amable, y un ron doble.

Su calidez y disposición me hacen sentir cómodo y tranquilo.

—¿Usted cómo se llama? —le pregunto.

—Julianaaa —y me mira.

—¿Se quiere sentar conmigo, Juliana?

—Ya vengo, pues, para que conversemos un ratito —y taconeando en dirección a la barra.

Un afiche: «Prohibida la entrada de armas». La pelada llega con mi pedido, abre la cerveza y echa la tapa en el tarro. Para ella ha traído una cerveza Clarita que también destapa frente a mis ojos. La desconfianza en estos sitios es por el licor adulterado. ¿Pero el trago de ron? Espero que en dos horas no quede envenenado y ciego. El ron me destapa las vías respiratorias y lo bajo con un buen trago de cerveza.

A nadie parece importarle que esté bailando con Juliana. Durante el primer minuto bailamos en un par de baldosas. Cuando vamos de nuevo en el coro, Juliana toma la iniciativa y me empuja en un paseito por la pista. Me recordarás, aunque me vaya me recordarás. Dejarse jalar por una mujer en un baile es de lo más incómodo. En la palma de la mano siento el michelín

blando de su cintura. Juliana es trocita y chiquita. Y dice que come poquito. Le amaso el gordito, que me relaja y a la vez me provoca. En un acto reflejo me atrevo a seguir la letra de la canción.

—Ay, usted canta muy lindo —me dice al oído.

Me siento halagado y aspiro con ganas. Su cuello huele a una mezcla de champú, cigarrillo y sudor. Sigo amasando su michelín y un impulso me recorre el espinazo. Menos mal acaba la canción y consigo zafarme.

Llega un señor con la camisa rota en el hombro y con todo el carácter nos extiende una caja con cigarrillos y chicles. Desatendemos. Otros nos han ofrecido relojes, gafas de sol, chocolatinas y billetes de colección. Ya vamos por el tercer trago y me pica la curiosidad. El dinero que gana cada noche proviene de tres partes. La primera es el sueldo, la plata que se obliga el patrón: \$20.000 los días flojos, de lunes a miércoles, y \$25.000 de jueves a domingo. El sueldo de copera está asegurado cada noche, bien sea que se venda la faena o se pase en blanco. La segunda fuente son las propinas de los clientes, que van desde \$2.000 hasta \$40.000. La tercera entrada, el atractivo del trabajo, son las fichas recogidas. Por cada cerveza Clarita que se beba, la pelada reclama al barman una ficha equivalente a \$1.000. Al finalizar la jornada se contabiliza y se liquida lo recogido. La mecánica del trabajo consiste en que el cliente pida lo suyo y Juliana una Clarita. A lo largo de la noche las meseras taconeán por los pasillos con un monederito en la mano, el botín de su pequeño tesoro de fichas.

Dice Juliana que la quincena pasada tuvo una buena noche. Ganó \$85.000: los \$25.000 de sueldo, propinas por \$30.000 y treinta y cinco fichas en su carterita. ¡Carajo, eso es mucha cerveza!

—Pero uno se acostumbra. Además, mi tía me enseñó a tomar una copita de aceite de ricino; así se aguanta la beba.

La tía me queda sonando.

—De todas maneras, una llega todos los días prendida a la casa, cuando no es borracha.

Ahora suena un despecho de Darío Gómez. Prefiero estar solo que mal acompañado. Nuestro vecino bebe aguardiente y manotea. Escupe al piso y se limpia la boca con amargura. Sostiene una bolsa plástica engrasada con la que señala a las peladas del fondo.

—Es todo lindo ese señor —me dice Juliana.

«Y si de amores por ahí alguien te menciona, nunca le digas que tú fuiste mi mujer». Una de las peladas, tal vez la más flaca de todas, llega donde el señor: *short*, ombliguerita, abdomen plano y rostro duro. Mientras fuma, mete la mano en la bolsa extendida por el señor, extrae un buñuelo y le pega un mordisco. De regreso a su mesa mastica y le da una calada a su cigarrillo. Este trabajo no es fácil. Se bebe mucho y se come poco o nada. Otras peladas pasan por su buñuelo donde el señor.

—Siempre nos trae comida —me dice Juliana—. ¿No es muy lindo el señor?

Los horarios varían según el turno. El diurno va desde las diez de la mañana hasta las siete de la noche y el nocturno desde las seis de la tarde hasta las tres o cuatro de la mañana.

Los martes son el peor día porque incluso los lunes llegan a ser buenos cuando los clientes están de farra desde el domingo y se lamben también la mañana del lunes hasta quedar abatidos.

Pero no solo se gana con las Claritas. Un guaro, un trago de ron, también generan una ficha de \$1.000. Pero Juliana prefiere la cerveza porque así aguanta más, así se vea obligada a ir continuamente al baño. Pide cerveza hasta que el cliente le ofrece media de ron o de guaro para los dos. Y tiene que aceptar. Con este pedido se gana seis fichas de un tajo. La idea es despachar la media lo más pronto posible para volver a pedir. Con toda razón a Juliana la cerveza le pasa como un jugo.

Los tragos ya me tienen cantando «yo no sé por qué borracho te recuerdo». Le pido a Juliana que me muestre una de las fichas que se ha ganado esta noche. Mientras agacha la cabeza y esculca su monederito, espero ver una sofisticada ficha de casino. Me muestra un botón para camisa elegante.

—Pero estos botones son fáciles de conseguir —le digo pensando en un fraude—, son como a \$20 cada uno.

—¿Pero de estos rayaditos? —me contesta desafiante—. ¡Vaya, pues, consígalos!

Le pregunto a Juliana si le provoca un tarrito de chunchurria.

—¡Pues clarooooo!

La dejo en la mesa y salgo al agite de la calle. Cuando estoy de regreso se lo extiendo y me mira agradecida y feliz, entonces guarda en un papelito el chicle que está masticando.

—¿Quién te metió en este rollo? —le pregunto.

—Mi tía.

Me cuenta que la tía tiene un puesto de hierbas en la Minorista. Un policía que le compra baños de la suerte fue quien hizo el puente. No fue fácil. Cuando el puesto resultó, la tía aconsejó a Juliana: tenía que aprender a conversar con los clientes, entretenerlos, ser bien confianzuda, sacarlos a bailar, obligarlos a beber, ajustarse las tiras del brasier en su presencia. Simular componer las copas y aprovechar para tocarse ella misma es un truco que siempre funciona. Darles piquitos, dejarse tocar comedidamente.

Para sacar una pelada del bar el cliente tiene que incurrir en tres gastos: el motel, la multa del bar y el precio de la chica. Una habitación en un motel de combate en una de las zonas más sórdidas, por Carabobo o Tejelo, se consigue por \$10.000 la hora o \$15.000 toda la noche: sábanas traslúcidas y paredes en ladrillo pelado. El tope mínimo para sacar del turno a una mesera arranca en \$30.000 y puede subir hasta \$80.000. Todo depende del tipo de cliente: de su pinta, de lo que haya tomado, de la propina. Depende del día, de la hora, de las ganas que el sujeto demuestre, del ánimo de la patrona. La patrona es como una suegra entre mala leche y alcahueta, pues es ella quien cobra la multa del bar. Depende también del tiempo: una hora, dos, el resto de la noche. Depende de las deudas, del arriendo, de los servicios públicos. Y depende, sobre todo, de la cantidad de fichas recogidas. El cuadro también depende del hambre que se tenga.

Son las 9:30 de la noche y Juliana me coge la mano y me obliga a mirarla. Hago un esfuerzo para no sucumbir al plan depredatorio. Es el aliento suyo, el de verdad; el aliento natural de la noche en el bar. Juliana cierra los ojos y acerca su rostro. Dicen que las coperas ayudan a lidiar con el peso del mundo. Si esto es cierto, Juliana comienza a levantarme.

En misa con una trabajadora sexual

La sopa de ahuyama más sabrosa del mundo se sirve en la calle Boyacá los jueves al medio día, en el restaurante Kaserol. Lo digo yo, que no he podido superar el terror infantil de enfrentarme a un plato de ese espantoso potaje amarillento y concentrado. El truco está en la crema de leche que flota en la superficie humeante y en el ripio de papas fritas. Cada cucharada es exquisita y crocante. Es la 1:10 de la tarde, el restaurante está a reventar y las meseras van y vienen despachando pedidos. Conmigo está Tatiana, una preciosa chica que se prostituye en el atrio de la iglesia de La Veracruz y que aceptó venir a almorzar conmigo. Tatiana traga la sopa con voracidad animal y me mira feliz con sus ojos grandes y ese destello especial que he visto en otras chicas que viven minuto a minuto.

Hace un momento, en el bochorno de la plazoleta de La Veracruz, me topé con los ojos seductores de Tatiana. Estaba de pie y esperando cliente en el paredón blanco de la iglesia. Cuando me ubicó, bajó la mirada y volvió a subirla, pero esta vez apuntándome con el rifle de cazadora. Conozco ese atrevido gesto: mirar de frente, bajar la mirada un segundo para volver a clavarla con intensidad carnal. Amanda, una novia hermosa y sensual, me retenía cada vez que lo usaba. Ahora que lo pienso, quizás lo aprendió en la iglesia de La Veracruz.

Me acerqué a Tatiana muy prevenido. No supe qué decir. Fue un segundo espantoso. Ella sonrió y los ojos le brillaron. Vestía una blusita de tiras, jean y la piel tostada por el trabajo al sol. Tenía el cabello negro y una rosa roja prendida en la oreja. «¿Usted cómo se llama?», preguntó y tendió la mano. Su tranquilidad hizo que me importaran un carajo las miradas envidiosas de sus compañeras. «¿Usted dónde vive?», preguntó y yo no dejaba de mirarle los ojos destellantes. Ella estaba encantada. Con toda naturalidad me fue soltando: «¿Vamos a la pieza?». Tragué saliva. «¿Y cuánto vale?». «Veinte mil y me puede echar dos», me contestó sonriente. Sus labios tenían un rojo barato, rojo de flor en su pelo. Yo dudaba. «Soy muy aseada y paciente, mi amor, yo no lo acoso». «¿Y cuánto vale la pieza?». «Ocho mil y nos podemos quedar el rato que queramos, dos horas». «¿Y el condón?», pregunté. «A mil y allá lo venden; hay baño y televisor». Carraspeé. No sé cómo diablos le dije: «Y si son dos, ¿qué hacemos entre uno y otro?». «Mientras tanto nos acariciamos y vemos películas». Hablaba con la ternura que despiertan la soledad y el hambre. «¿Ya almorzó?». «No, mi amor, no he almorzado». Sin decirle nada más, la cogí de la mano y ella se dejó llevar. Caminamos hacia Junín, al Kaserol, a comer esta sopa de ahuyama.

En el restaurante le digo que quiero ir con ella a la iglesia de San Benito. Tatiana se ríe. «Es para un reportaje», le explico. «¿Y no quiere ir a la pieza?». «No sé, ahí vemos». La idea que tengo es pasear con ella un rato por Boyacá. «¿Y cuánto me va a cobrar por acompañarme?», le pregunto. «Lo que usted quiera, mi amor, pero me paga ya». «Okey», y le extiendo \$20.000. «Es una profesional», pienso. Terminamos con la sopa y nos sirven »morrillo borracho« —carne bañada en vino—, ensalada, arroz, tajada de maduro, papitas fritas, «chopsuí». No me atrevo a preguntarle por sus antecedentes. Tatiana debe tener unos veinte

años. La idea es estar con ella sin preguntar. Cuando dejamos los platos sin un arroz, Tatiana ve la cuenta por \$16.200 y abre los ojos: «Jueputa almuerzo tan caro».

Salimos del restaurante al enjambre de vendedores ambulantes que hay en Boyacá, al lado de la iglesia de La Candelaria, en dirección al Parque Berrío. A la derecha hay tenderetes infestados de lociones, relojes, repuestos para el control remoto, libros, calcetines, correas y lentes de sol. A la izquierda, cerros de películas piratas. Tatiana y yo ojeamos despacio, cada uno en lo suyo, como si fuéramos turistas. Me voy a ver porno: jovencitas, anal, maduras, gais, prenatal, pies, faldas, profesoras, enfermeras. Un feligrés sale de la iglesia dándose la bendición y queda embrujado por un culo que sostengo en DVD. El hombre despierta del hechizo y se larga apenado. Una copia cuesta \$2.000, pero si llevo tres me cobra \$5.000. Tatiana me descubre alelado con una deliciosa jovencita desnuda y me hala de la mano. «¡Vamos pues, o se va a quedar ahí viendo esas cochinadas!».

Entramos a La Candelaria. El cambio es inmediato: afuera el bullicio, adentro la calma. Tatiana se persigna y pone cara muy seria. Las palabras del cura retumban en la cúpula. El ambiente de la iglesia me relaja. La iglesia de La Candelaria es la más vieja de Medellín. Tatiana mira a lado y lado, como si estuviera en otro mundo. Vemos a la virgen de La Candelaria. Una virgen negra, como el niño Jesús churrusco que sostiene en los brazos.

A la salida aprovecho para preguntarle si se siente en pecado. «No porque yo no le robo a nadie». Bajamos por Boyacá en dirección a San Benito. Pasamos por un lateral del Parque Berrío, almacenes Escape y Flamingo. Los vendedores gritan: «Manzanas a quinientos, cinco mandarinas por mil». Vamos muy despacio, bajando la calle y el almuerzo. Pasamos debajo del

viaducto del metro, por Bolívar. Nos detenemos y miro un *jean*. Vale \$20.000. Unos tenis por \$15.000. Si recateo saco la pinta por \$25.000. «Esta semana vengo», digo. El vendedor me mira decepcionado y Tatiana encoge los hombros.

Cuando pasamos al frente del hotel Calle Real, Tatiana me hace señas. Entramos a la recepción iluminada como un consultorio médico. La recepcionista nos mira recelosa. La noche vale \$41.000, tiene agua caliente. La pieza donde trabaja Tatiana cuesta \$8.000. «Mejor nos vamos pallá», le digo y ella me aprieta la mano.

La esquina de Boyacá y Cundinamarca está ardiendo. Calor, gente, comercio, putas, buses, La Cascada, bares y residencias. Seguimos de largo. Ya me está dando pena con Tatiana, ponerla a caminar al son de nada. Lo que ella quiere es llevarme a la pieza y volver a cobrar. Es una profesional.

Boyacá es camaleónica. Antes chazas, iglesias, putas y almacenes de ropa, ahora muebles y electrodomésticos. Tatiana entendió hace rato de qué va esto, así que se antoja y me empuja a la Galería Villa Romana, donde venden salas, comedores, alcobas. «Somos fabricantes», dice la entrada. Nos atiende Guillermo y nos muestra la alcoba Leydi: con un colchón muy bueno, antialérgico. «¿Te gusta?», pregunta Tatiana. «Sí, me gusta». Ella sonríe con malicia, me coge de la mano y se recuesta en mi hombro. «Tan lindos los nocheros», dice, «para poner las llaves por la noche».

Siento nostalgia al recordar a Amanda. Estábamos a punto de casarnos. Viajaríamos por el Mediterráneo: Tánger, Málaga, Argel, Nápoles, Limasol y Beirut. Ella creando *software* educativo y yo escribiendo. Por un maldito desliz el plan se desplomó y ahora Amanda me odia. Tan linda Amanda. El que dijo «soñar no cuesta nada» era un pobre diablo.

El comedor isla, con seis puestos y vidrio liso, cuesta un \$1.700.000. «¿Te gusta este, mi amor?». La sala diamante «original» vale \$1.400.000. Es decir, con \$4.500.000 amoblamos la casa. «Qué rico», dice Tatiana emocionada y vuelve a apretarme la mano. Guillermo está tan entusiasmado como ella. Yo estoy tieso como un tronco. «¿Y la nevera?». «No», digo yo. «Sí», dice ella. «Venga le muestro», dice Guillermo y nos arrastra al local vecino. Televisores, lavadoras, computadores, motos. Al fondo, las neveras. Tatiana me empuja a la Samsung RS 263, la más potente del pasillo. Es plateada y brillante con dos enormes puertas. De contado: \$4.000.000. A crédito: \$6.500.000. «Lo más cuca va a ser verla llena de chorizos, salchichas y mortadelas», dice Tatiana.

Después de la carrera Tenerife, Boyacá es un fresco pasaje peatonal con adoquines y sombras de árboles. Tatiana habla, habla y habla, pero mi atención está centrada en esta calle de tradición republicana: casas de dos pisos, fachadas amplias, puertas altas, ventanas grandes y tejados en arcilla. Boyacá tiene tres iglesias: La Candelaria, La Veracruz y San Benito. Recuerdo lo que leí en alguna parte: «En la casa número treinta nació don Manuel Atanasio Girardot. En esos tiempos en que el río Medellín era una insalvable barrera a las praderas del occidente. El río se crecía e inundaba este barrio».

Ahora cae la tarde. Siempre me pregunté qué se sentiría caminar con una prostituta por la calle. En la tranquilidad de las sombras y la ausencia de carros pienso que no se siente nada especial. Es como ir caminando con una compañera de oficina. Quiero preguntarle cuánto se gana diariamente, pero me reprimo pues no quiero romper la promesa inicial. Entonces le pregunto cuál ha sido su experiencia más memorable. «Esta», dice ella y me sonrío divina, «esto con usted es lo más bonito que me ha pasado». Tatiana es una profesional. Me encanta.

En la acera hay varios chicos sentados, conversando y riendo. Tienen la cara rayada y maletas mugrosas en las rodillas. Hay otros chicos callados y otros alegando. Cuando veo el «colegio» Combos entiendo por qué están regados por la calle. El centro es el ojo del huracán de la ciudad. Crecer allí no es nada fácil y la entrada de la iglesia de San Benito me lo confirma. Hay varias carteleras con fotos de drogadictos: «Tú vales, vive sin droga ni alcohol». Otra dice: «Mi parcero anda mal. A nadie escucha, se relaciona con personas que pueden hacerle daño, sus parceros consumen y a todo dice que sí. ¿Qué hacer? Línea amiga: 4444448. Programa Buen Vivir, comisaría de familia».

La iglesia de San Benito es un palacio parroquial. Fresco, oscuro, viejo y solo. Tatiana se persigna. Hay un fuerte olor a incienso que me despierta los sentidos. Ahora escucho, veo, huelo distinto. La consciencia del momento. El espacio es una enorme caja de resonancia. Dos feligreses rezan frente a las veladoras. Nos sentamos en una banca larga y desolada. Ahora sí: ¿Qué se siente estar sentado al lado de una prostituta en la iglesia de San Benito? Nunca he sido religioso, no creo en curas ni oraciones ni ayunos. ¿Pero qué diablos tiene esta iglesia que me tiene conmovido? El olor a incienso, el silencio, la altura del techo, los ángeles de mármol que alcan candelabros apagados y miran hacia arriba, así no vean nada con sus ojos blancos, ciegos, y sus alas frías en la espalda.

Tatiana ora con los ojos cerrados, la rosa en el pelo, las manos cogidas, los hombros tostados, las imágenes de su trabajo y lo que vendrá cuando nos despedamos. ¿Tendrá hijas? ¿Qué dirá de su trabajo? ¿Se habrá confesado alguna vez con un cura? Sigo su ejemplo y cierro los ojos. El silencio estalla en mi cabeza. El almuerzo, la caminata y el sol.

Me despierto sobresaltado. Los pasillos están solitarios, una señora enciende un velón, un cura franciscano camina por el púlpito. Tatiana se ha ido. Las bancas de madera están desoladas. Tengo frío. Me dan ganas de fumar. Las chicas como Tatiana tienen la extraordinaria facultad de pasar la hoja, de no empelicularse. Si no fuera así, sería terrible para ellas enfrentar el día a día. Es una profesional. Es mejor así.

Burdel de vereda

Yésica era una de las mejores trabajadoras, paciente y comprensiva con los clientes, se sentaba en sus piernas y se dejaba querer de las manos callosas de los campesinos. Sin embargo, una noche, uno de ellos se largó de la pieza que acababa de pagar, saltó furioso al borde de la carretera oscura y se plantó frente a don Alirio, a las puertas del bar: un salón estrecho con cuatro mesas apeñuscadas y una bola de disco soltando líneas multicolores que rayaban a los campesinos, la trocha y el monte cercano.

—Si vuelve a traer a esa muchacha, yo la mato.

Don Alirio, dueño de El bulevar de Kelly, me sigue contando la historia. Dice que se acercó a la sombra, le pidió que se tranquilizara y se subiera el cierre del pantalón.

—Vea que de pronto se le sale el borracho —le dijo—, y maluco que se entere su mujer.

El cliente tomó un poco del aire nocturno y montañoero. Exhaló. Explicó que estaban «haciendo el rato en la pieza» y ya había pagado.

—Yésica se desnudó —dijo— y después se puso la ropa sin hacer lo que teníamos que hacer.

Pedía la devolución del dinero. Eran las diez de la noche en los cerros antioqueños y se había formado un corrillo en el corregimiento de Altamira, municipio de Betulia, al suroeste de

Antioquia, a 131 kilómetros de Medellín. En la mitad del tropel, Yésica argumentaba que el hombre ya había visto su cuerpo desnudo y por eso ella cobraría. No devolvería la plata porque tampoco perdería ese tiempo, cuando pudo estar ganando con otro cliente. Explicó que «el hombre estaba muy tomado, muy agresivo y a mí me dio mucho miedo». Cuando estaban en la pieza y semidesnudos, el hombre intentó quitarle la plata y Yésica lo agarró a puño.

—Entonces para que no tengamos problemas —decía el cliente a las puertas del bar—, si la vuelvo a ver, yo la mato.

Y se largó, tambaleándose por la trocha. Tampoco quiso insistir, pues como ya sabemos estaba casado y era muy fácil que se regara el chisme del escándalo.

Don Alirio se dio cuenta de que Yésica tenía esa costumbre; otras muchachas se lo dijeron: cobraba, se desnudaba y luego se vestía dejando al cliente a medio camino. La táctica le funcionaba con los borrachos, con los bien borrachos.

—Era muy linda, paciente, dedicada y todos los putañeros saben lo que significa eso —dice don Alirio—, pero para evitar problemas no la volví a contratar.

Don Alirio me cuenta que el bar comenzó cuando años atrás noviaba con Kelly, una chica que trabajaba como prostituta en los bares de la Central Mayorista, en Medellín. Ella tenía veintitrés años y él cincuenta y seis. Cuando la esposa de don Alirio falleció, comenzó a ver a Kelly más seguido y, en vista del conocimiento que ella tenía del negocio, don Alirio decidió dejarse asesorar por la muchacha y montar un prostíbulo en su tierra natal. Era el tercer negocio de esta índole en el corregimiento, que en los tiempos de los arrieros fue parada obligada para los recorridos entre San Antonio de Prado, Altamira, Urrao, Urabá o Chocó. El local queda en una montaña empinada, por lo que el primer

piso, un garaje donde están las cuatro mesas y la barra para cinco clientes, es en realidad el centro de un sánduche entre el sótano y el segundo piso. Inicialmente se pagaban \$350.000 de arriendo por las tres plantas. Cuando el negocio prosperó el arriendo llegó a subir a \$1.200.000. En el local no hay barra de *striptease*, en el sótano hay dos camas y en el segundo piso se dispuso una cocina y la pieza donde duerme don Alirio, quien tiene una finca en una vereda cercana, «pero me da pereza salir tan tarde por la trocha», dice.

Dependiendo de la muchacha, el rato puede costar entre \$30.000 y \$50.000. Pero, como en todo, el precio depende del marrano, sobre todo del marrano que quiere gastar. Por el rato se cobra \$10.000 la pieza y a la muchacha se le dan uno o dos condones. La clave del negocio, para ellas, es hacer clientes y amigos. Es una cuestión simétrica: «Caer bien y que te caigan bien», dice Liceth. Si el sujeto es «bien portado» y se ve la posibilidad de cultivarlo, entonces se le dan dos polvos. Pero como beben bastante, y muchos son viejos calenturientos, no alcanzan a quedarse mucho tiempo.

La amanecida se cobra entre \$100.000 y \$120.000. El bulevar de Kelly se cierra a la una y si hay fiestas va hasta las tres de la mañana, pero en cualquier caso si el cliente va a amanecer tiene que esperar a que se cierre el negocio. Las amanecidas se celebran en el sótano, en la pieza de dos camas y un baño. Un cuarto rústico en ladrillos pelados en el que, si hay dos muchachas con amanecidas, toca colgar una cortina entre cama y cama.

—Normal —dice Liceth—, es como estar los cuatro juntos.

Y otro asunto, en el negocio se fía lo que sea, cerveza, guaro, energizantes, menos los ratos con las muchachas.

Los primeros meses, en plena apertura, el negocio estaba abarrotado durante los fines de semana. Las cuatro mesas y

la barra permanecían llenas, gente de pie adentro y afuera. El bulevar de Kelly era la novedad. Los otros tres negocios llevaban mucho tiempo y los clientes se habían acostumbrado a las muchachas. Si la clave del negocio para ellas es hacer amigos bien amigos que les manden plata entre semana, para don Alirio la sustancia del negocio es variar las muchachas que trae desde Medellín. Pero, además, hablando de la competencia, el bar está ubicado a las afueras del corregimiento, retirado de lo que podría llamarse la parroquia, mientras los otros están en la propia plaza o a unos pasos. Esa cercanía es una desventaja porque hasta el cura, estirando el cuello desde el púlpito, se da cuenta de quién está metido en los antros del amor. Otra ventaja para la registradora de don Alirio es la atención de Cristina, barlady, hija de don Alirio y excelente conversadora.

—Muchos clientes no vienen a acostarse —dice Cristina— sino a tomarse algo, descansar del trabajo y conversar.

Don Alirio se queda afuera, conversando con los que pasan a caballo; Cristina, en la barra. Entonces van por la carretera los amigos, saludan, se toman algo y después: «Yo le pago dentro de ocho días, don Alirio, que tengo una carguita de café». Y lo evidente: el valor de la carga del café es proporcional a la demanda en El bulevar de Kelly. Mientras el precio del café sube, hay buenos ánimos, ventas, platica, es decir, hay que tener buenas chicas en el bulevar. Si el precio baja, lo mejor es ir con paciencia.

El negocio se abre de sábado a domingo, o desde el viernes, según la temporada. La cocina también sirve a la dieta de las muchachas y de los clientes, porque si no comen alguna cosa se emborrachan muy fácil.

—Nosotros necesitamos que estén bien alimentaditas, para el almuerzo Cristina les prepara un buen sancocho, un levantamuertos bien cargado.

La mayoría de ellas no desayuna y comienza a beber desde temprano. En la noche despachan arepa con carne, chuzo o salchipapas, por eso lo importante es que el almuerzo haya sido reforzado. Y el domingo, en vista del guayabo, se les prepara un buen caldo con huevo frito.

—Comida decente —dice don Alirio y continúa—, cuando se trabaja con estas muchachas no se puede ser muy amable porque te la montan, pero tampoco se puede ser muy bravo porque no vuelven, y más en un corregimiento tan lejos.

Las muchachas se consiguen a través de contactos en Medellín. A ellos se les encargan dos o tres para el fin de semana. Aquellos mandan fotos para escoger y cobran \$25.000 de comisión por cada una. Además del costo del intermediario y los \$35.000 por día para cada una, don Alirio asume los costos del transporte desde Medellín, el de regreso corre por cuenta de cada una. El beneficio para ellas, además de los primeros \$35.000, está en función de «fichar con cerveza Clarita». Esto es: por cada cerveza que el cliente invita, ellas reciben una ficha pagada a \$1.000. El guaro y otros tragos tienen otro valor por ficha.

—Hay muchachas que pueden fichar \$60.000 por noche —dice Cristina—, pero a nosotros no nos gusta que lo hagan con aguardiente porque se emborrachan muy fácil.

De manera que, luego de la base de pago, cada una debe sacar sus trucos para hacer rendir la jornada haciéndose invitar, no solo a cerveza, sino a pasar el rato o incluso a amanecer.

Si es un fin de semana normal se traen dos muchachas, si es uno bueno se traen cuatro.

—Por ejemplo en las Fiestas de la virgen del Carmen —sigue don Alirio—, procuramos traer a las más buscadas, y ahora en Semana Santa, este domingo será un día muy movido.

El negocio mejora con las fiestas pueblerinas.

—Igual el cura no dice nada, pero, cada que puede, pasa por acá y pide una colaboración para la parroquia.

En diciembre también se mueve mucho. Los clientes van a misa y luego pasan a tomar cerveza. O si la llevan a la mitad y los coge la hora de ir a rezar, pues dicen: «Guárdeme esta cervecita, voy a misa y ya vuelvo».

En una de esas fiestas, una señora llegó con un niño diciendo:

—Ábrame arriba porque quiero saber si el papá de este niño está ahí.

—¿Y quién es el papá del niño?

La señora dijo que era fulanito de tal, que la había dejado cuidando al niño; el hombre había dicho que ya volvía y esta era la hora en que no aparecía.

—Estoy segura de que está acá, me hace el favor y me lo llama.

En el bar, a simple vista, no estaba el sujeto y nadie «hacía un rato» en el sótano. Ese fin de semana comenzaron temprano y en el bar todas sabían que Laura no estaba, un señor le había pagado muy bien para llevársela para un cafetal.

Cristina me sigue contando historias mientras nos refrescamos tomando cerveza fría. Hubo un caso de una muchacha que se fue un fin de semana con festivo con casi \$700.000, sin contar lo que fichó. Se llamaba Paola y acababa de cumplir dieciocho años. Era delgada, con abdomen plano.

—No tenía mucha nalguita, pero tenía senos redonditos —dice Cristina—, tenía el cabello liso y cortico.

Paola apenas estaba aprendiendo y decía que quería que le enseñaran los trucos «para hacer harta plata». En esa época estaban en cosecha de café, los clientes comenzaron a solicitarla y ella «a fichar parejo» y a dejar la cerveza a la mitad, o a esconderla sin tomar un trago para pedir otra y otra porque, además, no solo

era un cliente quien la invitaba sino varios a la vez. Paola hacía un rato con el cliente, se bañaba y se organizaba para volver al ruedo. Llegó a estar con diez hombres en una noche cuando lo normal es estar con cinco. Cobrando \$30.000 de esa época...

Paola quedó muy amañada, le dijo a don Alirio que la siguiera llamando. Volvió a los dos meses cambiadísima: las uñas pintadas, torcía los ojos, hacía ademanes de niña grosera, avispada y malcriada. Luego de hacer los ratos decía que no necesitaba bañarse, cogía unos pañitos, se limpiaba y de nuevo al bar. Una noche don Alirio asó carne para todos y como estaban con el bar a reventar se turnaron para subir a comer.

—Llegó Paola, la sinvergüenza —cuenta Cristina—, comió de primera y barrió con toda la carne, solo dejó arroz y unas papas cocinadas. ¡Claro! Con esa forma de trabajar... —remata Cristina, medio enojada medio en broma.

—Pero por qué se preocupan por la carne —dijo Paola esa noche—, no se preocupen que yo la pago.

—Por otro lado —dice Cristina, la hija de don Alirio—, muchas manejan muy mal el dinero. Llaman a don Alirio y le dicen «no tengo para el pasaje hasta la terminal de transporte», y ellas ganan bien.

Don Alirio le consigna a las chicas \$10.000 por Gana. Ahora es don Alirio quien habla:

—Algunas ni se bañan luego del viaje desde Medellín, conforme se bajan vienen directo al bar a trabajar. Al día siguiente tampoco tocan agua después de levantarse porque dicen: «Con este frío no se baña nadie».

Y Cristina le quita la palabra al papá:

—Pero es que también los clientes son campesinos que llegan sudados y a ellos no es que les importe mucho que la chica esté así.

Durante los momentos muertos del bar, las muchachas hablan en la barra. Vamos comentando los casos y chocando las botellas. Doralba, madurita y bella gente, dice que si le dan \$20.000 no tiene problema en chupar sin condón. «¿Pero sin condón?», reniegan las otras. «No ve, pues..., es que casi no me resulta». Un trago de cerveza. Otra dice: «Hay que mostrar, pero no mucho». Y otra: «Hay mujeres a las que les va mejor sin mostrar tanto». Y otra: «Cuando nos viene el periodo, metemos un taco de algodón que se cambia con frecuencia para no perder los fines de semana que se está enferma y se necesita la plata». Otra recuerda al cliente que iba a oler vagina. ¡Salud!, y todos reímos. Era un viejito que nunca estaba con ninguna, pero iba, decía él, «a alimentar el ojo». Pedía sus traguitos, pero nunca invitaba y cuando llegaba una nueva le decía: «Le doy dos mil si me deja oler». En la barra, las muchachas se miran, se burlan, se preguntan y se contestan muertas de risa: «Plata es plata, ¡salud!».

Las cervezas me tienen relajado, voy perdiendo ritmo en las preguntas y tengo muchas ganas de echarme una bailadita. Entre las muchachas sigue la conversación. Unas dicen que las familias sabe en qué trabajan; otra dice: «Yo no estudié»; otra: «No tengo más trabajo»; y otra: «No sé hacer algo diferente»; y una más: «Esto es lo más fácil y me queda el resto de semana para estar con mi hijo». De nuevo el brindis y la cerveza revienta su espuma en mil enanos haciéndose la paja en mi garganta. Es hora de dejar la preguntadera. Le ofrezco la mano a Cristina y nos vamos de apretadita con «un verso muy sutil y dirigido, delicado y sensitivo quisiera componer yo». Pronto la bola de disco comenzará a rayarnos y es mejor que nos coja bailando, ya viene el trájín, se mueven las muchachas y las fichas.

Monja de clausura

El cielo está limpio, hay un intenso calor y el estadio Mestalla está por reventar. En mitad de la cancha está la tarima. No es un concierto, es un multitudinario encuentro vocacional del Camino Neocatecumenal en Valencia, España, con treinta mil fieles. Hay exceso de luz, de verano y de gente. No hablo del presente, es solo un video en YouTube. Sobre la tarima hay una cofradía de curas vestidos de negro, sentados en medialuna frente a la multitud. Durante el encuentro, realizado el primero de junio de 2014, aparece Kiko Argüello, un católico, laico, veterano, de pelo canoso, con pantalón y suéter negro. En el video se ve su rostro sólido y potente, me recuerda al escritor Charles Bukowski. Convoca a la muchedumbre: «No tengas miedo, realiza tu llamado, nos está esperando esta generación, tenemos que abrirles los ojos a millones de hombres para que lleguen al cielo y a la salvación».

Argüello habla al público con su cara de tótem: «Padre, suscita vocaciones a tu iglesia». Dice que necesitan un nuevo clero, «humilde, santo y misionero, necesitamos apóstoles para el Asia. Oremos diciendo: “Rogad al dueño de la mies, que envíe obreros”».

Según dice Argüello necesitan evangelizar el Asia. «Te lo pedimos, señor, necesitamos veinte mil sacerdotes para China». Los que se eduquen para ir a China no tienen que estudiar doce años, solo cinco. «Estudiad dos años de filosofía, tres de teología

y partimos donde millones y millones de hombres y familias que nos están esperando, ciudades enteras donde no hay ninguna presencia de Cristo, todos educados en un marxismo ateo».

Comienza el gran colofón del encuentro. Dice Argüello: «Si hay algún joven que siente el llamado de Cristo, que quiere ser parte de la nueva evangelización, bienvenido, venid».

Algunos comienzan a levantarse y caminan y trotan hasta el césped. Se levanta un aplauso multitudinario. Bukowski, en tono españoleta, los azuza: «¡Ánimo! Adelante, jóvenes. ¡Vamos!».

Es un momento solemne. Varias docenas de jóvenes salen al frente de la tarima para hacerse curas y llevar la salvación a la China.

Carolina Serna tiene treinta y tres años y desde los catorce sintió una intensa inquietud espiritual. Decidió enclaustrarse como monja en España, pero solo resistió un año en la disciplina de los rezos. Aun así continúa siendo una chica devota y disciplinada en su filosofía. Cuando me lo cuenta, pienso en los chicos que se le han acercado para cortejarla y siento pena por ellos.

Desde los catorce perteneció al Camino Neocatecumenal, una «realidad» de la iglesia Católica, un camino de la iglesia, un itinerario de formación cristiana posbautismal, un grupo de oración.

—Catecumenal —dice ella— significa «preparación para el bautismo». Es volver al cristianismo antiguo en las catacumbas.

A lo largo de ese itinerario católico se hacen varios eventos y encuentros vocacionales.

En Bogotá, en el año 2008, con veintiséis años y su título universitario, durante una peregrinación nacional de jóvenes en el estadio El Campín Carolina sintió con profunda energía ese llamado. En la tarima estaban los catequistas itinerantes de la nación, varios sacerdotes, varios obispos.

—Fue un 29 de junio, el día de San Pedro y San Pablo —dice.

Carolina siempre tiene un santo para citar, para apoyar sus ideas, para argumentar. Su formación no ha sido en vano y las conversaciones con ella siempre fueron iluminadoras en el tema teológico. Al final del encuentro en El Campín se hizo un llamado vocacional para el sacerdocio para los hombres y para la vida contemplativa para las mujeres.

—Cuando hicieron el llamado sentí algo muy impresionante —dice.

Esta vez Jesús Blázquez, el líder del Camino Neocatecumenal, no llamó para que se sumaran hombres para China. Preguntó quién sentía un llamado a vivir en un monasterio, «a dar su vida por la evangelización, para orar y rezar por el mundo, a salvarlo y ser monja de clausura». Otras chicas comenzaron a bajar hasta la tarima.

—Es un momento muy impactante —dice—. Y se comienza a cantar *Eres hermoso*. Sentí algo en el estómago, sentí al Espíritu Santo dentro del vientre. Escuchaba una voz que me decía: «Ven, ven, ven».

Carolina temblaba y comenzó a llorar. Estaba conmovida. Miró la escalera, se levantó y salió.

—Fue como un salto al vacío —dice. De pronto ya estaba en el césped, temblando y llorando por el trastorno.

Llegó al silencioso monasterio con otras tres postulantes. Serían sus compañeras de iniciación. El monasterio no era un castillo húmedo y medieval sino una tranquila casa de campo, una finca con jardines en la ciudad de Talavera la Real, en Castilla, provincia de Extremadura. Allí la recibieron las diez monjas que vivían en el lugar y dos curas que estaban de visita. La mitad de las monjas eran viejitas. Comulgaban con la orden monacal de los carmelitas.

—Esa primera noche estaba muy asustada, no sabía dónde me había metido —dice—, era invierno y estaba haciendo mucho frío.

Su celda estaba en uno de los corredores. Era una pieza con techo alto y una ventana al jardín, las paredes blancas y una cruz de madera en una de las paredes. El baño era privado, pero quedaba afuera, frente a su celda.

El siguiente mes la rutina se repitió. La madre dejaba dormir hasta tarde «porque ese frío era muy intenso, con esa temperatura tan bajita se purgan todos los pecados». Carolina habla, en efecto, como una monja.

Dejaron de usar *jeans* para usar pichis, un vestido colegial de color café carmelita, largo y escueto, ignorando la vanidad, con camisa blanca por debajo; el uniforme de las postulantes antes de usar el velo. Se despertaban a cualquier hora, desayunaban y, lentamente, se incorporaban a la rutina del monasterio. Esa rutina consistía en seguir el tradicional oficio divino, siete oraciones al día: vigiliat, laudes, terciat, sexta, nona, vísperat y completat. Cuando Carolina las menciona, recuerdo la novela de Umberto Eco: *El nombre de la rosa*, en la que los monjes siguen con estricta disciplina esa jornada de oración.

Un día en monasterio se resume en levantarse a las 6:30 de la mañana, «con ese frío ni el diablo se levanta más temprano», dice Carolina. A las 7:00 se reza el laudes, que dura treinta minutos.

—No hacíamos el vigilia porque de ser así tendríamos que levantarnos de madrugada.

Entonces tomo nota: «Los monjes modernos han aflojado la cuerda». Carolina sigue: de 7:30 a 8:30 se realiza una oración mental, se lee un libro espiritual, se baja al jardín, en silencio, también se puede arrodillar al Santísimo, haciendo la oración del corazón: «Oh Jesús, hijo de David, ten piedad de mí, que soy un pecadora».

A las 8:30 de la mañana es el desayuno, la primera comida. Cuando me lo dice me retuerzo de hambre: desde las 6:30 en pie y hasta las 8:30 no se come nada. El desayuno consta de una combinación de varias opciones tipo bufé: naranja, manzana, durazno y frutas del jardín, galletas, jugos, yogur, té verde o cereales.

Entre 9:30 y 10:30 de la mañana se trabaja en la fábrica de hostias: una panadería para amasar harina, tamizar y hornear. También, y dependiendo de las asignaturas de trabajo, se hace el almuerzo y se organiza la despensa. De 10:30 a 11:30 de la mañana es tiempo de estudio, con el padre Paco, un instructor, un guía espiritual.

En adelante sigue la rutina de la tarde. Poco más o menos que la mañana, pero es mejor girar a otro tema porque el lector se dormirá si continuamos con esto.

Le pregunto por qué esa delirante obsesión de los monjes por rezar en todo momento. Lo hacen por el mundo, «se concentran en orar por la humanidad», dice, y francamente no le entiendo. Creo que debe suceder lo mismo cuando uno le desea «suerte» a un amigo, algo que conmueve, pero que, sin embargo, no influencia para nada el mundo práctico de la decisión ni de la acción.

—También es vivir una prefiguración del cielo —me dice— porque en el cielo nos dedicamos a dar gracias y a alabar a Dios por la eternidad.

Lo mejor es que no comente nada, como se supone que debe ser el periodismo. Para describir un poco más le pido a Carolina que me narre el origen de este estilo de vida y obtengo mi lección. La vida monástica nació en el desierto, con el profeta Elías en el monte Carmelo, con una vida ascética, totalmente alejada del mundo, para vivir en el espíritu y no en la carne. Los monjes viajaban al desierto con el fin de combatir a los demonios, pelear contra el mal y de esa manera librar a otros hombres de los ataques del demonio. Para que ellos, los monjes, fueran los atacados, los tentados, y así evitar que fueran los hombres débiles quienes recibieran las demoniacas manipulaciones.

—Es decir: atácame a mí, al monje, y no a ellos, a los hombres —dice Carolina.

—Pero todo esto —le digo— se refiere al demonio...

Me interrumpe y corrige:

—A los demonios...

—Bien —le digo—, se entiende que son «los demonios» que tiene cada persona en su interior, ¿no?

—No. Bueno, el demonio sí es uno solo, quien es un ángel de luz, pero el demonio tiene legiones que atacan a los hombres de diferentes maneras para destruirlo. ¿Por qué? Por la envidia. Porque el demonio ya está condenado entonces también quiere que los hombres sean condenados.

Momento, momento.

—Pero son los demonios interiores —insisto.

—No —contesta—, son los demonios del diablo.

—Ahhh, ya... ok... ¿Y todo esto por envidia?

—Sí, por envidia. Por envidia mataron a Jesucristo también.

Él dijo: «Me odiaron sin razón».

Creo que Carolina quiere enredarme. Lo mejor es llevarla despacio.

—¿Y cómo hacías con el cuerpo, con el deseo...?

Me confiesa que el combate con el cuerpo no era para nada fácil. Había oportunidades en las que leyendo era invadida por una pandilla de imágenes exóticas y obscenas. Para aliviar la angustia y el vértigo recordaba a San Agustín.

—Él profesaba que la soberbia está íntimamente ligada a la lujuria y esta al dinero. Oculta lujuria nuestra soberbia.

Definitivamente me quiere enredar. Le pido que vaya más despacio. Según los cánones de la filosofía escolástica cuando el hombre se desprende del dinero, amando al pobre, al prójimo, al otro, entonces sucede un acto de magia divina, pues de esa manera desaparece la lujuria. San Agustín propuso el antídoto contra el pavoroso veneno de la lujuria. Cuando se sienta el apremio de reducir el influjo de la salacidad, el hombre o la mujer deberán ofrecer una generosa limosna porque, en el fondo, la lujuria y en general todos los pecados atizan el egoísmo. En cambio, y por su parte, el ayuno, la limosna y la oración avivan el amor y la generosidad. Por eso, y según la filosofía escolástica, los curas y

las monjas no tienen necesidad de sexo, porque siempre están amando. Siempre están pensando en el otro. No están pensando en satisfacer sus propios deseos. Cuando Carolina menciona todo esto recuerdo que estoy haciendo reportería y no un panel de controversia. Entonces sigo preguntando y anotando.

Quiero hacerle una pregunta más personal, pero el pudor me frena. Igual se lo pregunto. Y ella me contesta.

—No hay problema con la pregunta. Soy virgen. Para mí es una gracia serlo.

En esos días Carolina estaba cumpliendo años y todos los amigos y familiares que la llamaban recibían la misma solicitud de su parte: dar una limosna en su nombre.

—Eso fue mágico —dice— empecé a experimentar mucha paz, ofrecer esa limosna curó mi cuerpo y mi corazón.

Entonces Carolina me mira:

—Tienes que experimentarlo... un día que estés bien grave.

—Tomo nota: «Dar limosna cuando esté bien cargado».

Cumpliendo con la pavorosa rutina de un monasterio llegó de nuevo el invierno. El frío, la nieve. Comenzó a sentirse terrible. Era imposible asomarse al jardín, un lugar místico para ella. Sentía claustrofobia, ahogo, miedo y angustia. Todo era gris. Hiperventilaba y el alma se le descosía en lágrimas cuando recordaba que así sería su vida para siempre. Entonces se preguntaba: «¿Esto será normal? ¿A todo el mundo le pasa y todos están callados?».

Por aquellos días leyó una catequesis sobre la familia cristiana. La calidez de una familia, los amados hijos, el amor del padre, la madre y la vida en pareja. Aterrada, sintió el castigo de Dios, los latigazos de la castidad y la vida monacal. Recordó que nunca tendría hijos ni contraería matrimonio. Esa noche lloró desconsolada y elevó su reclamo al cielo: «Yo quería tener una familia y no me la diste». Entonces sufrió una etapa de ateísmo. «El demonio tira dardos al corazón del hombre. Jesucristo no resucitó. Dios no existe. Esas noches no dormí: Dios no existe, no existe».

Fue incapaz de proyectar toda la vida entre las delicadas paredes de un monasterio. «¿El señor por qué me hace eso? Batallé y batallé pero Dios me venció, lo mismo que venció a Jacob».

Carolina habla y yo carraspeo. Ni modo de preguntar la historia de Jacob, a ver si acabamos.

Se acercaba la ceremonia de toma de hábito. «No sé si estoy lista, no sé si esto sea para mí», le dijo Carolina a la madre superiora. Las otras tres postulantes estaban completamente decididas y listas. Pero ella estaba enferma. Se veía muy mal. La visitó el padre Paco, guía espiritual, quien le anunció la decisión de las directivas: volvería a Colombia. Carolina lloró, abrazó al cura, estaba triste pero feliz. Había sido expulsada del monasterio.

Le pregunto qué significó para ella estar en clausura. Me dice que significó cumplir con las palabras «la llevaré al desierto y le hablaré al corazón. Es decir: saber que Dios te ama como eres. Eso es lo fundamental. La manifestación de que Dios existe, que te ama y que te salva... te salva de ti mismo».

Me rasco la cabeza. Estoy convencido de que los monjes están equivocados en su interpretación. Los demonios existen, pero no de la manera mitológica en que los pinta Carolina. Hay

demonios, claro, los demonios interiores. Los que te empujan a la rabia, a la impaciencia, a la gula, a desear la mujer del prójimo. Son los demonios que debieron sentir los monjes en el desierto. No creo que ir a rezar a un monasterio sea un grano de arena para aportar a la pobreza espiritual moderna, ni que China necesite curas y monjas, ni que ofrecer limosna pueda aliviar el acoso hormonal. Carolina y los monjes están convencidos de esas ilusiones. Le deseo a Carolina que encuentre a un hombre con el que sea compatible y haga realidad su sueño de hacer una familia. Honradamente prefiero otras fábulas y cuentos. Otras ilusiones: la mitología griega y azteca. Las sagas de Tolkien, las películas de Scorsese y los personajes de Ray Loriga.

Estrenar, pero de segunda

En los fermentados bajos del metro el costo de unos tenis podridos es de \$5.000; lo mismo valen tres películas porno. «Cogemos la basura de los demás y la convertimos en nuestro tesoro», dice un comerciante. Es un caballero con estilo: gorra amarilla y un enorme reloj verde de quinceañera, bambas carriadas desde la nuca y anillos carcomidos en los dedos. Me contesta orgulloso de su oficio, lo descubro en su sonrisa y en la disposición ordenada de su plante de antigüedades y otros cachivaches en una sábana sobre la acera. Entonces me detengo en los condones de Profamilia: «Cada uno vale dos mil», dice, y me mira pícaro porque sabe, como sé yo, que esos cauchos son gratis.

La caída de la tarde del sábado es tremendamente calurosa y los bajos del metro están congestionados con buses, gente y roña. El reto consiste en salir de compras. Pero no en un centro comercial lustroso y perfumado sino en un bulevar atiborrado de basura o, mejor dicho, repleto de «tesoros». La condición de la reportería es gastar \$10.000.

Lo que quiero es comprarme un carro. Entre los trastos regados por el piso puedo ver uno verde, de plástico, aplastado y triste. Cuesta \$3.000, pero quiero uno más sólido.

Más adelante hay un ropavejero. Una señora mete la mano en un cerro de pantalones para comprarle uno a la niña, que espera ansiosa. Se huele la impaciencia de la pequeña por tener algo nuevo para ponerse. Ambas sonríen cuando la señora logra sacar entre el arrume un *leggings* rosado de su talla. Lo rico de estrenar, pero de segunda.

Alguna vez Laura, una atractiva princesa, me dijo: «¿Por qué vas por allá, a ese lugar tan feo?». Porque es gente interesante, cargada de historias, con una inteligencia adquirida en la salvaje calle. Y un litro de cerveza fría vale \$3.000. Pero además, me recuerdan a Jack London y ese gran libro *La gente del abismo*, un reportaje sobre los barrios más pobres de Londres donde se hacinaban millares de personas en condiciones terribles, mientras otros disfrutaban del bienestar.

Cuando veo la cara de felicidad de la niña con sus *leggings* nuevos entiendo una obviedad: hay gente que está obligada a venir a este bulevar. La inmersión para esta reportería es solo trabajo y juego, un poco de reportería mugrosa. Para otros, bajar a los bajos es un asunto de supervivencia.

Donde el mismo ropavejero hay una pareja de muchachos que no sobrepasa los dieciocho años, ambos tienen la cara cuarteada por el sol, van de la mano, ella está en embarazo. Se ven ilusionados preguntando por ropa de bebé.

Al comienzo de la caminata, cuando íbamos en patota, ojeando y preguntando, uno de nosotros vio entre los chécheres una mugrienta gorra bordada con Obama. «Es original», dijo el señor, «tiene ocho costuras en la teja y véale las marquillas». Por turnos la cogimos con las puntas de los dedos. «Me la trajeron de Europa», dijo el vendedor y pidió \$10.000.

La cadena del negocio va más o menos así: hay personas que madrugan a las dos de la mañana y caminan los barrios en busca del reflujo citadino. Personajes que se ven con la carreta hasta el tope con cartón, varillas, muñecos y cachivaches. Al amanecer se encuentran el reciclador y el comerciante callejero, el primero le vende al segundo su atao, como quien vende una casa a puerta cerrada, una lotería en caja o costal.

Los comerciantes callejeros se especializan. Hay quienes venden ropa y zapatos; otros, herramientas; otros, únicamente ollas; incluso apareció un proveedor de vibradores con historia. Todos lavaditos y a la venta.

Este sábado, por el negocio de la gorra de Obama traída de Europa, el señor sumó \$10.000 a su día.

Y yo sigo agachando la cabeza, buscando mi carrito.

Más adelante del pasaje, grisáceo por el polvo y picante por el sol, un señor se mide unas gafas para ver si mejora su visión con fórmula ajena. Otro pregunta por una trampa para ratas y un trío de metaleros esculca una pila de casetes viejos. Una señora

se compra una pailita, como para freírse un huevo, y otra señora de *jeans* y tacones, elegante y estirada, discute por una chompa de adolescente con bordado en el pecho: Nike. Cuando consigue el precio, le dice al vendedor: «¡Yo no voy a dar papaya!».

Entonces veo tirado un carro antiguo, de los que necesitaban manivela. Cuesta \$8.000, pero no me convence. Está tan limpio y completo que no parece de segunda.

Entre los comerciantes con estilo me encuentro con otro ejemplar: un caballero negro, alto y delgado, con sombrero vaquero, tuerto, y ese ojo suelto me da terror, tiene una docena de cadenas oxidadas en el cuello y otra docena de manillas carcomidas en las muñecas. Luce una camisa de los sesenta. Es un camaján salsero enrazado en vaquero de los Llanos. Tiene un sólido estilo para vender. Me dice que la consola de videojuegos cuesta \$15.000 y asegura que está en «perfectas condiciones», condición que, desde luego, no tenemos cómo comprobar.

También hay dos preciosas chicas en *shorts*, mirando coquetas a todos los obreros. Una de ellas tiene un tatuaje en el muslo que dice «*Believe*». Tienen los pantalones tragados en la raíz de los muslos. Entonces un man pasa y dice: «Tengo que sacar un aviso que diga: “Por eso las violan”». Hay desequilibrados que son un peligro de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Entonces veo mi carro. Está destartelado, sin las dos llantas delanteras, con rasguños oxidados, pero es descapotable. Lo alzo y me pesa en las manos. Los abuelos dicen que la calidad está en el peso. Cuesta \$7.000. En las placas reza: Chevrolet, 1957, *fuel injection*, escala 1/18.

Finalmente lo compro en \$5.000, y como los viáticos eran \$10.000, me quedan otros \$5.000 para cerveza helada. Entonces despacho un litro de cerveza fría en los escabrosos bajos del metro.

En la casa busco las señas particulares de mi carrito destartelado, un Chevrolet Corvette Roadster, automóvil deportivo de dos plazas. En las fotos es una sólida lancha del 57. Si pudiera, me compraría una así, modeluda, e invitaría a Érica a despelucarnos dando la vuelta a Oriente.

¿Quién quiere ser un reciclador?

«Pienso, luego reciclo; *keep calm and recycle*». Estamos en modo salvar el mundo. «Piensa globalmente, actúa localmente». Guardamos las tapitas plásticas, llevamos bolsa de tela al supermercado, llenamos dos y tres canecas de basura en la casa y no usamos pitillo ni para tomar cerveza, sabiendo que así la beba rinde más, o al menos eso dice el mito urbano. Reciclar está de moda. (Y pegar *copys* en inglés). *Don't fuck up good planets are hard to find*. Pero ¿quién quiere hacer la tarea en la calle? Nadie quiere ser reciclador.

«Lo más difícil de este oficio es la humillación y la vergüenza», dice Arley Ríos, supervisor de planta de Ekored. Ahora es jefe, pero antes fue reciclador. El hombre es moreno, gordo y bajito. Tiene unos ojos brillantes que hablan tanto como su lengua, por ella pasa un verbo rápido y reflexivo.

Durante la segunda semana de rebusque, la cuñada de Arley lo descubrió abriendo una bolsa. En la casa de la novia no lo querían ni poquito «y luego de esa ponchada mucho menos», dice Arley, «imagínese: pobre, negrito y reciclador». Aun así, con el trabajo y el tiempo demostró de qué estaba hecho. «He vivido siempre en Manrique y de ese barrio no me voy, y ahora menos que me casé con mi novia, tengo mis hijos y casa de verdad, no un rancho de tablas».

Ekored es una empresa dedicada al procesamiento de botellas plásticas en el barrio Miranda, detrás del parque Norte. Cada día llegan, desde todo el país, entre veinte y veinticinco carros atiborrados de botellas aplastadas; un promedio de dieciocho a veinte toneladas diarias. La compra mínima es de ciento cincuenta kilos. Y no llega el reciclador en carreta, llegan los intermediarios entre el recolector y la industria, y vienen en camiones desde Cali, Bogotá o Neiva. En Ekored trabajan veintiún operarios, varios de ellos fueron recicladores «y ya tienen moto», dice Arley, «pequeña, pero motico es motico, y lo mejor es que todos dejamos de ser lo que éramos». Nadie quiere ser reciclador. Nadie quiere dedicarse a esculcar basuras, así como nadie, hoy por hoy, duda de la importancia del reciclaje. Este es un oficio vergonzoso, sin importar que la basura sea un gran negocio.

Cada persona en el país consume un promedio de veinticuatro kilos de plástico al año, y el cincuenta y seis por ciento es plástico de uso único, como pitillos y cubiertos, como el tenedor de plástico de *Toy Story 4*, Forky, flamante personaje estrella de Pixar, que tiene como único propósito volver a un basurero. Muy raro porque nadie quiere ir por allí. A menos de que seas un reciclador y tengas que ganarte la vida esculcando desperdicios.

Arley Ríos cuenta que comenzó a recorrer las calles con una carreta cuando, aguantando hambre, una vecina que ya era experta lo invitó a buscar en las basuras. «Para mí fue una época muy difícil y requetefácil: difícil para conseguir trabajo legal y requetefácil para juntarme con los pillos del barrio». En ese primer día, hace quince años, se ganó \$2.000. Hoy por hoy, un reciclador juicioso puede hacerse diariamente entre \$20.000 y \$30.000.

Colombia genera unos doce millones de toneladas de residuos sólidos al año y solo se recicla el diecisiete por ciento. En el mundo, las estimaciones para 2050 son alarmantes: habrá doce mil millones de toneladas de desechos plásticos en entornos naturales. No es gratuito que en varios municipios y playas del país ya esté prohibido su uso. Nadie quiere ser un reciclador. Y nadie quiere ser un plástico. Su desprestigio ha llegado al punto que, incluso, se usa como adjetivo para nombrar la superficialidad. «Ella era una chica plástica, de esas que veo por ahí», canta Rubén Blades, «de esas que cuando se agitan, sudan Chanel Number Three».

El término técnico es PET, polietileno tereftalato, una resina y forma de poliéster usada en envases de bebidas y textiles. Casi dos millones de botellas pasan diariamente por la banda transportadora de Ekored que, a su vez, provee a la empresa Enka de Colombia, ubicada en Girardota. Antes de fundir el polímero en Enka el proceso es muy simple: asegurar las botellas por colores: ámbar, transparente, aceite y verde. El éxito del proceso de reciclaje en Enka depende de la selección del material que recibe. Una botella verde nunca puede mezclarse con una blanca, ni una que contuvo aceite con una de jugo natural. La selección es radical, lo mismo que las parejas plásticas, según Blades, «diciendo a su hijo de cinco años “no juegues con niños de color extraño”». Se eliminan tapas y productos de PVC que pueden contaminar el producto final. Por eso las bandas transportadoras y los operarios muy concentrados echando ojo, separando costalados de uno y otro color.

En el barrio Miranda, en Ekored, el precio del PET varía. El transparente se compra a \$950 el kilo y a \$620 el verde. Y tiende a disminuir. El precio está sujeto a la especulación. En una cartelera a la entrada hay un aviso: «Les recordamos a nuestros

proveedores que, por el dinamismo en las variables del mercado, desde el principio del año en curso se suspendieron las compras de material Hit, ámbar y aceite hasta nuevo aviso».

Según dice Arley, la diferencia entre el reciclador y el gamín consiste en que el gamín también busca comida en la basura, el reciclador no. «Además, el gamín rasga la bolsa y deja todo tirado». Por el contrario, el reciclador abre el nudo, busca y vuelve a cerrar. «El reciclador es un profesional». En Argentina se les dice «ciruja», de «cirujano», porque hacen una operación casi quirúrgica con la bolsa para dejarla intacta luego de hurgarla.

«Una mañana nos iban a matar en la 33». Arley estaba con un amigo esculcando cuando salió un señor con revólver. «Nos apuntó muy enojado y una vecina que nos conocía nos defendió: “No les haga nada, esos muchachos trabajan por acá”, toda nerviosa la señora, qué pecao, si no es por ella nos dispara, el señor estaba muy fastidiado, como si fuéramos un par de ratas». En general, el prejuicio dicta que un reciclador es un gamín, un habitante de calle, un drogadicto, un alcohólico.

Más arriba se dijo que el PET se utiliza en la industria textil. Se llama ropa ecológica y se vende con la etiqueta Eko Pet Textil. Y usted puede alardear que la lleva puesta y quedar como una chica PET o un chico plastificado. Algunas empresas como Fabricato, Offcorss y Uniroca ofrecen camisetas con insumos a partir de botellas. Esto es posible gracias a que los recipientes PET se elaboran con los mismos derivados del petróleo con los que se elabora el poliéster. Cuando Ekored deja la mercancía en Enka, los envases se lavan y se trituran para obtener el granulado con el que se elabora una fibra sintética que se tejerá hasta formar una tela. Aproximadamente se necesitan tres envases de 2.5 litros para obtener un metro de tejido.

En otra oportunidad, una señora les regaló a Arley y a su amigo una ropa y unos zapatos, prendas que también se comercializan en la plaza Minorista y en los bajos del metro, lugares en los que se puede encontrar desde una olla tiznada lista para nuevos usos y vibradores de diferente factura. Ya en el camino, revolviendo las bolsas con la ropa, encontraron metida en uno de los zapatos una cadena de oro. Fue una alegría y un alivio, encontrar un tesoro en la basura.

Si Ekored, en el barrio Miranda, no compra material a los recicladores, en Recimed sí, dos cuadras abajo de la estación Prado. Allí llega el señor con carreta, la señora con costal, el reciclador mañanero y el trasnochador que prefiere la fresca de la noche. «Lo interesante de la cooperativa», dice Leonardo Gómez Marín, el gerente, «es que agremia a los recicladores y trabaja para dignificar el oficio y mejorar su calidad de vida». En la empresa se trabaja para que los recicladores suban su autoestima, formalicen su trabajo, tengan uniforme y sean reconocidos en la ciudad, sabiendo que su tarea es muy importante para todos; para la ciudad y el medio ambiente.

Reciclar está de moda, así vivamos en una «ciudad de plástico de esas que no quiero ver, de edificios cancerosos y un corazón de oropel». En Twitter hay *copys hipsters* al estilo de «Una camiseta que diga: Necesitas el agua, no el plástico, #MásAguaMenosPET, con gente de rostros de poliéster, que escucha sin oír y miran sin ver, #SalvemosElPlaneta. No hay que aportar granitos de arena, sino gotas de agua». Y se proponen retos plásticos, digo, retos sobre el plástico: #30DíasSinPlástico mezclados con campañas políticas: #JulioSinPlástico.

¿Quién quiere ser reciclador? Después de ese encuentro fortuito con su cuñada, a Arley Ríos se le caía la cara de la vergüenza cuando la gente conocida lo veía recorriendo las calles. «No te

dejes confundir, busca el fondo y su razón». Alguna vez, viendo bajar un bus de Manrique y en mitad de cuadra, sin tener en dónde esconderse, volteó la carreta y se agachó detrás. «Y eso», dice Arley, »eso ofende mucho».

La plaza de muñecos

Sentada en una mesa con sombrilla del Café Botero, mirando el soleado parque de las Esculturas, Carla bebe un trago de vino tinto y dice corrosiva: «Odio el centro de Medellín».

Son las tres de la tarde del sábado, un sol radiante domina el cielo limpio y la brisa agita las palmeras custodiadas por las putas del sector. Desde la terraza veo las esculturas de Botero y la gente que habita y cruza la plaza. En una de las zonas verdes sombreadas hay un par de novios abrazándose con las piernas. Al frente, un sujeto desarreglado de barba negra y larga alza los brazos al cielo, cierra los ojos y grita su amor por Jesús. Más allá, un muchacho de gorra posa para una foto dándole, un piquito pícaro al pubis de Eva.

Carla Madrid es funcionaria de la Contraloría de Medellín en temas de ciudadanía. Debe tener unos treinta y cinco años. Está vestida con una combinación entre blanco y rojo Marlboro: sandalias rojas, vestido blanco y corto, cinturón rojo con hebilla argentina, pulseras rojas iguales a los aretes, largos hasta los hombros. Su oficina está acá, al frente del Café Botero, en el edificio Miguel de Aguinaga.

«Odio el centro». Su comentario incisivo y violento me despabila. El centro le parece feo, sucio y peligroso. Todos los días viene a trabajar, pero detesta tener que hacerlo. Cuenta que

un muchacho estaba esperando a un amigo en la entrada del Miguel de Aguinaga, se sintió mareado y, para recuperarse, entró a la recepción. Carla señala la entrada del edificio, protegida por cuatro vigilantes privados y un policía en moto. El muchacho dio varios pasos y tuvo que sentarse en el piso. Lo llevaron al hospital. Durante la espera, en la acera, le dieron escopolamina y quién sabe qué le iban a hacer. «El centro es espantoso», insiste Carla.

Yo me quedo callado y miro la gente que posa con las esculturas para las fotos. Los gordos de Botero están sustraídos de la violencia y sordidez de los alrededores del parque. Dicen que acariciarle el pubis a una mujer trae buena suerte. Será por eso que el de Eva está brillante.

II

La plaza de Botero se distingue de otros parques de Medellín porque tiene varios penes y vaginas al aire. Asépticos, lisos, esterilizados de todo vello púbico. El carácter público exhibido en el espacio público.

Carla tiene, en el pelo castaño, una pañoleta blanca a modo de balaca. El contraste es categórico: las sandalias rojas y los pies blancos, el cinturón rojo y el vestido blanco. Es esbelta y sus piernas son delgadas como patas de insecto. Tiene lentes oscuros, gigantes y redondos. Señala la entrada de un parqueadero público y cuenta que a una funcionaria de la Contraloría la apretaron allí y le inyectaron a la fuerza varios milímetros de cianuro, pero no la mataron.

—¿Y por qué le hicieron eso? —pregunto.

—¡Ah, yo no sé! El centro es muy peligroso, Andrés, olvídense. A mí no me gusta para nada —dice ella.

El vino que toma es un Santa Rita Cabernet Sauvignon de \$99.900. Una cerveza callejera vale \$1.500 y en el Café Botero cuesta \$7.900. Un tinto aquí vale \$2.900 y el que vende esa señora de chanclas que está sentada abajo, en una banca del parque, a tres pasos de distancia, vale \$300.

—Todos en la Contraloría viven paniquiados —dice Carla—. Algunos traen coca para no salir a la calle. Los más arriesgados van a Junín y a veces vienen acá, al Café Botero. Cuando tengo que hacer alguna vuelta en el centro traigo zapatillas planas y me cambio los tacones. No entiendo a estos turistas. Amo mi ciudad, pero nunca vendría de paseo por acá. Qué peligro.

Sentado en una banca del parque, tomándome un tinto que me vendió doña Rosa, veo a unos niños tirados en el piso de la plaza, jugando a que están nadando. Carla se fue hace rato. A mi lado está doña Rosa, sosteniendo su termo de tinto. Es gordita, viste una falda que le llega a las rodillas y chanclas que le dejan frescos los dedos regordetes. Tiene el pelo reseco, cogido en una moña. Está mueca pero sabe reírse sin mostrar los dientes faltantes. Antes, cuando le pedí el tinto y me quedé parado, me dijo:

—Bien pueda siéntese acá conmigo y se toma su tinto tranquilo.

Por la plaza pasa un grupo de turistas rubios. Hombres de chancitas y mochos, barbudos y desgredados. Recorren el mundo todos pecuecudos y lo peor es que mis amigas viven enamoradas de ellos. Las mujeres que los acompañan son patisecas, larguiruchas como palmeras y desgarradas como garfios.

En la plaza un vaso de guarapo de caña con hielo cuesta \$200, una porción de papaya, \$500 y un mango, \$300. Entrar al baño público vale \$700 y un Choco cono, \$500. Aguacates a \$1.000. Todo a \$200, «más barato que en China». Afiches de amor: «¿Dónde te soñé?», «Tu amistad es un tesoro». Los comerciantes tienen prohibido usar megáfono. La competencia es a pulmón limpio, para que el ambiente no se congestione con tanto pregón.

Esta plaza tiene la cultura hiriente de la calle y la cultura trapeada del museo. Doña Rosa explica su negocio. El termo que tiene es de su propiedad. A las diez de la mañana viene a trabajar, pero antes pasa por un negocio donde le recargan el termo, al que le caben diez tintos, por un valor de \$1.000. Con las ventas cubre el costo de la recarga y le quedan \$2.000. Lo habitual es que venda entre tres y cuatro termos diarios. Doña Rosa también trabaja los domingos:

—Es un día muy bueno —dice. El peor es el miércoles, pero no sabe explicarme qué pasa con ese día. Cada mes puede ganar entre \$180.000 y \$240.000. Cuando hacemos las cuentas me mira sonriente y orgullosa.

—Yo no necesito un hombre que me mantenga —dice—. Los hombres me han pagado muy mal.

Cuenta que su último esposo fue apresado con dos kilos de marihuana y dos docenas de papeletas de perico. Lo condenaron a cuatro años de cárcel. Ella lo visitó dos años, pero lo dejó cuando descubrió que tenía amoríos con el marica del patio.

—Pero él ya se alivió de eso —dice.

—¿Y por qué no volvés con él?

—Si hubiera sido con una mujer, lo perdono —dice—, pero con otro hombre no.

Le pregunto si le gusta el centro.

—Sí, claro, y el parque de Gotero tiene mucho ambiente.

—¿Qué te gusta?

—Me gusta la gente, el ambiente... La gente, el ambiente, y los muñecos de Gotero —dice.

—¿Y qué te gusta de las gordas?

—El culito —dice maliciosa.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Me gustan porque son muy suavечitos.

—¿Y cuál de los gordos te gusta más?

Doña Rosa le pasa revista a los muñecos.

—Me gusta ese —dice, y señala al Soldado romano.

—¿Y por qué te gusta?

—Porque tiene el pipí chiquito.



Mario Vargas Llosa dijo que los gordos de Botero carecen de sensualidad porque notó que tenían los sexos pequeños. Dijo, además, que están sustraídos del tiempo, indiferentes. Yo creo, por el contrario, que la obra de Botero da esa sensación de equilibrio y paz hasta que vas y le pasás a Eva la mano por la entrepierna, lo que hace todo el que viene a tomarse una foto con ella. El mundo de Botero parece compacto y aséptico, pero no. La sensualidad de estas figuras está en sus carnes, en sus gestos, en sus poses. Mano, de 1992, por ejemplo, con el dedo índice levemente levantado en un plástico y discreto *fuck you*. Que los gordos se vean cerrados y limpios no quita que tengan un tremendo atractivo. La Mujer con espejo tiene esa tranquilidad del que se desnuda en la casa y hace el desayuno a cuero limpio. En ese acto desprevenido está su erotismo. Parece carecer de

deseo, pero ahí está la trampa, porque nada más arrogante y seductor que la desnudez vestida de indiferencia.

Cuando tenía siete años, cada ocho días en la mañana mi mamá nos llevaba a mi hermano y a mí a la cafetería La Sorpresa, en toda la esquina entre Carabobo y la Avenida de Greiff. Allí, muy puntual, siempre estaba sentado mi papá, esperándonos. Mi mamá saludaba y se iba. Los domingos eran de mi papá. Con él íbamos a matiné al teatro El Cid, al Odeón, al Junín, al Lido. O a escuchar la retreta en el parque Bolívar. Mecateábamos en La Sorpresa, en cuya lista de precios decía: «El que no conoce La Sorpresa, no conoce a Medellín»; o caminábamos mientras chupábamos cono. Ese fue mi primer contacto con estas calles, cuando no existía el parque de las Esculturas. Pero esto no es un parque sino una increíble telaraña multicolor que se adhiere al alma con aliento propio.

En 1993 cursaba séptimo grado y me tocaba coger el bus a todo el frente de La Red, un bar atendido por coperas que todavía existe allí, delante del Café Botero. En el segundo piso había alcobas y uno, sentado en la buseta a las seis de la tarde, veía subir a la nena cogida de la mano de un man embambado. En esa época todavía se podían usar bambas en el centro a las seis de la tarde. Y ni hablar de las putas que le daban la vuelta a la antigua sede del Museo de Antioquia, vecino de la iglesia de La Veracruz. El Museo de Antioquia siempre ha estado custodiado por putas. El sueño de aquella época era llevarnos a la cama a alguna o entrar al Sinfonía a ver porno. De todas esas cosas que viví en el centro me llega su seducción, pero ahora también el hastío.

Luego, cuando entré a la universidad y conseguí novia, iba con ella al edificio Rafael Uribe, recién dispuesto como Palacio de la Cultura. Y como se mantenía solo y los pasillos fantasmales eran todos para nosotros, nos encerrábamos en el baño de mujeres; uno estudiando no mantiene plata ni para pagarse un rato en Residencias Rivoli. Luego, bajo el melancólico efecto, nos íbamos a mirar el metro y la plazuela Nutibara desde la terraza, y hasta ganas nos daban de cumplir con el legendario suicidio, tirándonos desde la altura del Palacio.

Carla Madrid es bonita, aunque acumule suficientes horas de vuelo. Sentada al frente mío, en la mesa del Café Botero, cruza una pierna. El ruedo del vestido le deja libre la rodilla. Lleva tiempo sin broncearse. Las corrientes de aire agitan las palmeras. Ella abre el bolso y saca una cajetilla de cigarrillos. Enciende uno y fuma con los dedos estirados. Sus uñas están barnizadas de rojo y el cigarrillo blanco les aumenta el carácter. Empina el codo y tensiona los dedos. Estira los labios y le propina un beso a la punta del filtro. Inhala. Detiene el aire en los pulmones. Luego exhala con suavidad el humo, alzando la cabeza, y en el cuello se le dibuja una vena azul.

Mientras hablamos, Carla me aclara:

—El contralor es el que cuida los recursos fiscales de la ciudad.

Un contralor, un personero o un alcalde ganan entre \$11 y \$12 millones. Carla se gana \$7 millones. Tiene un reloj marca Mulco, de \$1,7 millones, y un iPhone de \$1 millón. Lleva un bolso Louis Vuitton y conduce un Audi A4. Me dice que en ocho días

se va de vacaciones con el novio para Boston, Estados Unidos, y que ya tienen boletas para un juego de béisbol. Vive en La Calera, por la transversal superior, en una casa de trecientos metros cuadrados. Dice que está mal para llegar a fin de mes. La plata no le alcanza. Dice que ahorra \$1,5 millones cada mes y «solo le llegan dos millones»; el resto se va en impuestos, retefuente, fondo de solidaridad, eps, pensiones. Además, paga parqueadero a \$122.000 el mes anticipado.

Desde donde estamos podemos ver la boca de Tejelo, la calle que da a la plaza Rojas Pinilla, un pasaje peatonal donde hay carnicerías, mercados, confiterías, licoreras, bares con vallenatos, rancheras y despechos a todo taco. Casetas de venta de verduras y pescado. Jugos y cacharros. Tejelo sigue oliendo a lo que olía antes: a alcantarilla, a bar, a verdura podrida, a herrumbre.

Un parque es un corazón con arterias, un pulpo donde nacen los tentáculos que son las calles. Al frente de la terraza hay una señora que vende tinto. Está sentada y tostada por el sol. Ahora, cuando despache a Carla, me voy a ir a tomar tinto con esa señora. Le voy a preguntar qué haría con un sueldo de \$7 millones y si le gusta el parque de las Esculturas.

París no es una fiesta y tampoco se acaba nunca

Una excusa para desmontar ese mito clásico en virtud del cual se viaja leyendo. Patrañas. Al mundo se lo conoce viajando. Pero lo más importante de este relato es ver a un papá, esa voz narrativa, enredado con las dos hijas, sin saber cómo comportarse con ellas luego de un periodo largo de distancia, que no es lo mismo que ausencia.

Un lugar común y rastrillado dice que se lee literatura para viajar y conocer el mundo. Y la persona que repite esa mentira es un pobre pendejo llevado por el diablo. Es decir, yo. Hace años, leyendo *Trópico de cáncer*, de Henry Miller, sentí que conocía París, el Sena, la Rue Saint-Denis y la plazoleta de La Bastilla. Creía ver la Rue Saint-Denis o el Faubourg du Temple. Pero cuando por fin pude caminar por la Ciudad de la Luz me di cuenta de lo ingenuo y pendejo que había sido. Fue un fin de semana en París con Abril y María Isabel, con dieciocho y diecisiete años. Lo comento porque viajar con hijas de esas edades nunca será una trivialidad, y menos cuando las circunstancias de la vida habían hecho que estuviéramos distanciados tanto tiempo.

Recuerdo que, detenido en el puente de la Tournelle y embelesado mirando bajar el Sena y las ruinas consumidas por el fuego de la catedral de Notre Dame, saqué mi libretica de poeta reprimido y escribí lo siguiente: «El mundo se conoce viajando

y no leyendo. El mundo se conoce mirando con ojo propio, se conoce a París tocando con mano propia este puente de piedra, llenando los pulmones con aire francés y escuchando este río inmenso que lleva un rumor entre el desasosiego y el resplandor».

Las niñas se fueron a vivir con su mamá a Vitoria-Gasteiz, en el País Vasco, con mi consentimiento. En ese entonces tuve que decidir entre tenerlas cerca o intentar mejorar sus oportunidades de vida. Y la decisión fue pagar el precio de su distancia. Cuando pasaban por los cinco y seis años salíamos a acampar en la represa de Guatapé —por entonces ya estaba divorciado—, y los tres prendíamos fogatas, jugábamos a los indios y vaqueros y a la mañana siguiente, luego de bañarnos, rezábamos al sol, tiritando de frío, con oraciones que yo les iba inventando. Los domingos organizábamos obras de títeres en mi casa, mecateábamos todo el día, desobedeciendo las instrucciones de la mamá, jugábamos en los prados del jardín botánico y las devolvía a su casa con la ropa mugrosa. Separarse de los hijos es como reinventar un mundo y perder una parte del corazón en el intento.

Henry Miller tuvo una hija con Beatrice Sylvas en Estados Unidos y al poco tiempo viajó a París y se le perdió del mapa a su hija. El hombre huyó de la paternidad para dedicarse a escribir. Parece que el ejercicio de la escritura es uno de los más tenaces antagonistas de la paternidad. O se escribe bien o se es un buen papá. Mirando a Notre Dame recordé un pasaje de *Trópico*: «Sigo vagando por ahí. Ya es media tarde. Me suenan las tripas. Ahora está empezando a llover. Notre Dame se alza como una tumba sobre

el agua. Las gárgolas sobresalen mucho sobre la fachada de encaje. Cuelgan ahí como una *idée fixe* en la mente de un monomaniaco».

Marta, una amiga doctorada en Administración de Empresas y soltera eterna, alguna vez me dijo de manera irónica: «Yo también quiero casarme, tener hijos, trabajar, mercar, ver televisión colombiana, no tener tiempo para mí y dejar de leer».

El amor por los papás, por los hermanos, por la pareja, por los amigos es un gran amor, pero el amor por los hijos es, creo, el más intenso, el más grande. Y por eso entiendo perfectamente a quienes buscan tener hijos, a quienes buscan vivir la experiencia de ese amor. Jorge Alonso, amigo poeta y experto cazador de oportunidades, y padre entregado a su hijo, me comentó que «los hijos son el opio del pueblo, por lo que me encanta vivir drogado».



En octubre, luego de un viaje de trabajo a Barcelona y estando ya tan cerca, pagué un boleto de tren para visitar a mis hijas en Vitoria-Gasteiz. Todos hemos leído una novela en la que el protagonista viaja en tren. Leer es transitar a otros mundos. Caspa. Mentiras. Patrañas. Viajar en tren siempre será una aventura melosa y cursi, una oportunidad para mirar por la ventana, escuchar música y sentir que somos protagonistas de una película. En mi caso, de una película sobre la paternidad, de una película romantizada sobre la paternidad. Viajando en tren saqué mi libreta Moleskine y recordé: «Un diciembre, luego de encontrar el regalo de navidad, sin saber leer, pero con gran sentido de la observación, María Isabel me dijo que el niño Jesús tenía mi letra. Yo no sabía que ella la conocía. En mi sensiblería

firmaba tarjetas en sus regalos pensando que, así chiquitas, no se fijarían en eso, más concentradas en los regalos que en las tarjetas. Yo las firmaba porque en esa época guardaba fotos, juguetes, dibujos y hasta el primer cepillo de dientes en un baúl de los recuerdos. Luego fueron dientes, cuadernos del colegio y tarjetas que me dedicaban».

El plan consistía en pasar un par de noches en Vitoria, conocer el entorno de mis hijas, su colegio, sus amigos, algo de su vida cotidiana y viajar juntos el fin de semana. Una de las desdichas con las hijas consiste en que de pequeña las conoces a fondo, luego crecen y no sabes ni lo que piensan ni lo que sienten. No se me olvida el día en que Abril, con once años, me preguntó qué era «bluyiniar». Le contesté intentando parecer relajado, comentando que eran besos, caricias y frote de *jeans*. Ella quedó muy tranquila. Y yo muy intranquilo.

Por esa época me partieron el corazón cuando ya no quisieron que las llevara en caballito en los hombros porque se veían muy niñas y ellas «ya estaban grandes», dijeron. También por esos mismos días me preguntaron qué significaba la palabra «estilo» y entonces les puse una canción de Frank Sinatra. Todo para que terminaran escuchando reguetón.

~~*

El fin de semana comenzó cuando tomamos un bus desde Vitoria-Gasteiz hasta Bilbao, y de allí un avión hasta el gigantesco aeropuerto Charles de Gaulle, a treinta y cinco kilómetros de París. Fue la oportunidad para volver a ser papá. Luego de bajar del avión, respirar aire francés y buscar una salida por los

pasillos atiborrados de una fauna mundial, nos perdimos. Por el laberinto de los pasillos pasaban africanos, europeos, asiáticos y latinos. El Charles de Gaulle no tiene nada que ver con nuestro sencillo aeropuerto en Rionegro. El nuestro es un chiste con dos salidas: una internacional y otra nacional. El Charles es un infierno espantoso de pasillos kilométricos, giros y escaleras atiborradas de viajeros. Caminamos un rato, girando a un lado y a otro, buscando la salida al tren de París y no la encontrábamos. Yo estaba aterrado y ellas muy tranquilas. Eran las nueve de la noche. Seguimos un par de minutos intentando leer los avisos y las flechas. Tendríamos que pasar la noche en el maldito aeropuerto. ¿Qué íbamos a comer? Si hubiera estado yo solo, tal vez hubiera tomado la situación con más calma, pero sentirme responsable aumentaba la paranoia y el susto.

El terror duró unos pocos minutos, los pocos que duramos perdidos, pero a mí se me hicieron eternos, hasta que María Isabel se acercó a un servicio de información y preguntó, en francés, por la estación de tren.

Durante ese fin de semana me sentí el papá más inútil y torpe. María Isabel fue la traductora: pidió platos en restaurantes, compró boletas, contestó las preguntas de la recepcionista del hotel y saldó nuestras dudas, no solo en francés sino en inglés. Muchos creemos que los hijos son para educar, cuando en realidad ellos son quienes nos educan.

Esa noche los chalecos amarillos estaban en protestas en el centro de la ciudad y el servicio del tren estaba detenido. Tendríamos que tomar un bus. De nuevo estábamos caminando por las tripas del aeropuerto endiablado. No encontrábamos los tales buses. Dormiríamos como gamines en un pasillo. Tendríamos que esperar hasta el lunes, caminando como vagos hasta el vuelo de regreso a Bilbao.

María Isabel, de nuevo, nos salvó escuchando un llamado por los altavoces que anunciaba que el servicio de tren se había reanudado. Dicen que cuidar a las hijas es una forma de cuidar de uno mismo. Pero en realidad ahora sucedía lo contrario.

Durante el viaje no dejé de pensar en esa novela, *París no se acaba nunca*, de Vila-Matas, una versión muy a la manera de don Enrique del *París era una fiesta*, de Hemingway. Luego de dejar el aeropuerto y cuando llegamos a la estación Norte, dejamos el tren y, con maletas en el hombro, salimos a la calle. Pudimos ver la belleza de la Rue la Fayette. Al frente, una fachada luminosa con rojos y amarillos brillantes, una atmósfera Moulin Rouge, un bar con un ambiente movido, carros lindos y mujeres con el cuello de jirafa. «París hijueputa», pensé en un acceso de alegría que se apagó cuando fuimos presa de un taxista. Como si estuviéramos en una terminal de buses barata y bullosa del trópico, fuimos dirigidos hasta embutirnos en el carro; yo iba al lado del taxista y las chicas atrás.

Mierda, cómo dejé que nos manipulara. Nuestro taxista era barbado, moreno con cara de talibán. Nos secuestraría. Se llevaría a mis hijas para un harén en Arabia Saudita y a mí me cortaría la cabeza mientras grababa un vídeo que difundiría por internet. Cuando me pongo en función «papá», mis nervios se destrozan.

El talibán habló en francés y yo, callado. Habló en inglés y yo, apretando culo. Ya habíamos avanzado casi una cuadra y el hombre no sabía a dónde nos dirigíamos.

—Boulevard de Bonne Nouvelle —María Isabel tomó de nuevo las riendas. Por el móvil, yo les había pasado a las chicas todas nuestras reservas y tiquetes.

Con esta dirección el taxista talibán preguntó entusiasmado:

—¿Italia?

—No —dije yo.

Escuché las risitas burlonas atrás. Durante todo el paseo, y haciendo el ridículo constantemente, fui el hazmerreír de mis hijas.

—¿España? —preguntó el talibán, haciéndonos inteligencia.

—Colombia —alcancé a decir.

—¿Ah, Colombia? —dijo él, y como si hubiera dado con el premio gordo, siguió la lista—: Netflix, *Narcos*, Pablo Escobar.

Con un instinto estúpido, alimentado por mi terror, pensé que si me asociaba con un criminal no íbamos a ser apresados y mis hijas no estarían encerradas por un pervertido dueño de un pozo petrolero.

—Sí, eso es —y saqué pecho y fruncí el entrecejo para verme más violento—, Colombia, Colombia.

«Estamos en París, hombre», me dije, «relájate», y yo mismo me contestaba: «Europa no es una mansa paloma».

Alguna vez Marta, la doctora en administración, me hizo una lista sobre su filosofía: dijo que, cuando son pequeños, emboban a sus papás; cuando son mayores, los enloquecen; que los adolescentes eran el castigo de Dios por haber traído hijos al

mundo; que hay parejas tan aburridas que para paliar su situación conciben hijos. Y la otra vez me preguntó: «¿Qué es la esclavitud?». «No sé, a ver», le contesté. «Búscate un novio, cástate, procrea y forma un hogar». Y aun así, yo le seguí tirando el perro. «Lo que pasa», me dijo, «es que vos con dos hijas me salís muy caro».

La primera vez que vi el Sena entendí que la lectura de Henry Miller nunca sería la misma. Pesado y grueso, bajando como una mole de aceite blanda y suave. Sabía que yo no sería el mismo. Entendí que la lectura de cualquier novela que lo mencionara no volvería a ser igual. Ya sabía cómo putas era el Sena. Ver ese río me estaba cambiando la lectura, y por lo mismo la vida. Entonces volví a Miller, al *Trópico*, y leí lo siguiente: «Tan silenciosamente corre el Sena, que apenas si se nota su presencia. Siempre está ahí, silencioso y discreto, como una gran arteria corriendo por el cuerpo humano».

Caí en cuenta de que el único mundo al que se viaja leyendo es al mundo interior, a ese mundo arbitrario y maravilloso de la imaginación. Yo, por supuesto, admiro más a los viajeros que a los lectores. Supe que era hora de escapar del lugar común que propone la lectura como viaje. Así como también creo que es hora de escapar del lugar común que dice «los hijos son de la mamá», y de ese otro que dice «para ser un buen padre hay que atreverse a ser una madre». Nada, *fuck you*, para ser un buen padre hay que intentar ser un buen padre y listo, así se fracase en el intento.

Ese fin de semana visitamos la Ópera Garnier, la plaza del Louvre, los jardines de Luxemburgo y, por supuesto, la torre

Eiffel. Para recorrer París se necesita una pasantía de dos o tres años, porque como dice Vila-Matas, «París no se acaba nunca». Y otra nota importante: nunca será lo mismo el París de María Isabel o el de Abril. En otro pasaje de la novela Henry Miller dice: «Al pasar por la Orangerie, recuerdo otro París, el París de Maugham, de Gauguin, el París de George Moore». Y más adelante: «¿Por qué no me enseñas ese París», dijo, “sobre el que has escrito?”. Lo que sé es que, al recordar esas palabras, comprendí de repente la imposibilidad de revelarles nunca aquel París que yo había llegado a conocer, el París cuyos *arrondissements* son imprecisos, un París que nunca ha existido, excepto en virtud de mi soledad, de mi deseo de ella. ¡Un París tan inmenso! Se tardaría toda una vida en volver a explorarlo. Ese París, cuya llave solo yo poseía, no se presta en absoluto a un paseo, ni siquiera con la mejor de las intenciones; es un París que hay que vivir, que hay que experimentar cada día en mil formas diferentes de tortura, un París que crece dentro de ti como un cáncer, y crece y crece hasta que te devora».

Con Abril y María Isabel cerré un candado cerca de la torre Eiffel como muestra de una compinchería. Era nuestro pacto, nuestra alianza, nuestra promesa. Lo mejor del viaje fue comprobar que aún tenemos una frecuencia, nuestra química, como si no hubiera pasado el tiempo y hubiéramos pasado todos estos años juntos. Claro, las redes sociales ayudan mucho. Esa noche escribí en la libreta de cronista mediocre: «Si mis hijas pudieran saber cómo era yo antes de tenerlas, podrían percibir lo que han hecho de mí». Entonces lo supe, París no es una fiesta y tampoco se acaba nunca.

Este libro se terminó de imprimir en
Divegráficas S.A.S en septiembre de 2023.

Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia
tipográfica Questa, diseñada por Jos Buivenga y la familia
tipográfica Signika diseñada por Anna Giedrys.